

NOVIAS ESCANDALOSAS

EL ARTE DEL MATRIMONIO

EL ARTE DEL MATRIMONIO

NOVIAS ESCANDALOSAS
LIBRO 4

HEATHER BOYD

HEATHER-BOYD.COM

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Epílogo

Acerca del Autor

Derechos de autor © 2025 by Heather Boyd
Edición en español

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en broma. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

CAPÍTULO UNO

El Palacio Ravenswood era tan grandioso e imponente como Lady Laura Sweet lo recordaba, pero a pesar de toda su opulencia, era un lugar absolutamente horrible para vivir. Laura se sentía mal a medida que se acercaba. Sin embargo, no se resistió cuando su cuñado, Jasper, la condujo a tomar el té en el salón del duque para una discusión largamente postergada.

Laura bajó la mirada hacia su hija recién nacida en sus brazos, Isabelle, buscando la seguridad en su pequeño rostro de que había tomado la decisión correcta al volver ahora. Ya había abandonado a sus hijos con su marido y su familia, y ahora se le exigiría hacer lo mismo con Isabelle. Pero no había pasado un día sin que anhelara a sus hijos.

Habían crecido tanto mientras ella estuvo ausente. Saltando inocentemente por los sagrados pasillos de Ravenswood delante de ella ahora. Liam no la recordaba. Thomas tal vez sí, aunque no quisiera demostrarlo.

Sabía lo que podía esperar. Gritos y frialdad. Al final, el destierro. El destierro podía soportarlo. Ser obligada a quedarse y ser tratada por su supuesta enfermedad no lo soportaría de nuevo.

Laura se detuvo en la entrada del salón y se estremeció al oír pasos detrás de ella.

—Nada cambia nunca aquí.

—Todo saldrá bien —prometió Jasper, dándole un breve apretón en el brazo.

No, no saldría bien. Sus días aquí habían estado llenos de soledad y desesperación. El viejo duque había llegado a despreciarla y no se había molestado en ocultarlo. Pero le había gustado su dote y presionó a Nash para que la usara para financiar sus extravagantes excesos, mientras Nash escatimaba con ella y la convertía prácticamente en una prisionera aquí.

Nash había estado demasiado preocupado por los negocios del viejo duque como para brindarle protección alguna. Nunca se había enfrentado a su padre, y habían discutido sobre cómo sus hijos estaban siendo criados en un aislamiento casi total en la finca. Ella había intentado convencer a Nash de que la llevara a ella y a los niños lejos de Ravenswood una vez, pero él se había negado a abandonar a sus hermanos y poner a su propia familia en primer lugar.

Se sentó junto al fuego y no miró alrededor para ver si la expresión hermética de su marido había cambiado en algo desde que ella había llegado.

El duque pasó junto a ella para pararse frente a la chimenea.

—Hermana. Parece que fue ayer cuando te sentaste en ese mismo lugar, iluminando la habitación —murmuró el Duque de Ravenswood.

—Me sorprende que alguien notara que me había ido —respondió ella sin molestarse en ocultar su sarcasmo. Solo el médico al que el último duque pagaba para sangrarla solo para que

pudiera visitar a sus hijos habría sentido la pérdida —en su bolsillo— cuando ella huyó.

—*Todos* sentimos profundamente tu ausencia. —Una sonrisa más suave apareció en el rostro del duque mientras contemplaba a Isabelle de nuevo—. Y en cuanto a esta pequeña, a mamá le habría complacido saber que la tradición familiar también continuó. Las primogénitas de su lado a menudo se llamaban Isabelle.

Laura lo miró con el ceño fruncido, confundida por su estado de ánimo exuberante.

—Esperaba que desaprobaras que yo tomara el honor de tus hijos, Excelencia.

—Estoy seguro de que sí, y me alegro de haberte sorprendido. —Ravenswood se encogió de hombros con despreocupación—. Para ser honesto, no me gusta la costumbre de repetir nombres de pila. Causa confusión. Espero que mi esposa invente algo original.

Laura miró alrededor, esperando ver a una duquesa en cualquier momento, pero ella, quienquiera que fuese, no apareció.

—Felicidades, Excelencia —murmuró.

—¿Por qué?

—Por haber contraído matrimonio —dijo ella—. Jasper no me dio la feliz noticia.

Ravenswood rió con ganas.

—Mi querida hermana, es demasiado pronto para ofrecer felicitaciones. —Su mirada se desvió, sus ojos se estrecharon sobre Jasper y la señora Radcliffe, que estaban sentados muy juntos—. Me había propuesto la tarea de casar a mis hermanos primero.

—No lo hiciste —protestó Jasper—. Solo hablamos de que tú te ataras la soga al cuello.

El duque asintió, y su mirada se dirigió hacia la puerta.

—Y sin embargo, todos ustedes están casados, o pronto lo estarán. Discutiremos la fecha de tus futuras nupcias en breve, Jasper. ¿Nash?

Jasper se puso de pie.

—*Si* Sophie quiere casarse rápidamente, entonces ella decidirá cuándo y dónde, y no dependerá de ti ni de Nash.

Ravenswood frunció el ceño a su hermano menor, que ahora estaba de pie con los brazos alrededor de su futura novia.

—¿Dónde está Nash?

—¿Cómo voy a saberlo? No soy su guardián.

Laura negó con la cabeza. Así que Nash no se había molestado en unirse a ellos. Debía estar verdaderamente irritado porque ella se había atrevido a regresar. Bueno, se iba a quedar aún más atónito cuando oyera lo que ella había venido a decirle.

Había vuelto solo para hacer permanente su separación.

Isabelle le tocó la cara, y ella sonrió a su hermosa hija. El secreto que le había ocultado a él. Tan preciosa, tan confiada, tan ajena aún a que un padre podría no mostrarle ni una pizca de afecto.

Encontró la mirada del duque.

—Debería expresar mis condolencias por la pérdida de su padre —murmuró, deseándole a su difunto suegro un feliz tiempo en el infierno.

El duque le hizo un gesto con el dedo.

—Vamos, vamos, mi querida hermana. No estropees nuestra reunión pronunciando condolencias que no podrías sentir. Todos sabemos que a mi padre no le gustaba ninguno de nosotros, especialmente tú.

Ella entrecerró los ojos mirando al duque. El difunto duque había sido un hombre desagradable, pero no pensaba que Ravenswood lo admitiría en voz alta.

—Como usted diga.

—Así es. —Ravenswood apoyó un codo en la repisa de la chimenea y la estudió, claramente divertido por eso—. A nuestro padre no le gustaría nada este momento de reunión familiar, pero ya no importa. Por fin todos nos hemos librado de su interferencia.

Ella arqueó una ceja ante su comentario.

—¿Y en su lugar debemos soportar la suya?

Jasper se rió, y Sophie lo hizo callar.

—Touché, querida. —La sonrisa de Ravenswood se ensanchó—. En efecto, sí. Qué excelente idea, milady. Haremos las cosas a mi manera a partir de ahora. Señora Radcliffe, ¿podríamos abusar de sus excelentes habilidades como institutriz una última vez para llevarse a los niños por un momento? Estaré eternamente en deuda con usted. Jasper puede ir con usted si eso es algún consuelo.

—No —ladró Nash, haciendo que todos los niños saltaran ante el sonido áspero.

Laura también se había sobresaltado y tuvo que consolar a su hija. Miró a su alrededor y descubrió a Nash de pie no muy lejos, con los pies bien plantados y los brazos cruzados sobre el pecho, fulminando con la mirada a todos en la habitación.

Ravenswood se apartó de la chimenea.

—¿Habla?

—Apenas una frase —murmuró Laura para sí misma, sin poder evitarlo.

Esta vez fue Sophie quien se rio.

—No voy a dejar que se aleje de mi vista otra vez —anunció Nash con tanta fuerza que Laura volvió a estremecerse y abrazó a Isabelle un poco más fuerte contra sí.

—Entonces, por favor, toma asiento —ordenó Ravenswood—. Te ves un poco acalorado, hermano, por el calor del día... ¿o es la belleza del rostro de tu esposa lo que aún te afecta?

Laura se burló.

—Le aseguro que cualquier calidez que sienta hacia mí existe solo en su imaginación, Su Gracia.

—Yo no estaría tan seguro —advirtió Ravenswood, pero se dio la vuelta para apoyarse de nuevo en la chimenea, con los ojos moviéndose de uno a otro.

Nash reanudó su postura de silencio estoico y no se encontró con su mirada. Al parecer, no le daría la bienvenida a casa ni le prohibiría regresar. Dejaría que el Duque de Ravenswood siguiera hablando por él.

Laura esperó pacientemente a que el duque continuara con su interrogatorio.

Thomas y Liam se acercaron, y ella dio unas palmaditas en el cojín a su lado, esperando que se sentaran. Deberían habérselos llevado, pero se alegraba de pasar cualquier momento con ellos ahora. El difunto duque siempre les obligaba a permanecer de pie en su presencia. Pero con un simple carraspeo de su padre, sus espaldas se enderezaron como si no se atrevieran a mover un músculo.

Aunque lo esperaba, le dolió mucho verlos tan rígidos y obedientes. No había tenido control sobre sus vidas ni opción de dejarlos atrás. Al final, ni siquiera se le había permitido verlos sin la presencia de un sirviente.

—Nash, siéntate.

Por supuesto, su marido obedeció la orden del duque.

Ravenswood también se sentó junto a su hermano, pero Nash movía la rodilla como si no pudiera soportar estar en la misma habitación que ella.

Jasper se movió al lugar a su lado y le dio una sonrisa tranquilizadora. Cuando Laura buscó a

la institutriz, descubrió que la mujer se había escabullido.

Se enfrentó al duque, sabiendo que Nash nunca iniciaría esta conversación.

—¿Deseaba hablar conmigo?

El duque se inclinó hacia adelante, con los ojos brillantes de interés, juntando las manos entre las rodillas.

—Durante años.

Se miraron unos momentos más, pero luego el duque miró de reojo a Nash. Hizo una mueca.

—Jasper, deja ese asiento para que nuestro hermano se siente en su lugar.

Jasper se levantó de un salto, pero Nash no movió ni un músculo.

El duque puso los ojos en blanco.

—¡Hazlo! Siéntate allí junto a tu esposa para que pueda verlos juntos de nuevo.

De mala gana, su marido se movió. Laura no lo miró, pero lo sintió acercarse. Su paso no produjo ninguna brisa, pero aun así se estremeció cuando él se sentó lo más lejos posible de ella en el sofá.

—Ahora, eso está algo mejor. Comencemos.

—Es obvio que no puedo estar casado con esta mujer —anunció Nash sin rodeos.

—Yo tampoco deseo seguir casada con este hombre —añadió Laura, asegurándose de que su voz se escuchara alta y clara por todos en la habitación—. Esa es la única razón por la que he vuelto.

No eran buenos el uno para el otro. La separación había sido solitaria pero un alivio. Había encontrado cierta paz en su hogar temporal.

—Bueno, al menos están de acuerdo en algo —exclamó el duque—. Sin embargo, no estoy convencido de que una separación sea el curso de acción correcto en este momento.

Nash se inclinó hacia adelante y miró fijamente al duque.

—No es tu decisión.

—No tengo dudas de que el matrimonio fue un error —añadió Laura—. No podría soportarlo de nuevo.

—¿Fueron Thomas, Liam y ahora Isabelle un error?

Ella miró a sus hijos y vio confusión en sus ojos. Se acercaron más a Nash.

—No, ellos no son un error. Amo a *todos* mis hijos.

—*Mis* hijos deberían irse ahora —anunció Nash.

—No, querías que los niños se quedaran, así que se quedan —ordenó Ravenswood—. Todos ellos pertenecen aquí. Todo lo que se discuta les afectará a ellos y a su futuro.

—No estoy de acuerdo —argumentó Nash—. Soy el padre de los niños, y la decisión es solamente mía de decidir qué pueden escuchar.

—Entonces sé su padre —intervino Jasper—. Una anulación los convertiría en hijos de nadie.

—No pretendía que eso sucediera. Los niños seguirán siendo mis herederos legítimos. Solicitaré el divorcio. Hay motivos claros para una demanda por adulterio.

Laura contuvo la respiración bruscamente. Nash estaba equivocado. Nunca había mirado a otro hombre que no fuera él.

El duque la estudió y sus ojos se posaron en Isabelle. Las comisuras de su boca se elevaron en una sonrisa después de un momento.

—Isabelle es definitivamente tu hija porque aún están casados, hermano. Y el registro de su nacimiento indica claramente que tú eres su padre.

Laura jadeó sorprendida de que él supiera sobre Isabelle, lo que significaba que Nash

también había sabido sobre su pequeña.

El duque le guiñó un ojo.

—Tengo mis fuentes.

Laura cerró los ojos, irritada por la indiscreción de alguien en quien había confiado, pero extrañamente agradecida también. Isabelle debía ser reconocida como descendencia legítima de Nash si su hija iba a tener el futuro que merecía. Un lugar en la sociedad y una dote para cuando fuera lo suficientemente mayor para casarse.

Nash se inclinó hacia adelante de nuevo, fulminando al duque con la mirada.

—¿Sabías que ella tenía una hija y no me lo dijiste?

—Si la hubieras ido a buscar como te sugerí tantas veces que hicieras, lo habrías descubierto por ti mismo —argumentó Ravenswood—. Tu sorpresa hoy es tu propia maldita culpa.

Nash se levantó de golpe de su silla.

—Ni se te ocurra alejarte de esto —ladró Ravenswood, poniéndose de pie también—. Isabelle es un hecho, y es tu hija. No habrá divorcio por adulterio a menos que sea el *tuyo*.

Laura contuvo la respiración y dejó que los hermanos batallaran voluntades a través de la habitación. No fue sorpresa que Nash cediera y se sentara de nuevo. Siempre hacía lo que Algernon le pedía.

Incluso proponerle matrimonio a Laura en su lugar, sospechaba ahora.

—No hubo adulterio. Claramente compartiste su cama después de que ella dejara la propiedad, y este es el resultado, ¿no es así? —preguntó Algernon, con una pregunta en sus ojos cuando miró en su dirección.

Laura inclinó la cabeza para confirmar, pero no compartió los detalles de cuándo había sucedido para evitar su propia vergüenza.

No le había informado a Nash sobre el embarazo, temiendo que su padre le quitara al niño o la arrastrara de vuelta a Ravenswood para el parto y la *cura* para la melancolía que venía después.

Ravenswood entrecerró los ojos.

—¿Nash? ¿Reconoces tu obligación? La reputación de Isabelle debe permanecer intachable si ha de tener algún tipo de futuro en nuestra sociedad y nuestra familia.

Laura miró al duque con asombro. No había esperado que fuera su aliado en este asunto en absoluto.

Después de un momento, su marido gruñó un "sí".

Laura exhaló un suspiro de alivio. Nash había asumido la responsabilidad de su hija y su futuro estaba asegurado. Eso era todo lo que Laura quería, además de su propia libertad.

—Bien. Ahora que el asunto está resuelto, Jasper puede llevarse a todos los niños ahora para encontrar a su prometida —pidió el duque. Nash no protestó esta vez.

Jasper se acercó.

—Mantente firme, hermana. Estoy de tu lado para siempre, ¿recuerdas? Te veré en la cena.

Laura esperaba estar lejos para entonces, pero apreciaba la oferta de apoyo de Jasper. No podía ser fácil ser el único en la familia que pensaba bien de ella. Besó a Isabelle y le entregó su hija.

—Adiós, Jasper. Cuídala.

—Lo haría, pero te tiene a ti —dijo él, sonriendo.

Laura bajó los ojos mientras Jasper atraía a sus hijos fuera de la habitación con él e Isabelle, prometiéndoles a los niños un regalo de la cocina después de que encontraran a la señora Radcliffe.

Luchó contra las lágrimas pero se mantuvo firme.

—No he compartido la cama de ningún otro hombre ni nunca he querido hacerlo.

—Es un alivio escuchar eso. ¿No es así, Nash? —murmuró el duque—. La fidelidad en el matrimonio es tan importante.

Laura miró a Nash justo cuando él la miraba, su rostro tornándose de un tono poco atractivo de rojo. ¿Estaba avergonzado de que hubieran dormido juntos de nuevo después de que ella lo dejara? ¿O ni siquiera recordaba su noche juntos?

Él había estado muy ebrio, y podría ser posible que no tuviera ningún recuerdo.

Ella enderezó la espalda.

—Si no hay nada más, me gustaría discutir el divorcio y luego hablar con mis hijos antes de irme.

—A diferencia de la última vez —murmuró Nash.

—En realidad, no hay necesidad de que te vayas —sugirió Ravenswood—. Se hará todo lo posible para que tu regreso a casa sea lo más fácil posible.

—No tiene sentido que se quede. No deseamos estar casados el uno con el otro, así que bien podría irse inmediatamente —intervino Nash.

Laura esperaba la actitud de Nash pero miró al duque con profunda sospecha porque se oponía a los deseos de Nash.

—Estoy feliz de irme.

—No seas tan apresurada. —El duque levantó ambas manos—. El divorcio es un asunto complicado. Sin el uso de una acusación de adulterio, será difícil para Nash presentar un caso sólido. Discutiremos el asunto durante el próximo mes.

Nash se puso de pie de nuevo.

—No esperaré tanto tiempo.

Laura negó con la cabeza.

—Yo tampoco.

—El mal estado de sus relaciones no es mi única preocupación. Tengo otros asuntos que atender y el matrimonio de Jasper que planear ahora, también. Como cabeza de familia, necesito tiempo para familiarizarme con las legalidades y requisitos de una petición de divorcio, y su contrato matrimonial, también, debo añadir.

Laura suspiró. Había sospechado que no sería fácil. Los términos de su matrimonio con Nash habían sido discutidos acaloradamente por sus padres a puerta cerrada. Aun así, ella sabía que habían discutido acaloradamente sobre los términos, pero Padre había prevalecido con tanta protección y dinero para alfileres para ella como fue posible.

—Ella puede esperar noticias donde sea que vivía antes —sugirió Nash, levantando las manos y dándose la vuelta.

—Bueno, eso está demasiado lejos para mí —argumentó Ravenswood—. Tengo muchas preguntas, y ustedes dos —recogió un gran reloj de arena—, pasarán el tiempo que tarde *esto* en vaciarse conversando el uno con el otro frente a mí respondiendo a ellas.

Nash balbuceó.

Laura se atragantó.

—¿Qué preguntas podrías posiblemente tener para nosotros? ¿No sabes todo sobre todos?

—No soy mi padre. Y deseo evitar un destino similar a su situación cuando tome una novia. Deseo aprender de sus errores y estudiar los términos de su contrato matrimonial en detalle.

Pero Laura no podía creer eso. Sospechaba que el duque estaba tratando de manipular una reconciliación entre ellos solo para evitar un escándalo y pagar su parte. ¿Era *por eso* que

Ravenswood sugería este retraso? ¿Por temor a que Nash tuviera que devolver una considerable porción de su dote?

Laura negó con la cabeza, sin querer ceder a tales términos sin beneficio alguno.

—¿Qué bien saldrá de una hora pasada juntos cuando él no hablará y apenas me mira?

El duque sonrió.

—Serán supervisados durante sus conversaciones. El silencio deliberado más allá de un minuto no será tolerado.

—No seré intimidada por usted ni castigada por desobediencia —advirtió Laura, poniéndose de pie—. Tuve suficiente de eso de su difunto padre.

—La amenaza no es para ti, querida —respondió Ravenswood, con su atención firmemente en el marido de Laura—. Es para él. La situación aquí, dentro de la familia, ha cambiado notablemente desde la muerte de mi padre. Pero no se equivoquen, yo estoy al mando ahora. Si no quieres cooperar, tengo formas y medios de hacerte sumamente incómodo. Conozco todos los secretos que preferirías que no se compartieran, Nash.

Laura alzó una ceja, intrigada por una amenaza dirigida no a ella, sino a su marido por una vez.

Tal vez los hermanos no eran tan cercanos como una vez lo fueron, pero no hacía ninguna diferencia en su situación. Isabelle había sido reconocida como la descendencia legítima de Nash y eventualmente tendría su libertad.

Soportaría cualquier incomodidad temporal con tal de evitar continuar su matrimonio con Nash. Si eso significaba tener que pasar un último mes siendo ignorada, que así fuera. Tendría más tiempo para pasar con sus hijos y podría trabajar en Ravenswood para acelerar los trámites, quizás incluso convencerlo de que le permitiera derechos de visita adicionales después de que el divorcio fuera definitivo.

Podría ser beneficioso para ella acceder a la petición del duque por ahora.

—Muy bien. Le daré treinta días más de mi vida y mi completa cooperación en busca del divorcio, siempre y cuando pueda estar con mis hijos sin supervisión.

—No se lo impediré, pero quizás al final no querrá el divorcio —respondió Ravenswood, con los ojos aún fijos en Nash.

Ella asintió. —Estoy segura de que aún lo querré.

—Nash, acompaña a tu esposa arriba a la habitación de los niños. A partir de hoy, asumirán juntos las numerosas tareas de su última institutriz.

—Ya tenía a otro sirviente en formación para ese puesto —masculló Nash.

—Oh, no. No malgastaré salarios en otra institutriz cuando ya hay tanto trabajo que hacer. Ustedes dos se encargarán de sus tres hijos solos desde el momento en que se despierten hasta que los acuesten cada noche, con la ayuda solo de la cocinera y una doncella por la noche para dormir con ellos. Los sirvientes de Ravenswood no vendrán a su rescate.

Laura ocultó una sonrisa. Cuando vivía aquí antes, no se le había permitido tener voz en la rutina diaria de sus hijos. El antiguo duque la había dejado fuera de todas las discusiones importantes, y Nash también. Que de repente se le diera la responsabilidad total de ellos durante treinta días era un regalo que atesoraría por el resto de su vida. Sin duda, Nash nunca se molestaría en involucrarse más con ellos, lo que significaba que apenas lo vería fuera de su conversación del reloj de arena cada día.

—No tengo objeción —dijo ella.

—Bien. —El duque la despidió con un gesto—. Eso será todo por ahora.

Laura se dirigió hacia la puerta.

—Laura, por favor espere a que su esposo la acompañe escaleras arriba —llamó Ravenswood.

—He terminado de esperarlo —respondió ella.

CAPÍTULO DOS

—No tienes idea de lo que has hecho —masculló Nash en cuanto Laura salió de la habitación.

Algernon se rio con ganas.

—Esto no tiene gracia —gruñó Nash.

Algernon se secó los ojos.

—Vamos, hermano. Esto es lo mejor para todos nosotros, especialmente para los niños y para Jasper.

—¿Qué tiene que ver Jasper con que le hayas dado carta blanca a mi esposa? No se puede confiar en que se quede —prometió, completamente furioso porque ella hubiera regresado ahora, y luciendo tan condenadamente atractiva.

—Sophie nunca abandonaría a esos niños sin saber que alguien los cuidaría —advirtió Algernon.

—Como lo hizo tan fácilmente mi esposa —masculló.

—Vamos. Dudo que haya sido fácil para ella en absoluto. Laura los dejó con su niñera y con nosotros, y tú podrías haberla detenido si lo hubieras intentado —afirmó Algernon.

Nash negó con la cabeza.

—¿Cómo podría haberla detenido cuando esperó a que todos nos fuéramos de la finca para marcharse?

—Bueno, si Padre hubiera estado aquí, ella nunca habría escapado —advirtió Algernon—. Podrías haber ido tras ella.

—¿De qué habría servido eso? —preguntó, pero se dio la vuelta, con el estómago aún revuelto por el primer avistamiento de su esposa fugitiva.

Laura parecía notablemente sin cambios, pero desafiante, a pesar de los años que él había estado sumido en la miseria después de que ella se marchara.

Algernon permaneció en silencio durante unos largos momentos.

—Dime que no querías que se fuera.

No, no había querido eso. No realmente. Nash se volvió lentamente para enfrentar a su hermano.

—Padre era difícil con ella.

Algernon cruzó la habitación para darle una palmada en el hombro.

—Eres un idiota balbuceante. ¿Querías que se fuera? ¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería que me dejara a mí ni a los niños de la manera en que lo hizo. —Suspiró y se dejó caer en una silla cerca del fuego, la que Laura acababa de desocupar—. Lo que deseaba entonces era que Padre mantuviera su nariz fuera de mis asuntos con mi esposa.

—Bueno, este es un maldito lío que ya no podemos evitar afrontar —advirtió Algernon.

—Honestamente, no todo es malo. Ahora que sé que mis sentimientos sobre el matrimonio son correspondidos, continuaré con mi búsqueda del divorcio con o sin tu apoyo. Acepté la responsabilidad de la hija de Laura, así que ella no me discutirá el asunto. Obviamente me odia.

—Un divorcio solo empeorará las cosas diez veces. Piensa en el escándalo. Piensa en el dinero que debe ser devuelto.

—Ella obtendrá el dinero que se le debe de alguna manera, y será más feliz —prometió Nash, inclinando la cabeza hacia atrás para mirar el techo de yeso en lugar de enfrentar la mirada de su hermano.

Él nunca había hecho feliz a Laura y probablemente nunca podría. Habían sido necesarios los eventos de hoy, perder una institutriz a manos de su hermano y enterarse de que había sido engañado, para hacerle entender que no inspiraba lealtad en las mujeres.

—¿Y qué hay de los niños? Necesitan a su madre.

—Nunca pensé que se mantendría alejada de ellos por tanto tiempo. Imaginé que al menos intentaría verlos, pero...

—Pero no lo hizo. No le quedaban amigos en el distrito una vez que Padre terminó de difamar su carácter. Nadie se habría atrevido a ayudarla.

—Sí —dijo incómodo. Laura no había vuelto a casa, ni siquiera para los funerales de sus últimos parientes. Se había escondido lejos de todos ellos. A pesar de la sugerencia de Algernon, había intentado encontrarla por un tiempo, pero sin éxito.

—Bueno, alguna parte de su casa familiar debe ser aún habitable porque adiviné correctamente que ella había acampado en las ruinas. Había barro en sus botas. Debemos investigar eso.

Nash también sentía curiosidad por eso. La finca contigua donde Laura había crecido había caído en mayor ruina después del incendio que la había destruido. El testamento de su difunto hermano no se había encontrado, por lo que el asunto de quién heredaría la finca y la repararía seguía siendo incierto.

—*Yo* lo investigaré. Él era mi cuñado.

—Jasper podría tener una mejor oportunidad de averiguar algo de ella sobre la posible ubicación del último testamento de su hermano. Fueron cercanos en algún momento —sugirió Algernon con una sonrisa burlona—. También ha tenido más que ver con ella mientras estábamos fuera de lo que reveló.

—Sí, eso también me parece obvio —asintió Nash, rechinando los dientes ante esa traición. Ser el último en saber que su esposa había dado a luz a alguien, una extraña, una hija, le quemaba—. A pesar de su afirmación de lo contrario, Laura abandonó sus votos matrimoniales. Quizás Jasper pueda averiguar a quién puedo nombrar en el divorcio.

Algernon se sentó frente a él.

—¿Estás seguro de que la niña no podría ser tuya?

Negó con la cabeza, sintiendo que la amargura brotaba.

—Nunca volví a ver a Laura después de que dejó la finca. La niña no puede ser mía.

—Pero ¿no se parece mucho a los otros dos a esa edad?

—Sí, hay una similitud. —Pero luego sacudió la cabeza con firmeza—. ¿La niña nació cuándo? ¿El invierno pasado? Entonces la concepción debe haber ocurrido la primavera anterior. No vi a Laura en absoluto el año pasado. Estaba en Londres para la temporada contigo. —Tragó saliva—. No habíamos sido íntimos desde que me dejó el año anterior a ese.

Solo había habido una ocasión en ese tiempo en la que había compartido una cama, en

realidad un sofá, con una mujer, y Algernon no necesitaba saber sobre esa indiscreción. El mismo Nash había roto sus votos, la misma noche en que consideró por primera vez la búsqueda del divorcio.

Una mujer seductora lo había elegido en una mascarada de Londres al final de la temporada, y en medio de la oscuridad y la indulgencia de demasiado vino, había sucumbido a su soledad con ella. Era una noche de la que aún se avergonzaba, y había estado tan borracho que apenas podía recordar mucho del evento, o de ella, además de la necesidad incontrolable de besarla.

No había estado buscando compañía ni una mujer para complacer. Pero esa noche, se había dejado llevar y había quedado satisfecho de una manera que no lo había estado en mucho tiempo. De hecho, no desde Laura. La mujer desapareció antes del desenmascaramiento, así que nunca supo quién podría haber sido.

—¿Así que no has hecho el amor con nadie desde Laura entonces?

—Sí —mintió Nash.

Pero alrededor de la época en que había estado en la cama con una desconocida en Londres, Laura debía haber estado engañándolo con algún otro hombre en algún otro lugar. Un hombre que sin duda se habría sentido tan afortunado como *él* siempre se había sentido cuando Laura se volvía hacia él en la oscuridad y lo recibía con los brazos abiertos.

De la manera en que su amante lo había hecho esa noche en Londres.

Cerró los ojos, recordando esa noche con mayor claridad, y luego los abrió de par en par, sorprendido.

—*¡Que el diablo me lleve!*

Su amante había estado decidida a mantener su máscara puesta en todo momento y le había dicho que cerrara los ojos... y hoy Laura había jurado que la niña era suya.

¿Podría ser que la dama que lo sedujo el año pasado hubiera sido Laura?

Se pasó una mano por el pelo, asombrado de que pudiera no haber reconocido a su esposa en la oscuridad.

Algernon se acercó, sonriendo con suficiencia. —Deduzco que recuerdas un encuentro olvidado.

Se sentó, conmocionado. —Mi esposa me sedujo.

—Imagino que lo disfrutó —murmuró Algernon, sin lograr ocultar el tono divertido en su voz.

Nash apretó los dientes y gruñó: —Oh, sí que lo hizo. Quedó satisfecha sin lugar a dudas, incluso tan borracho como debía estar yo.

¡Laura se había burlado de él! Lo había mantenido cautivado debajo de ella todo el tiempo que hicieron el amor. También recordaba que le había negado el clímax, incluso cuando suplicó por ello, y al final hubo tal desesperación que su control se había visto afectado.

La culpa que había cargado por esa indiscreción tardaba en aliviarse de su pecho. Había sido una noche de pura y desenfrenada perversión que nunca habría ocurrido si hubiera estado en sus cabales.

Pero al momento siguiente, pensó en todo lo que se había perdido debido a esa única noche descuidada y decadente, y su ira regresó con toda su fuerza. —Esa bruja —gruñó.

—Nash, no puedes enfadarte con una esposa que no pudo mantener sus manos fuera de tus pantalones —susurró Algernon—. Borracho o no, se necesitó tu participación voluntaria para hacer esa niña. Felicidades. Será toda una novedad tener una sobrina con la que jugar.

—Una hija que nunca planeé —añadió Nash.

Sí, él era tan culpable de la existencia de Isabelle como Laura. Él mismo se había

desabrochado los pantalones. Nunca se perdonaría por eso. —Me habría gustado saber del embarazo. Estar presente en el nacimiento, como lo estuve para nuestros hijos. Habría querido ser el primero en sostener a mi hija.

—Dada tu nueva claridad y admisiones, no se necesita más debate —dijo Algernon—. Registraré el nombre de Isabelle en la biblia familiar, y a Laura se le otorgarán todos los derechos y privilegios como miembro de esta familia como siempre debió haber sido. Eso incluye dinero para sus gastos y acceso sin restricciones a sus hijos en todo momento —anunció el duque—. No puedes jugar a ser el tirano.

—¿Cuándo lo he sido?

—Ni tampoco juegues a ser la víctima conmigo. Sabes cómo eres. Pisoteando y fulminando con la mirada cuando no te gusta lo que oyes. Siempre te cuesta dejar ir las cosas. Te gusta que todo esté ordenado y programado. Laura siempre ha sido más impulsiva que tú. Tendrás que empezar de nuevo con ella y compartir la carga de vuestras decisiones.

—¿Entonces podemos divorciarnos?

—Para que podáis existir con paz en vuestros corazones. Un divorcio podría resolver un problema entre vosotros, pero seguiréis siendo los padres de tres niños impresionables. No sería bueno que os vieran discutiendo constantemente. ¿Recuerdas cómo eran madre y padre? No deseo esa infancia para nadie.

El corazón de Nash dolía al pensar en su juventud. La ansiedad y el miedo constante de no cumplir con las altas expectativas. Tratando de complacer a dos padres exigentes que estaban constantemente en guerra, incluso después de que madre muriera.

La historia ya se había repetido con él y Laura. Su imposible esposa. Al alcance de la mano por solo un breve tiempo y aún tan lejos de él. Ella no había cambiado. Poseía las mismas curvas que siempre le habían atraído, incluso cuando no podía ver su rostro, aparentemente. El mismo cabello castaño rebelde, siempre listo para escapar de su confinamiento. Le encantaba juguetear con sus mechones mientras ella dormía después de que el frenesí del amor hubiera terminado. Sentir cómo la tensión los abandonaba a ambos al final de un largo y agotador día.

Sus ojos seguían siendo del mismo tono oscuro de marrón, pero duros y desconfiados cuando lo miraba ahora.

Solía sonreír más.

Encontró la mirada de su hermano mayor y negó con la cabeza. —Te equivocas al mantenerla aquí.

—Treinta días no es una sentencia de por vida. —La sonrisa desapareció del rostro de Algernon—. ¿Preferirías que la echara inmediatamente? ¿Ser tan cruel como padre y mantenerte tan alejado de las cosas que nunca supiéramos lo que pasaba aquí? Eso lo resolvería todo para ti, ¿verdad?, si ella simplemente se hubiera escabullido o incluso hubiera muerto.

Los ojos de Nash se agrandaron. —Nunca dije que quiero que esté muerta.

—Si las miradas mataran, ella ya estaría muerta hoy. No creía posible que pudieras actuar tan frío e insensible como lo era padre, pero maldita sea, hermano, es un día de celebración y maldita sea si voy a estar tan miserable como tú. —Algernon negó con la cabeza—. ¿Quién podría imaginar que Jasper y tu institutriz se enamorarían? Aunque ella es perfecta para él. Y el regreso de Laura llega en el momento perfecto, ya que parece que quieren fugarse juntos. Mi corazón está infinitamente más ligero por ver a Laura de nuevo. ¿Cómo es posible que tú no sientas más?

—No sé lo que siento —admitió, poco acostumbrado a revelar tanto. Laura era un tema que solo llevaba a una discusión entre ellos.

—No importa lo que dije hoy frente a Laura, no apoyaré este divorcio. El escándalo

resultante nos destruiría.

—Quieres decir que te destruiría a ti —murmuró Nash.

—A mí, a nosotros, ¿qué diferencia hay? —dijo Algernon—. Somos una familia. Nuestros éxitos y fracasos se reflejan el uno en el otro. La gente ya murmura sobre el lamentable estado de tu matrimonio y un divorcio asegurará que las lenguas de los chismosos nunca descansen. Piensa también en cómo les irá a las mujeres de la familia. Win, Amity, Sophie y nuestras otras primas. En lugar de tener el favor de la sociedad, se verán arrastradas a un escándalo contigo y Laura. Laura será la única que se salvará, porque si te divorcias de ella, casi puedo garantizar que despreciará a la sociedad.

Nash asintió, de acuerdo con él.

—Y tú, el hombre del que he dependido toda mi vida, te convertirás en un paria. No serás bienvenido en ninguna parte cuando más te necesito. Cualquier unión que yo pudiera desear hacer se verá indeleblemente manchada por rumores de tu divorcio. No puedo imaginar que Lady Stephanie Kent quiera tener algo que ver conmigo si llevas a cabo tu plan. Y como has señalado tantas veces, necesitamos su dinero bastante desesperadamente.

Nash apretó los dientes, molesto por estar de acuerdo con todas las evaluaciones de su hermano sobre lo que un divorcio podría hacer a su posición en la sociedad y los intentos de arreglar sus problemas financieros. Esto último era la razón por la que Nash había elegido a Sophie como su próxima novia.

Sophie habría heredado algunos fondos algún día, y él pensó que no querría participar en la temporada londinense para ser objeto de murmuraciones. Pero parece que nunca conoció realmente a Sophie tampoco. Su corazón había sido reclamado por Jasper mientras Nash estaba distraído.

—Quizás deberías haberte casado con Lady Stephanie cuando tuviste la oportunidad.

Algernon abrió los brazos. —¿Cómo iba a saber lo que pretendías? No soy adivino. Ni tu esposa tampoco, gracias a Dios.

—¿Qué se supone que significa eso?

—¿No acababas de decirnos que querías casarte con Sophie? Ver a tu esposa al lado de la mujer destinada a reemplazarla solo puede describirse como condenadamente incómodo para mí.

Nash hizo una mueca. Para él también. Se había quedado bastante aturdido y no había sabido qué decirle a Jasper. —No sabía del interés de Jasper por Sophie cuando hablé imprudentemente de mis planes antes. ¿Tú sabías algo de ellos?

—No, pero tiene sentido que ella fuera quien le hiciera perder la cabeza. Siempre le han gustado los desafíos, y encontró defectos en la institutriz casi desde el día que llegó. Tu charla sobre casarte con ella lo molestó cuando regresamos, y en ese momento, pensé que era solo por Laura.

—Sí, hoy estaba inusualmente comunicativo —reflexionó Nash. De hecho, Jasper nunca antes había expresado su opinión tan claramente. Había cambiado mientras Nash no prestaba atención.

—Jasper ha hecho su elección. Tendrás que aceptar la unión con gracia, aunque obviamente no es lo que esperabas.

Nash asintió. También tendría que dejar de lado la idea de un segundo matrimonio por ahora, muy probablemente. Debería esperar hasta que Algernon finalmente se casara antes de proceder. Nada estaba saliendo como él esperaba.

—Tómate un momento para orientarte. Es evidente que el regreso de Laura te ha alterado, así que supéralo lo antes posible —sugirió Algernon—. Las emociones están a flor de piel por todos

lados hoy. Demonios, ambos necesitamos un trago.

Nash rechazó una copa y miró sus manos apretadas. Necesitaba mantener la cabeza fría.

Algernon siempre había sido mucho más ágil que él cuando se trataba de lo inesperado. Suave cuando era necesario, un ariete cuando se requería. Nash necesitaba centrarse en lo que podía hacer, no en lo que quería hacer. Laura estaría en Ravenswood solo por un mes. Podría intentar hacer las paces con ella, por el bien de sus hijos.

Algernon se alejó, dejando a Nash mirando sus puños. Lentamente desdobló las manos. Hace algún tiempo, se había quitado la alianza por necesidad. Pero la marca, la depresión, todavía estaba allí en su dedo, y ahora la frotaba, como solía hacer cuando pensaba en su esposa.

No había manejado muy bien el momento de verla de nuevo, pero nunca se había sentido cómodo con su novia. No fuera del dormitorio, al menos. En la cama, sabía exactamente cómo comportarse.

Verla de nuevo había sido un gran shock.

Pero debería hacer un esfuerzo por ser cortés mientras Laura permaneciera bajo el mismo techo que él. Pero si ella iba a volver a ocupar su habitación contigua, tendría que evitar cualquier otro intento de seducción por su parte. Ese era un umbral que nunca deberían volver a cruzar.

Tres hijos eran más que suficientes para un matrimonio que estaba hecho jirones.

Su matrimonio con Laura había sido incómodo desde el principio. Los matrimonios repentinos a menudo lo eran. Laura, a los diecisiete años, era hermosa y talentosa, pero su padre había deseado que se convirtiera en la novia de Algernon y la futura Duquesa de Ravenswood, en lugar de la de Nash.

Todos esperaban esa unión... hasta el último momento.

Cuando Algernon de repente juró que nunca se casaría, solo para fastidiar a su padre, Laura rápidamente aceptó casarse con Nash, el repuesto, para evitar cualquier vergüenza y daño a su reputación.

Cerró los ojos, recordando el terror del momento en que le propuso matrimonio en lugar de Algernon. Había sido una noche tormentosa y eso debería haber sido un presagio de cómo vivirían como marido y mujer. Había estado tan nervioso por decir las palabras inesperadas correctamente, pero Laura no pareció notar su torpeza. Había aceptado con un suave suspiro que él confundió con satisfacción.

Desafortunadamente, su vida de casados no había cumplido con sus altas expectativas en casi ningún aspecto, excepto uno. Le había dado los hijos que ella decía anhelar. Solo para tener otro de él en secreto. —¿Cuánto tiempo hace que sabes de la niña?

—No lo sabía.

Nash frunció los labios. —¿Por qué mentiste entonces sobre saberlo?

—Estaba intentando retrasar una discusión sobre su adulterio hasta que recuperaras la compostura. Sin embargo, claramente ella no hizo nada malo, ni tú tampoco.

Nash podía sentir que su cara se calentaba. —¿Así que realmente crees que es mía?

—Isabelle se parece mucho a cómo eran los otros dos a esa edad —reflexionó Algernon—. No puedo imaginar que otro hombre hubiera compartido la cama de Laura. Nunca pareció del tipo que hace las cosas a medias. Padre estaba muy equivocado al manchar su carácter como tantas veces intentó hacer.

—Padre desconfiaba de todas las mujeres —murmuró Nash.

—Siempre estuve agradecido de que nunca tuviéramos hermanas después de ver cómo se comportaba con Laura —dijo Algernon—. Pero ahora se ha ido y estamos invadidos por

mujeres.

Nash se encogió un poco ante la observación.

No debería importar que la suya no fuera una unión esperada, pero siempre le importaba. El matrimonio había cumplido su propósito. El propósito de Padre era todo lo que había importado una vez. Lo que quedaba de la dote de Laura había pasado al ducado ahora, sin embargo. Se le reembolsaría algún día. Su hijo mayor heredaría, si Algernon no lograba casarse y producir herederos legítimos. Thomas y Liam siempre habían sido el seguro del ducado contra tal cosa.

Laura no había estado de acuerdo con él sobre eso... no es que ella hubiera estado de acuerdo con él en nada después de que llegara Liam.

Se volvió al oír un golpe seco y encontró que Algernon había dejado el salón y estaba a mitad de camino en una escalera en la biblioteca, sacando libro tras libro de las estanterías del suelo al techo y hablando consigo mismo.

—¿Dónde diablos está?

Se apresuró a cruzar el pasillo para ofrecer su ayuda. —¿Qué estás buscando?

—Los libros legales que Padre solía guardar detrás de su escritorio para golpearnos. Los hice poner todos aquí arriba cuando me hice cargo.

—Han estado en mi sala de lectura desde el día después del funeral.

Algernon se deslizó por la escalera y se volvió para mirar fijamente a Nash. —¿Estabas planeando el divorcio incluso antes de que nos fuéramos a la fiesta de verano?

—Por supuesto que sí —admitió—. Esta no es una decisión apresurada, sino una largamente considerada.

—Bien, ve a buscar esos y cualquier otro volumen que te hayas apropiado. Estaré demasiado ocupado en las próximas semanas para andar persiguiéndolos por toda la casa. —Cuando Nash no se movió, Algernon ladró—: ¡Ve!

Herido por la manera en que lo despidió, un recordatorio de cómo Padre le hablaba, Nash se alejó a grandes zancadas hacia el otro lado del palacio. Estaba agradecido, sin embargo, de tener una tarea que no requería que pensara más allá del futuro inmediato porque su mente estaba dando vueltas y podría no volver a asentarse nunca.

CAPÍTULO TRES

Laura entró en la habitación infantil y se apoyó contra la pesada puerta, jadeando por la prisa de escapar de la mirada gélida y la compañía de su esposo, ahora visiblemente enojado.

Había pensado que estaba preparada para eso, pero aparentemente no era inmune a sus estados de ánimo. Él creía que ella lo había traicionado. Estaba equivocado. Las cosas habrían sido más fáciles y mucho más simples si ella hubiera compartido la cama con otra persona.

Dejó escapar un suspiro tembloroso y luego miró rápidamente alrededor de la gran habitación infantil. Sus hijos la observaban desde la sombra de la institutriz, donde parecían estar jugando un juego con ella.

Jasper estaba recostado en la ventana con Isabelle en su regazo. Ella sonrió rápidamente y se enderezó de su postura encorvada. No podía detenerse en sus problemas con el padre de los niños. Ellos solían ser sensibles a sus estados de ánimo, y su tiempo con ellos era demasiado precioso para desperdiciarlo.

Jasper se acercó con Isabelle, asintiendo y sonriendo como si fuera partícipe de un gran secreto. —Por fin estás aquí.

—Sí, por ahora —dijo ella.

—Lo peor ya pasó —prometió él, entregándole a Isabelle, luego haciéndole cosquillas en la barriga y haciéndola reír—. Has visto a tu esposo y has sobrevivido. Será fácil retomar tu vida con nosotros.

—Solo por los próximos treinta días —le dijo.

—¿Qué?

Laura le explicó el trato que acababa de hacer con el duque.

—¡Qué absurdo! Tú perteneces aquí con nosotros. Nash debería ser el que se vaya si no te quiere aquí —protestó Jasper.

Pero estaba loco si pensaba que ella podría querer quedarse en Ravenswood. Ya no había vuelta atrás. Demasiada mala sangre entre ellos. Demasiados días pasados sola, incluso antes de que lo dejara.

Pero podía sonreír porque el duque decretó que podía estar con sus hijos cuando quisiera durante los próximos treinta días. Pasar una hora con su esposo era un inconveniente menor comparado con su felicidad por eso.

Jasper intercambió una larga mirada con la señora Radcliffe. —Sophie y yo estamos indecisos si deberíamos irnos de la finca ahora o esperar.

—No se queden más tiempo del que quieran por mi causa. Sabía que mi recepción no sería cálida.

—Bueno. Quizás no de ciertos sectores, pero del mío, es todo lo contrario. ¿Puedo abrazarte, querida hermana? —preguntó Jasper vacilante.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Tengo varios años de afecto navideño y de cumpleaños para compartir. Tal vez podría limitarlo a un largo abrazo, para que no sea vergonzoso para ninguno de los dos —bromeó Jasper.

Ella suspiró. —Está bien —susurró, y se dejó abrazar. Pero no permitió que tal sentimentalismo continuara por mucho tiempo. En apariencia, Jasper podía recordarle a Nash, pero las diferencias en sus naturalezas eran enormes.

La ex institutriz se acercó cuando la soltó. —Debe estar cansada, mi lady —sugirió Sophie con vacilación.

—Quizás lo esté un poco. —Hizo rebotar a Isabelle en su cadera—. Crecen tan rápido, ¿verdad?

—Siempre —convino la mujer—. ¿Me permitiría ayudarla con ella?

—Al duque podría no gustarle eso. Ha decretado que solo yo y mi esposo debemos cuidar de ellos ahora.

—Estoy seguro de que no pretendía excluir a la familia de jugar con los niños o sostener a Isabelle, porque todos les tenemos un cariño desmesurado —advirtió Jasper.

Laura consideró a Jasper y a la mujer con la que se casaría, y luego asintió. Alguien aquí tenía que preocuparse por Isabelle y los niños cuando ella se fuera. Por qué no permitir que Jasper y la señora Radcliffe construyeran un vínculo con Isabelle, quien los necesitaría para amor y consuelo.

Laura ya confiaba en que Jasper cuidara de su hija cuando ella no pudiera. Y estaba más cansada de lo que esperaba. Enfrentar a Nash había sido angustioso.

Sophie tomó a la niña de sus brazos y le habló, solo para dejarla en el suelo junto a Thomas al momento siguiente. —Por favor, cuida a tu hermana, Thomas.

—No la perderé de vista —prometió, repitiendo a su padre. Pero su mirada también incluyó a Laura.

Laura se estremeció. No había tenido oportunidad de explicarle a Thomas que se iba a marchar. Todo había sucedido tan rápido.

Él habría sido demasiado joven para entender por qué ella había estado tan débil y enferma y empeorando sin que fuera culpa suya.

Laura dejó escapar un suspiro tembloroso, pero su ansiedad se alivió al ver a sus hijos sentados juntos jugando y aparentemente felices en compañía del otro. Quería imaginarlos siempre así.

Jasper la condujo a sentarse cerca de la ventana. —Como nunca tomamos el té en el salón, he pedido que lo traigan aquí.

—Siempre has sido el más considerado de la familia, Jasper —le dijo.

—Sigo el ejemplo de la única hermana que he tenido, que me enseñó más sobre amabilidad y paciencia que cualquier otra persona en esta familia.

Ella negó con la cabeza y sonrió a regañadientes. —Siempre fuiste el más propenso a halagar sin motivo, también.

—No, no. Te mereces todos los elogios que pueda acumular sobre tu cabeza ahora mismo. —Se inclinó más cerca—. No lo tuviste fácil para hacerte un lugar en esta familia. A pesar del silencio de mi hermano, estoy seguro de que estaba feliz de verte.

—Estoy segura de que no sabes de qué estás hablando una vez más —replicó, mirando al

otro lado de la habitación hacia Sophie. La mujer estaba escuchando. También los niños, y ella bajó la voz a un susurro—. Nash no se preocupa por mí, y nunca lo hizo.

—Conozco a mi hermano. No se preocupaba por ninguna mujer *excepto* por ti —aseguró Jasper.

Laura se estremeció. —No me echó de menos ni me necesitaba. Consiguió su heredero y el repuesto.

—Al principio de vuestro matrimonio, Nash siempre subía las escaleras en el momento en que regresaba a la finca. A menudo lo molestábamos por eso, pero Padre lo reprendía. Exigiendo atención primero, como hacía con todos nosotros. Nos enviaba por cualquier razón extraña, así que casi nunca estábamos juntos aquí al mismo tiempo. Cuando nos dimos cuenta de que te habías ido, nos prohibió escribir para alertar a Nash o buscarte nosotros mismos. El día que Nash finalmente regresó, Padre dejó que descubriera tu ausencia por sí mismo.

—Al difunto duque le habría encantado la humillación de su hijo. Saberlo todo y dar órdenes a Nash le hacía sentirse poderoso —imaginó aquello con facilidad, porque lo había escuchado ella misma. El duque se burlaba de su segundo hijo, diciéndole lo caprichosas que podían ser las mujeres. Lo inestable y problemática que se estaba volviendo Laura. Al final, ella le había dado la razón.

—Es cierto que los pasos de Nash se volvieron más lentos en los años posteriores a tu partida, pero estoy seguro de que aún esperaba encontrar que habías regresado a casa durante su ausencia todo este tiempo.

Ella apartó la esperanza tan en desacuerdo con la realidad.

—¿Entonces te casarás con la señora Radcliffe?

—Sí —admitió él—. Nos vimos obligados a estar juntos mientras el duque estaba ausente y descubrimos que teníamos más cosas en común que diferencias. Los planes que estamos haciendo podrían excluirnos de la sociedad respetable al final, pero nos tenemos el uno al otro y la bendición del duque.

—Me alegro de que hayas encontrado a alguien por quien puedas preocuparte. Es bueno conocer los sueños de cada uno y apoyarlos.

—Sophie heredará una casa de placer —susurró Jasper, sonando bastante orgulloso.

Laura se atragantó y miró a Sophie.

—¿El establecimiento donde mi marido la conoció?

Sophie se acercó.

—Me conoció cuando estaba casi muriendo allí. Mi bebé se perdió demasiado pronto.

Laura hizo una mueca, mirando a Jasper, preguntándose cómo soportaba esa noticia. Sin embargo, él solo le sonrió a Sophie con amor absoluto en sus ojos y extendió la mano para estrechar la de ella.

Jasper Sweet había elegido, en efecto, una novia verdaderamente poco convencional, una mujer arruinada, y sorprendentemente Nash también lo había hecho, pero tenía que admitir que podría ser una mejor pareja para Jasper.

Sophie era justo el tipo de mujer con la que el difunto duque no habría permitido ningún matrimonio. Le sorprendió que el duque actual hubiera permitido tal cosa.

—Lamento mucho su pérdida, señora Radcliffe. Los niños son una bendición.

—Sophie, por favor. Ya que vamos a ser casi hermanas por un tiempo. La oferta de empleo de tu marido me salvó de convertirme en una dama de la noche. Era huérfana y no tenía nada ni nadie a quien recurrir, excepto mis nuevas amigas en el burdel. Tu marido nunca fue realmente mi amigo en particular.

—No como yo lo he llegado a ser, quiere decir —se apresuró a asegurarle Jasper con un guiño—. Sophie ha sido un modelo de decoro desde su llegada, razón por la cual al principio no nos llevábamos tan bien.

—No por mucho tiempo —añadió Sophie, ofreciéndole una dulce sonrisa, y luego lanzó una sonrisa pícara a Laura—. No hasta que dejaste a Isabelle en su cama. Pensaba que era solo otro libertino insensible hasta entonces.

—Fue el puro pánico en mi voz lo que finalmente ablandó su corazón hacia mí —afirmó Jasper, sonriendo ampliamente—. Debo mi actual estado de felicidad a ti, querida hermana, y a la pequeña Isabelle, por devolver todo sobre mi chaleco favorito. Sophie se apiadó de mí entonces y nuestra amistad creció.

Ella suspiró ante el espectáculo que su hija debió haber montado.

—Me disculpo por la inconveniencia de dejarla en tu cama. Mi visita estaba destinada a ser breve, pero la casa estaba llena de extraños y descubrí que Nash también estaba fuera con el duque. Tenía que dejarla con alguien de la familia. Y como siempre fuiste tan bueno con tus primos más jóvenes, confié en que te encargarías de ella y la mantendrías a salvo hasta que su padre regresara.

—Me alegra que confíes en mí. Puedes confiar en todos nosotros, ¿sabes?

Ella exhaló temblorosamente.

—¿Cuándo os casaréis?

—No hasta que lleguemos a Londres, y cuanto antes mejor, aunque creo que Algernon desea organizar el desayuno de bodas aquí. Disfrutó mucho sorprendiendo a la prima Amity con su propio desayuno de bodas a principios de año.

—¿Así que tu prima se casó por fin? Supongo que fue el gran partido que tu primo George dijo a todos que esperaba de su lado de la familia. Solo alguien de los rangos aristocráticos más finos y rico habría obtenido su aprobación.

—George no está contento, el cerdo. Amity se arruinó para escapar de un mal matrimonio y luego se enamoró más tarde. Algernon suavizó las cosas, así que nadie dijo una palabra contra el matrimonio, realmente.

—¿Su primera manipulación como duque? —preguntó ella—. Supongo que va por buen camino para emular a tu padre ahora.

—Bueno, si Amity fue su víctima, entonces es un regalo para hacer felices a las mujeres. Nunca he visto a una pareja más enamorada que Amity y nuestro amigo, el señor Roman Crawford —Jasper sonrió a Sophie y llevó su mano a sus labios—. Hasta ahora, por supuesto. Nadie podría ser más feliz que nosotros dos.

Laura apartó la mirada ante la evidente muestra de afecto entre la pareja. Jasper siempre había sido tan diferente a Nash. Extrovertido y coqueto. Claramente, sería un marido afectuoso con Sophie. Tenían la oportunidad de ser felices juntos si eso continuaba. Más felices de lo que ella y Nash habían tenido la oportunidad de ser bajo el yugo del viejo duque.

Se mordió la lengua cuando llegó la bandeja del té, llevada por una sirvienta que no reconocía. Era un recordatorio de que las cosas podían cambiar en Ravenswood, pero también una advertencia de que nada duraba aquí tampoco. Laura tenía que mirar hacia el futuro para encontrar esperanza, o al menos paz ahora.

Pronto estaría divorciada y entonces... bueno, la vida sería muy diferente de lo que se suponía que iba a ser.

Laura tenía que tomar las riendas de su vida ahora, así que sirvió el té para la pareja recién comprometida y les deseó toda la felicidad.

—Estoy seguro de que mi hermano mayor sacará pronto lo bueno para que podamos celebrar juntos como es debido —advirtió Jasper.

—Estoy segura de que lo hará —murmuró ella—. Disfrutad de vuestra celebración.

—Disfrutaremos de la celebración juntos —dijo Jasper, mirándola fijamente—. Por favor.

—Estoy segura de que no me quieren allí, a menos que busquen silencios incómodos y ceños fruncidos —dijo Laura, y luego se acomodó de nuevo en el asiento de la ventana con su taza de té—. No puedo imaginar ninguna alegría donde mi marido esté sentado frente a mí. He sufrido suficientes cenas formales en Ravenswood como para querer evitar futuras en las que todavía no pueda expresar mi opinión.

—Me gustaría que estuvieras allí con nosotros también —añadió Sophie, retorciéndose las manos—. Rara vez me he unido al duque para las celebraciones. Agradecería tu apoyo y la compañía de una mujer en el salón después, para no estar sola.

Laura hizo una mueca. Entendía lo intimidante que podía ser esta familia, incluso cuando te habían preparado para casarte con ella. Pero Sophie tenía a Jasper para apoyarse. Él la defendería y permanecería a su lado de una manera que Nash nunca lo había hecho por ella. —Raramente te insultan a la cara. Los cuchillos salen después.

Jasper suspiró. —Ya no es así aquí —prometió—. Ya lo verás.

Laura negó con la cabeza, incapaz de creerlo. —Creo que tendréis un matrimonio muy feliz si siempre os apoyáis mutuamente.

—Eso planeo —aseguró Jasper, poniéndose de pie de un salto para tomar la mano de Sophie y besarle el dorso.

Laura observó el intercambio con creciente respeto por la pareja. Sophie ya tenía a su futuro marido en la palma de su mano y él parecía disfrutar estando allí. Había logrado rápidamente lo que muchas mujeres sueñan durante toda su infeliz vida matrimonial.

Laura ciertamente nunca había logrado tanto con Nash. No podía envidiar a nadie un cortejo mejor que el suyo. —Muy bien. Me uniré a vosotros para celebrar vuestro compromiso si aún estoy aquí.

Miró su propio vestido. No era exactamente aceptable para una cena formal de celebración, pero ya había dejado de intentar complacer a los miembros de esta familia. Si su marido se quejaba de su apariencia, mala suerte. No había traído nada más elegante consigo.

Se alejó de la pareja de prometidos y se arrodilló en el suelo cerca de sus hijos. No los interrumpió, solo los observó jugar juntos. Parecían llevarse bien hasta ahora. Eventualmente, Isabelle se cansó de jugar al cucú y se acercó gateando, pidiendo sin palabras que la alzaran.

Laura dudó un momento antes de levantar a su hija. Pronto no tendría la oportunidad de abrazarla. Era un precio alto que pagaría por su libertad al final. Laura había esperado irse esta noche sin nada más que la ropa que llevaba puesta hasta que el duque insistió en que se quedara. Se quedaría por el bien de su hija. Pero más que la maternidad, Isabelle necesitaba la seguridad y protección que solo su padre podía proporcionar.

Apareció otra sirvienta. Una mujer mayor que Laura recordaba. Sin embargo, apenas podía mirarla a los ojos ahora. Probablemente temía que el duque la castigara por su ayuda de hace años. —Su Gracia me ha pedido que la atienda, Lady Sweet.

—Puedo arreglármelas sola —prometió, decidiendo mantener en secreto su participación.

—Eso es lo que él dijo que usted diría. Su habitación ha sido preparada, se ha preparado un baño y sus vestidos están siendo planchados mientras hablamos. Debo ayudarla a desvestirse, bañarse y vestirse después.

Laura entrecerró los ojos mirando a la sirvienta. —¿Cómo es que tenéis alguno de mis

vestidos para planchar?

—Su Gracia ordenó que trajeran su único baúl a Ravenswood desde la finca de su familia —afirmó la sirvienta—. Si me sigue ahora, el agua se está enfriando.

Aunque sorprendida por este giro de los acontecimientos, no se atrevió a demostrarlo. El duque tenía ojos y oídos en todas partes. Igual que el anterior. Tendría que ser cuidadosa.

—Si el duque espera que me siente a cenar esta noche, tendrá que aceptarme tal como estoy. Prefiero pasar el tiempo que tengo con mis hijos.

—Él pensó que diría eso también, y dijo que le dijera que está excusada de cenar con él esta noche. Sugirió que se sienta como en casa, y que los niños podrían disfrutar de un baño en sus aposentos después de que usted termine con el agua.

A Isabelle siempre le había gustado la hora del baño. También a sus hijos cuando eran más pequeños. Ahora miraban a Laura, claramente emocionados ante la idea de bañarse en sus aposentos, conteniendo la respiración, sus ojos brillantes de emoción apenas contenida.

Rápidamente asintió. —Muy bien. Tráelos en cinco minutos.

—Veinte minutos —corrigió la sirvienta con una rápida sonrisa de disculpa para la habitación—. Su cabello ha crecido bastante mientras estuvo fuera, milady. Llevará más tiempo lavarlo adecuadamente ahora.

Laura sabía que eso era bastante cierto y suspiró por segunda vez. —Muy bien. Veinte minutos.

—Traeré a los niños tan pronto como esté decente —prometió la mujer—. Normalmente cenan a las cinco en punto en la nursery. Su Gracia esperaba que usted deseara unirse a ellos.

—Así es.

La mujer sonrió. Pero Laura sabía que la habían maniobrado para hacer exactamente lo que el Duque de Ravenswood quería que hiciera.

Laura se puso de pie, entregando a Isabelle a Jasper, quien parecía ansioso por sostener a su sobrina de nuevo.

—Hasta mañana, hermana.

—Supongo que sí —dijo, y luego siguió a la sirvienta fuera de la habitación.

La mujer la apresuró al piso de abajo y a lo largo del pasillo hasta una cámara en la que nunca esperó ni quiso volver a estar.

Su antigua cámara parecía no haber cambiado, a pesar de los casi dos años que había estado lejos de Ravenswood. Las cortinas seguían siendo azules, las ventanas altas, y la cama era...

Tragó saliva. La cama y el cubrecama eran exactamente los mismos. Había pasado cada noche de su matrimonio en esa cama. Las noches con Nash eran los únicos recuerdos felices que tenía de su matrimonio además del tiempo que había pasado con sus hijos.

Le dio la espalda firmemente a la vasta extensión y al pasado.

En un lugar destacado frente al fuego había una enorme bañera de cobre humeante ya llena de agua perfumada. Laura suspiró y se acercó mientras la sirvienta añadía otra tetera humeante de agua. Se habían esparcido pétalos de rosa en la superficie, justo como siempre le había gustado. —Realmente extrañaba esta bañera.

—Está lista. ¿Puedo ayudarla a desvestirse, milady?

—No. Puedo arreglármelas —dijo Laura, quitándose sus propias prendas, dejándolas caer al suelo. No perdió tiempo en meterse en el agua caliente para ocultar sus viejas cicatrices poco atractivas, no es que esta sirvienta se sorprendiera por su existencia ya que las había visto cuando eran recientes. Estaba ansiosa por disfrutar del único lujo indulgente que realmente había disfrutado en Ravenswood, y veinte minutos apenas parecían suficientes.

La larga bañera contenía suficiente agua caliente para cubrirla completamente. Se hundió en ella y luego completamente bajo la superficie, conteniendo la respiración tanto como pudo.

Cuando su cabeza rompió la superficie, se sintió insoportablemente cansada. Sin embargo, su incertidumbre se había ido y la esperanza de un mañana más brillante y feliz se extendía ante ella.

Nash no se opondría al divorcio. Quizás volver a Ravenswood ahora no había sido una decisión tan terrible después de todo. Esta vez tenía más libertad que antes. Disfrutaría de la novedad y sería ella misma por primera vez en su vida. Si a Nash no le gustaba, que se fuera al diablo también.

Se volvió hacia la sirvienta.

—Quiero agradecerle su ayuda.

—Me alivia saber que sobrevivió, mi señora —susurró la mujer, con los ojos fijos en la puerta—. No merecía lo que le hicieron.

—No, no lo merecía —respondió Laura, apretando la mandíbula al recordarlo.

CAPÍTULO CUATRO

—Estos son los últimos —prometió Nash, dejando caer un enorme montón de libros sobre la mesa de lectura de la biblioteca para su hermano a la mañana siguiente. Todavía estaba molesto porque Algernon lo había acosado para que los devolviera. Había cosas más importantes que tratar, como discutir sobre una esposa que ya no quería serlo.

No había dormido bien anoche, sabiendo que Laura estaba cerca.

Aunque no le complacía ver a Laura de vuelta, no podía ignorar lo que se sentía como un cambio cataclísmico en la atmósfera de Ravenswood, y en sí mismo, de la noche a la mañana.

Había pasado junto a tres criadas que le habían sonreído y luego soltado risitas al pasar por su lado. Incluso el ayuda de cámara que compartía con su hermano había estado tarareando para sí mismo.

Nash tenía esposa de nuevo, y ahora también una hija pequeña, pero no tarareaba ni sonreía ni se reía de la novedad. No sabía qué hacer con ninguna de las dos, especialmente con su hija.

Laura lo había seducido, y no podía entender por qué.

Sin embargo, recordaba cada vez más aquella noche. La intimidad entre ellos había sido buena. Urgente, ardiente. No se había contenido mucho, y Laura tampoco había sido fría con él.

No podía ignorar a Laura ahora, pero tampoco deseaba enfrentarse a ella tan pronto sin tener un plan primero. Su error, su indiscreción, había vuelto para atormentarlo y lo había incomodado considerablemente. ¿Cómo no había reconocido a Laura en la oscuridad? Para entonces llevaban cinco años casados.

Pensaba que la conocía bien a ella y a su cuerpo. Solo podía culpar a la extrema intoxicación por ese nivel de ceguera. No había opuesto resistencia cuando su intercambio se volvió apasionado casi de inmediato. Pero alguna parte de él debió reconocer a su esposa.

Echó un vistazo a las pilas de libros esparcidos por aquí y por allá en la biblioteca y se centró en las pequeñas cosas que entendía. Esas tareas que podía completar y sentirse bien al respecto.

Pero detrás de él había grandes vacíos. Su estudio estaba frío y más vacío, y había resonado de manera extraña con el sonido de sus pasos solitarios. Tendría que adaptarse a eso también más tarde, pero primero ayudaría a poner orden en el desorden de aquí.

Cogió una pila de libros, leyó los lomos y buscó el lugar al que deberían pertenecer.

—Nash, prefiero poner todo de vuelta en su lugar en la biblioteca yo mismo. Pero si necesitas consultar estos libros de nuevo, por supuesto, siempre puedes encontrarlos aquí —prometió Algernon—. Sin embargo, dudo que tengas tiempo para una lectura extensa.

—¿Por qué?

—Tendrás las manos llenas con tu esposa y tus hijos. Y es con ellos donde deberías estar ya,

por cierto. Déjame esto a mí para ponerlo en orden y ponte en marcha.

—Pero...

—No, hermano. No necesito ayuda para guardar un puñado de libros.

—No es un puñado. Hay docenas —protestó.

Algernon miró por encima del hombro el trabajo que tenía por delante y, aunque sus ojos se abrieron al darse cuenta de la cantidad, finalmente se encogió de hombros—. Puedo manejar esta pequeña hazaña sin ayuda, te lo aseguro.

Algernon siempre había querido su ayuda en el pasado, así que no discutió más el punto. Algernon no era solo su hermano, sino también su mejor amigo. No le gustaba que discreparan en nada.

—Era una investigación privada. El divorcio —murmuró Nash, arrastrando los pies—. No quería involucrarte hasta que fuera el momento adecuado.

—Nunca ha habido nada privado entre nosotros antes, hermano —le recordó Algernon, añadiendo volúmenes a los estantes superiores y deslizándose de nuevo por la escalera para recoger otra pila—. Por eso rara vez hemos discutido a lo largo de los años. Pero deberías considerar en quién depositas tu confianza en el futuro. Te recomiendo que hables de tus planes para el futuro con tu esposa en lugar de conmigo. Son los que más le afectarán a ella.

De niños, él y Algernon se habían apoyado mutuamente. Confiando, confesando y tramando formas de escapar del control de su padre y desafiar sus exigencias de obediencia absoluta. Habían cuidado juntos de sus hermanos menores, protegiéndolos lo mejor que podían. Escuchar que ya no debía confiar en Algernon era como una patada en el estómago. Nadie lo entendía mejor que su propio hermano.

Nash giró sobre sus talones y se marchó, confundido y herido porque Algernon lo apartaba y se ponía del lado de Laura, justo ahora. Un hombre soltero no entendía realmente la confusión que conllevaba ser el marido de una mujer así.

Entró en una cámara mucho más pequeña que la que había ocupado, una habitación escondida entre dos cámaras más grandes en el extremo más alejado de la casa, y cerró la puerta de golpe. Aquí estaba tranquilo. En privado. Nadie lo molestaba nunca aquí, e inhaló la atmósfera familiar, esperando que fuera un bálsamo para sus sentidos. Pero con la ausencia de sus libros favoritos, su satisfacción disminuyó.

Él mismo había amueblado la diminuta habitación a lo largo de los años con los descartes de otras partes de la casa que Padre no había querido o no había notado que faltaban. Su único consuelo en los últimos años, cuando finalmente tenía un momento para sí mismo, era perderse en las páginas de sus volúmenes favoritos de la biblioteca.

Sería tedioso tener que encontrarlos de nuevo, y menos agradable leer en otra habitación, una donde todos entraban y salían con tanta frecuencia.

A Nash le gustaba la tranquilidad, su habitación apartada y el revoltijo de muebles dispares normalmente ahogados por los libros que había atesorado. Ahora había superficies desnudas y líneas de polvo que mostraban dónde habían descansado los libros una vez. El par de sillones orejeros, uno viejo y otro nuevo. El maltrecho escritorio de roble que se alzaba entre dos ventanas estaba sostenido en la parte trasera por bloques de madera, su superficie demasiado desnuda. Ya no tenía excusa para quedarse mucho tiempo en esta habitación.

Limpió un parche de polvo en una mesa lateral y hizo una mueca. Pronto tendría que poner a un sirviente a trabajar aquí para ordenar las cosas de nuevo. Había pasado gran parte de los últimos dos años solo en esta habitación fingiendo que no le dolía que su esposa lo hubiera dejado.

Pero sí dolía.

Ahora se sentía doblemente rechazado.

Gimió y limpió con enojo otro parche de polvo. La habitación había estado cerrada durante semanas, así que abrió una ventana una rendija para dejar entrar algo de aire fresco y miró hacia afuera.

Más allá de la ventana, vio formas moviéndose por los jardines. Entrecerró los ojos para verlas mejor, pero rápidamente se dio cuenta de que no eran jardineros trabajando.

Tres figuras... no, cuatro. Una mujer con un bebé en la cadera y dos niños pequeños corrían alejándose de la mansión.

¡Laura se estaba marchando, y se llevaba a sus hijos también!

En pánico, abrió la ventana de par en par y saltó en su persecución.

Laura y sus hijos habían tomado una buena ventaja y se dirigían a pie hacia la finca de su familia. Nash tuvo que correr para alcanzarlos antes de que desaparecieran de vista.

Los alcanzó en el camino del laberinto.

—¿Adónde demonios crees que vas?

Laura, vestida con un traje diferente de color verde oscuro desde la última vez que la había visto, apenas se volvió para mirarlo cuando respondió:

—Pensé que era obvio.

—Llévalos de vuelta adentro —ordenó él.

Ella alzó la barbilla.

—No.

Nash la agarró del brazo para detenerla.

—¿Te atreves a desafiarme?

—Oh, sí me atrevo —su mirada se elevó lentamente hacia la de él—. Ya no soy un cordero manso que va al matadero.

Él la acercó más.

—Mansa nunca fue una palabra que usara para describirte.

—Mejor así —replicó ella con un gesto altivo de su cabeza. Miró hacia donde él la sujetaba del brazo—. Suéltame.

Desafortunadamente, le costó trabajo aflojar los dedos de inmediato. A pesar de las mangas largas de su vestido, Laura estaba cálida y suave bajo sus dedos, y tocarla era como fuego en sus venas. Era una reacción que había sentido antes con ella. Una vez, pensó que eso significaba algo.

Mantuvo su mirada fija en ella, sin saber qué decir ahora que la tenía sujeta, y completamente confundido por lo que estaba sintiendo. ¿Era furia, desesperación, orgullo o —peor aún— necesidad?

No podía necesitarla. No de nuevo.

La soltó, pero lentamente.

Laura retrocedió de inmediato, apartando la cara y gritando:

—Niños, ¿dónde están?

—Estamos aquí —respondió Thomas.

Liam se rio.

Laura dobló la esquina para rodear el laberinto.

—¿Dónde?

—Aquí —gritaron ellos.

Nash sacudió la cabeza y corrió tras Laura, solo para encontrarla parada junto al seto del

laberinto. Los niños no se veían por ninguna parte.

—Debo haberme pasado la entrada —murmuró Laura, pasando bruscamente junto a él en busca de la manera de entrar—. ¿Dónde están?

—No hay entrada por este lado —le advirtió—. El laberinto cambió después de que te fuiste y los pocos jardineros que quedan no han podado los setos desde mucho antes de que mi padre muriera. Ha vuelto a crecer espeso. Me imagino que muchos de los caminos en el interior han desaparecido por completo.

Siguió a Laura, quien ahora parecía al borde del pánico, escudriñando frenéticamente a través del seto.

—No pueden estar muy adentro. Niños —gritó—, vengan hacia el sonido de mi voz.

Hubo una conversación susurrada al otro lado del seto, y luego Thomas respondió:

—No podemos encontrar la salida. ¿Qué vamos a hacer?

Nash gimió ante el obvio pánico en la voz de su hijo menor, pero vio un destello de color del abrigo azul de Liam a través del follaje.

—Quédense justo donde están. Ya voy.

Nash arrancó el seto con las manos desnudas, creando una nueva abertura en la pared de vegetación para llegar a sus hijos. No fue fácil; el seto era muy viejo y las ramas tenían espinas que le cortaban las manos, pero eventualmente hizo un agujero lo suficientemente grande como para que el par pudiera pasar.

Liam parecía a punto de llorar, y Thomas se veía muy avergonzado. Nash empujó sus brazos a través y apartó un lado lo suficiente para poder verlos. Usó sus pies para empujar el otro lado y hacerlo aún más grande para los niños.

—Pasen ahora y tengan cuidado de no arañarse.

Los niños se apretujaron sobre él y, una vez del otro lado, se sacudieron el polvo sin que se les pidiera.

Nash saltó fuera del hueco, y el seto se cerró casi por completo detrás de él. Miró sus manos, que ahora le escocían y sangraban.

Los niños miraron a Nash, luego a Laura, y rompieron a llorar.

Nash, preocupado por sus lágrimas, los calmó suavemente. Las lágrimas no resolvían nada. Se inclinó a su nivel y murmuró:

—No más correr al laberinto sin mí o sus tíos.

Laura exhaló un suspiro.

—No sabía que el laberinto ya no era apto para jugar o nunca lo habría sugerido.

—No, ya no sabes nada sobre nosotros o este lugar —espetó, dándole la reprimenda que merecía por poner a los niños en peligro. El laberinto no era un lugar para niños sin supervisión —. La próxima vez, pregúntame antes de pensar en salir de Ravenswood.

—No estaba dejando Ravenswood. Solo íbamos a salir a jugar —protestó ella.

—Bueno, ¿qué se suponía que pensara, dado cómo huiste la última vez? Vuelve adentro y espérame en la guardería.

Las manos de Laura se cerraron en puños alrededor de Isabelle.

—¿Ni siquiera pudiste dejarlos tener un día libre de sus estudios para estar conmigo?

—Ya estaban contigo en la guardería.

Laura sostuvo su mirada por un largo momento.

—¿Tienes alguna idea de cómo ser espontáneo?

—Claramente crees que no —respondió, luego recordó que los niños los estaban viendo pelear. Su hija era demasiado pequeña para entender, pero los niños seguramente entenderían la

ira. Los encaminó de vuelta hacia el palacio, animándolos a correr si querían.

Asintió con aprobación cuando Thomas retó a Liam a una carrera, tal como Algernon lo había hecho con Nash cuando eran niños.

—Ahora que los niños se han ido, puedes dejar de ser estoico y mostrarme tus heridas —exigió Laura, haciendo malabarismos con Isabelle y extendiendo una mano enguantada.

Sorprendido por su preocupación, le dejó ver el resultado de su decisión poco meditada. Su toque era ligero, impersonal, mientras inspeccionaba su piel y cada irritante corte.

Nash captó el aroma del perfume de Laura en el aire, y se estremeció ligeramente.

—No era mi intención que te lastimaras —susurró Laura.

Pero Nash ya no sentía ningún dolor real.

Laura siempre había olido dulce debido a los aceites perfumados y pétalos de rosa que añadía a su agua de baño. La combinación de mujer y perfume siempre había sido relajante para sus sentidos, y excitante.

—Algunos de estos necesitarán una limpieza adecuada. ¿Te duelen mucho?

Él negó con la cabeza. Nada le había dolido nunca cuando Laura lo tocaba.

La estudió, incapaz de apartar los ojos, ahora que estaban tan cerca. Sus mejillas se sonrojaron con un suave color y sus labios estaban rosados y fruncidos. El pensamiento de ella en agua caliente perfumada lo hizo temblar de nuevo. Nunca se había atrevido a interrumpir su baño, pero la había imaginado así tantas veces.

Laura notó el temblor de su mano y levantó la mirada hacia él.

El deseo lo inundó, casi derribándolo. Quería extender la mano y atraer a Laura a sus brazos y soltarle el cabello. Agarrar los largos mechones en su puño como solía hacer cuando hacían el amor y sentir sus suaves miembros perfumados deslizarse contra los suyos mientras la besaba.

Se acercó un poco más e inhaló profundamente. Sin embargo, Isabelle estaba sostenida entre ellos, y no podía hacer nada más que mirar.

Laura de repente olfateó el aire y su nariz se arrugó con disgusto en lugar del placer que él sentía.

—Alguien necesita que la cambien de nuevo —murmuró ella.

Nash sacudió la cabeza, y los pensamientos sobre hacer el amor se desvanecieron rápidamente cuando se dio cuenta de que su hija había ensuciado sus ropas.

—Dile a tu ayuda de cámara que te empape la mano en agua tibia con unas gotas de lavanda, si tiene —le dijo Laura, poniendo finalmente distancia entre ellos.

—Puedo hacerlo yo mismo —prometió él—. Después de todo, soy el más experimentado en aplicar hierbas y vendajes en toda la finca.

—Sí, por supuesto que pensarías eso —suspiró ella—. Bueno, ocúpate de ti mismo si quieres, y si insistes en que debemos confinarnos en la sala de niños para jugar, entonces también serás tú quien vacíe los orinales. Yo me encargaré de nuestra hija. Tú, de los niños.

—Tenemos sirvientes para eso —argumentó él.

—Oh, no, ya no. No durante el día. El duque dio instrucciones específicas sobre lo que los sirvientes pueden o no pueden hacer con los niños. Ahora somos los únicos responsables del cuidado de nuestros hijos. Eso incluye bañarlos y cambiarlos, alimentarlos y limpiar después de ellos. ¿Sabes hacer algo de eso?

—Por supuesto que sí —le aseguró. Simplemente nunca había tenido que hacerlo antes. Había tenido a Sophie, y antes de eso, la antigua niñera se había encargado de los niños desde que nacieron. Laura no había tenido que mover un dedo desde el día en que llegaron sus hijos—. Sospecho que sé más sobre cómo manejar una casa de lo que tú podrías saber jamás.

—Entonces estarías equivocado. Como siempre lo has estado respecto a mí —susurró ella—. Pero no tengo deseos de perder el aliento y el tiempo discutiendo contigo.

Avanzó con una violenta sacudida de cabeza antes de que él pudiera detenerla. La siguió inmediatamente, pero ella fue directamente hacia donde los niños estaban agachados mirando algo cerca del suelo—. Vamos, niños. Dejen en paz al pobre insecto. Volveremos a la sala de niños y me podréis mostrar lo inteligentes que os habéis vuelto.

—Yo soy el niño más inteligente —anunció Liam con orgullo, mirando a Laura con emoción brillando en sus ojos—. La señorita Sophie me lo dijo.

—Bueno, estoy segura de que tiene razón —le prometió Laura, mirando a su hijo menor con gran interés, aunque él apenas debía recordarla. Thomas se mantenía apartado de Laura. La observaba con cuidado, pero parecía incapaz o reacio a dejarla acercarse demasiado.

Laura se enfrentaba a una batalla cuesta arriba para reconectarse con sus hijos después de todo este tiempo alejada. Habían sido demasiado pequeños cuando se fue como para recordar mucho sobre ella ahora.

Se dirigieron hacia Ravenswood delante de Nash, hablando entre ellos y sin incluirlo en la conversación sobre lo que harían esa tarde.

Observó a Laura en particular mientras se acercaban al palacio. Notó que abrazaba a Isabelle con más fuerza que nunca al entrar en la sombra proyectada por la casa.

Ella odiaba estar aquí. Había regresado solo por el bien de asegurar el futuro de su hija y su posición en la familia cuando ella ya no estuviera.

La niña lo tenía a *él* para cuidarla ahora, por supuesto. Nash nunca descuidaría a su propia descendencia. Pero podía admitirse a sí mismo que quizás había descuidado a su esposa. Envolverse tanto en proteger las necesidades de la familia en general, particularmente de sus hermanos, había significado que ella hubiera sido temporalmente dejada de lado. Pero realmente había creído que Laura se beneficiaría al final.

Solo verla de nuevo había revivido tantos recuerdos... sus quejas y su presencia familiar que lo calmaba cuando su cuerpo estaba tan cerca por la noche. Laura lo había mantenido cautivado mucho después de que se hubiera ido.

Su padre lo había considerado un tonto de corazón blando e intentó despojarlo de sentimientos cuando era niño. Había pensado que el viejo había fracasado, pero tal vez realmente había tenido éxito. Aunque su padre ya no estaba y ya no era una fuente de conflicto, Nash tenía problemas para ver cómo podría haber hecho las cosas de manera diferente.

La había alejado, quizás inconscientemente. Ella había sido imposible de convivir e infeliz. Ahora las cosas iban a cambiar aún más entre ellos, con el divorcio por venir.

En lugar de la paz que esperaba, ahora tenía nuevos desacuerdos para reflexionar y analizar cuando no pudiera dormir.

No podía fingir que Laura había sentido algo por él tampoco. Ella también había solicitado el divorcio, y la puerta cerrada que conectaba sus habitaciones permanecería cerrada durante los próximos treinta días.

Por el bien de su cordura, esperaba que Algernon cambiara de opinión sobre apoyar el divorcio que ambos querían. De lo contrario, este podría muy bien ser el mes más frustrante de toda su vida.

CAPÍTULO CINCO

Laura miró por encima del hombro, poco acostumbrada a tener a su marido cerca durante tanto tiempo. Pero Nash seguía allí, siguiéndola todo el día, sin revelar emoción alguna.

Normalmente, se habría marchado en cuanto ella le diera la espalda. Ayer no lo había visto después de su baño, ni siquiera lo había oído en sus aposentos más tarde esa noche.

Después de casarse, después de dejar su lecho, raramente parecía prestarle atención hasta la hora de la cena o más tarde en la noche. Sin embargo, se llevaría una desagradable sorpresa si pensaba que ella volvería a acoger su compañía ahora.

Era solo la orden del duque actual que permaneciera a su lado, cumpliendo con un deber impuesto, en lugar de albergar un deseo genuino de estar cerca de ella o de sus hijos. Tenía la clara impresión de que él temía que ella estuviera a punto de huir con ellos hoy.

Ella no les haría eso. No podía mantener a tres niños ni ofrecerles un hogar propio. No. Tenían que quedarse con su padre, por mucho que le doliera. Tal vez él cambiaría por ellos en los años venideros. Esperaba que pudiera hacerlo.

Pero todo su matrimonio habían sido años de soledad para *ella*. Nash siempre había sido un hijo obediente para el difunto Duque de Ravenswood y un hermano leal para sus tres hermanos. Hacía lo que le decían, y seguía haciéndolo también para el nuevo duque.

Ya no esperaba que cambiara por ella. Nunca la había puesto en primer lugar ni había sido el esposo devoto que tanto había esperado. Había mostrado su verdadera cara el año pasado en el baile de máscaras, cuando ella descubrió que la alianza de oro que le había puesto en el dedo anular el día de su boda había desaparecido.

Todavía faltaba.

Eso dejaba las cosas muy claras. ¿Por qué debería sentirse culpable por querer una separación formal cuando él también la había abandonado?

No importaba que Laura hubiera pasado otra noche con él desde que huyó de la finca. Nash no había mostrado vacilación alguna en serle infiel en aquel baile de máscaras.

Laura había sabido todo el tiempo que estaba con Nash y, en ese momento, se había sentido tontamente sentimental. Cuando lo vio apartado de todos, había tenido dudas sobre dejarlo. Había considerado volver a su matrimonio, pero quería saber a qué se enfrentaría.

Pero entonces él la había visto, y todos los demás en ese baile de máscaras se habían desvanecido. Su buen juicio también. Él había hecho un gesto con el dedo, y ella casi había corrido a través del salón de baile para llegar a él.

Laura había perdido la batalla contra su necesidad de tener sus brazos alrededor, y cuando él la había abrazado y besado profundamente, ella se había transportado a aquellas noches

apasionadas de antaño en su cama. Había cometido un último acto egoísta.

Ahora miró a su hija y suspiró. Mira lo que el sentimentalismo y el deseo le habían hecho. Otro bebé. No es que pudiera lamentar alguna vez la existencia de Isabelle.

Una hija era un regalo, un tesoro. Pero el embarazo había hecho que su futuro fuera más difícil de afrontar, especialmente cuando los vecinos preguntaban de dónde había salido la niña.

Un regreso a Ravenswood había sido inevitable, para solicitar el reconocimiento que debería haber sido de Isabelle desde el principio.

Deseaba tener los fondos para criar a Isabelle y a los niños lejos de aquí. Pero ya había aceptado toda la caridad que se atrevía a aceptar de alguien. Había deseado tanto ver crecer a sus hijos y que tuvieran la vida que merecían. Los niños ya habían crecido tan altos y fuertes. No habían sufrido por su ausencia. Se alegraba de ello.

Sin embargo, el problema que aún le preocupaba con el divorcio de Nash era la dificultad que podría tener para ver a sus hijos en el futuro. No quería alejarse de este matrimonio sin algunas garantías, por escrito, de que podría seguir formando parte de sus vidas de alguna manera.

Se volvió hacia su marido, haciendo que Nash se detuviera de repente, casi encima de ella. Miró hacia sus ojos y su respiración se entrecortó de nuevo. Todavía se sentía afectada por él. Pero no podía permitirse cometer otro error y sabiamente dio un paso atrás. —Creo que ambos podemos estar de acuerdo en que el duque se equivoca al creer que nuestros hijos nos necesitan a ambos cada momento de cada día hasta que decida apoyar el divorcio.

Nash frunció el ceño, aún dominándola con su estatura. —¿Es así?

—Bueno, por supuesto que tengo razón —insistió ella, manteniéndose firme. No podía dejar que su marido la intimidara.

Él se inclinó ligeramente hacia ella y mantuvo su mirada. —¿Qué propones que hagamos sobre este error suyo?

—Bueno, tú ve a tus asuntos habituales mientras yo me ocupo de los míos —sugirió ella, momentáneamente desconcertada por el descenso de su mirada a sus labios.

Él se humedeció los suyos. —Tengo curiosidad por saber qué crees que *son* mis asuntos.

Ella se aclaró la garganta y agitó la mano en el aire, luchando contra la atracción que no debería estar sintiendo hacia Nash. Era más fácil estar cerca de él cuando discutían. —Apenas lo sé ni me interesa averiguarlo ahora. ¿Lo que sea que normalmente hagas mientras brilla el sol? Algo que involucre al duque, sin duda.

Él frunció los labios, claramente considerando la idea. Pero luego frunció el ceño de nuevo. —¿Qué harás tú hoy?

Ella sonrió. —Reencontrarme con mis hijos.

Sus ojos bajaron hacia los brazos inquietos de Isabelle. —¿Qué hay de Isabelle?

—Estará conmigo, por supuesto —prometió ella.

Tan pronto como terminó de hablar, él asintió y le quitó a la niña. Giró a Isabelle para que lo mirara, sosteniéndola en el aire y estudiando su rostro. —Tiene tus ojos.

—Sí —concordó Laura, extendiendo los brazos hacia la niña.

Nash la ignoró, girando a Isabelle de un lado a otro mientras la estudiaba. —Mis orejas.

Su mirada fue atraída hacia las orejas en cuestión. Tenía razón. —Sí.

Él suspiró y apretó a Isabelle contra su pecho. —Los niños tienen *tus* orejas, no las mías.

—Tienen tus ojos —admitió Laura.

—Es interesante, ¿no? Me pregunto a cuál de nosotros se parecerá más cuando esté completamente crecida.

—¿Importa acaso?

—No, no importa. Pero espero que se parezca más a ti que a mí. —Le devolvió a Isabelle—. Eres mucho más agradable a la vista.

Ella no supo qué decir a eso y en su lugar se ocupó de arreglar el camisón de su hija. Nash dio un paso atrás, y ella suspiró aliviada. Era demasiado tarde para que él elogiara su apariencia. —Adiós entonces.

—No. *Voy* a acompañarlas a ambas a la guardería primero —murmuró él.

Laura no necesitaba escolta, y menos la de él. No había olvidado cómo navegar por los numerosos pasillos y escaleras ocultas del palacio. Deseando volver a un tono combativo, se burló:

—Sé dónde está la guardería, pero me pregunto si tú lo has olvidado.

—Ciertamente he visitado la guardería con más frecuencia que tú en los últimos años —se quejó él.

—Bueno, eso es algo positivo que ha surgido de mi partida. Cuando estábamos casados, nunca te aventurabas al tercer piso si podías evitarlo. Estabas demasiado ocupado persiguiendo a tu padre.

—Yo no persigo a nadie —siseó, con los ojos ardiendo de ira ahora—. Mi familia aprecia mis esfuerzos, a diferencia de alguien que podría nombrar.

—Nunca entenderé por qué tu esposa e hijos tenían que ser secundarios a una propiedad que nunca será tuya —siseó ella—. Pero por todos los medios, ve a buscar a tu hermano y haz que se sienta orgulloso de tu dedicación.

Él aspiró bruscamente.

—Señora, déjeme dejar una cosa clara: todo lo que he hecho alguna vez ha sido por ti y nuestros hijos, y seguimos casados, así que te acompañaré a donde me plazca.

Ella sonrió, contenta de haberlo empujado lo suficiente para que finalmente se enojara con ella.

—No estaremos casados por mucho más tiempo si tengo éxito. El duque está loco si cree que pertenecemos cerca el uno del otro. Puedes incluso decirle que yo dije eso cuando lo veas.

—Te aseguro que el duque está en su sano juicio —dijo él, aunque su expresión podría haber mostrado finalmente una pizca de duda al respecto. Fue breve, pero fácilmente barrida por su orgullo en su familia—. Sin embargo, le gusta salirse con la suya.

—Al igual que a ti, pero esta vez no lo lograrás en todo conmigo —le dijo ella.

Sus cejas se fruncieron.

—¿Qué quieres decir con eso?

Isabelle se inquietó. Laura rebotó a la niña en su cadera, sabiendo que tenía que terminar esta conversación pronto y acostar a Isabelle. Pero quería dejar a Nash sin dudas sobre hacia dónde se dirigía su matrimonio. Separación en todo, especialmente en el dormitorio.

—Ya no anhelo tu atención.

Él parpadeó y entrecerró los ojos.

Nash iba a ser difícil y fingir que no entendía su significado. Pero entonces, siempre había hecho eso cuando no le gustaba lo que oía. Era terco. Bueno, ella también podía ser terca. Y cuando ella resultara demasiado irritante, sin duda él se escabulliría a donde normalmente pasaba sus días y la dejaría sola con los niños.

Sin embargo, él continuó mirándola fijamente.

—Nunca supe eso.

—¿Supiste qué?

—Que anhelabas mi atención —se acercó, y su mano se elevó hacia ella.

Ella retrocedió fuera de su alcance.

—Por Dios, llegas años tarde para eso. Muchas esposas quieren a sus maridos al principio. Por compañía. Por conversación.

—Por intimidad también. Te di eso.

—Noches, y nada más.

Su mandíbula se tensó obstinadamente por un momento.

—Te di cada momento libre que tenía para dar.

Ella rió sombríamente.

—Bueno, no fue suficiente para mí entonces, y ciertamente no es lo que deseo ahora. Te insto a que hagas todo lo posible para conseguir nuestro divorcio con o sin el apoyo del duque. No pertenecemos juntos. Consíguete una amante fácilmente impresionable que se satisfaga con tu atención fugaz. Pero nunca cargues a otra dama con una oferta de matrimonio. Solo las harás miserables. Una esposa tan descuidada debería ser suficiente para cualquier hombre en su vida.

Nash dio un paso hacia ella de nuevo, su expresión incrédula y sus fosas nasales dilatándose de ira.

—Vas demasiado lejos, señora.

Quizás lo había hecho, pero su matrimonio la había endurecido. No tenía intención de cruzar el umbral de su habitación ni de darle la bienvenida para que se uniera a ella en la suya. Él nunca había sido insistente en reclamar sus derechos maritales. Pero siempre había venido a ella con una sola cosa en mente. Sexo seguido de sueño inmediato. Nunca había sido para hablar.

—Iré tan lejos como sea necesario para asegurar lo que es mío.

—¿Y qué sería eso?

—Paz y los fondos que me prometieron en el contrato matrimonial, en caso de que el matrimonio fracasara.

Pero claramente sus demandas sacaron a la bestia en él. Nash la agarró por ambos brazos, y su toque envió una inesperada oleada de excitación temblando por todo su ser.

Sus ojos se fijaron en los de ella, y sus partes íntimas se estremecieron con un molesto impulso de ceder ante él una vez más. Ella entrecerró los ojos, luchando contra ese viejo sentimiento con todas sus fuerzas.

—Suéltame.

—Eres mi esposa.

—No por mucho tiempo —después de tantos años casada con él, realmente no temía su disgusto. Lo quería, para que él le diera lo que necesitaba. Libertad.

Sin embargo, Nash la acercó aún más, atrapando a Isabelle entre sus cuerpos.

—Mía por ahora —susurró.

Su cabeza comenzó a bajar, su intención clara y ella entró en pánico y luchó en serio.

—Si esperas una cálida bienvenida, no la encontrarás. Todo lo contrario. No soportaré relaciones íntimas contigo de nuevo.

Él retrocedió como si ella lo hubiera abofeteado.

—¿Soportar?

—Sí, soportar —insistió, tratando de hacer que su cuerpo creyera que así había sido entre ellos en aquel entonces. Sus atenciones habían sido tiernas y vigorosas y en ese momento, ella se había engañado creyendo que él se preocupaba.

—Nunca te forcé a hacer nada que no disfrutaras completamente o me suplicaras por más —argumentó Nash, manteniéndola cerca.

Eso era cierto, desafortunadamente.

Ella lo empujó con una mano, notando que él seguía siendo tan pesado y sólido como recordaba.

—Esa mujer ya no existe. He terminado contigo, Nash.

Bajó la mirada hacia Isabelle incluso mientras se alejaba de Nash, luchando contra el temblor que él causaba mientras lo dejaba parado donde estaba en el patio.

Laura había amado a Nash, pero no podía permitir que tal sentimiento tonto la dominara aún. Solo saldría herida de nuevo.

Ambos habían pedido el fin de su matrimonio. Se había acabado.

La pasión era un pobre sustituto de una amistad genuina, un verdadero matrimonio. Y él nunca había intentado eso. Nash la había mantenido fuera, separada de su vida real en la familia, un juguete para cuando tenía un momento libre en las noches.

Ella había merecido ser mucho más que eso para él. Para cualquiera. Si Nash alguna vez la hubiera necesitado realmente en su vida, debería haberse fugado con ella cuando ella lo sugirió.

Laura no se había esforzado mucho en ocultarse. Otro miembro de la familia la había encontrado en menos de un mes, y luego le había ofrecido los medios para mantenerse escondida de Nash y del resto de la familia Ravenswood.

Al principio, por supuesto, se había negado, sospechando que la traicionarían y la entregarían de vuelta a Ravenswood. Pero al final nadie había venido y Nash había seguido con su vida sin mirar atrás. Ella entendió que su verdadero valor para él solo había sido el tamaño de su dote y su vientre fértil. Él le había quitado todo y no le había devuelto más que miseria.

Cuando Laura llegó a las escaleras, Nash ya estaba a su lado de nuevo, deslizando su mano alrededor de su cintura para apoyarla mientras empezaba a subir, cargando a Isabelle. Aunque intentó evitar su toque, cargar a Isabelle por el empinado tramo era un poco difícil con faldas largas. Al final logró subir el primer tramo, pero en el segundo, Nash le arrebató a Isabelle.

Aunque le gritó que se detuviera, él subió el tramo más empinado de las escaleras de dos en dos, llegando a la cima donde estaba la guardería mucho antes que ella. Lo maldijo en voz baja y se apresuró a subir lo más rápido que pudo, levantándose las largas faldas y usando el pasamanos.

Nash la había esperado en la parte superior y le devolvió a Isabelle inmediatamente.

—En el futuro, por favor pide ayuda con ella. Se retuerce mucho.

—Siempre me las he arreglado sola con ella —se quejó Laura.

—Mi punto es que no tienes que hacerlo. Puede que no tengas sirvientes para ayudarte, pero aún me tienes a mí —dijo él—. A pesar de la baja opinión que tienes de mí, no quisiera que te cayeras y te lastimaras.

Laura encontró su mirada. Un silencio incómodo descendió sobre ellos.

—Discúlpame.

Se apresuró a alejarse, y cuando se deslizó por la puerta de la guardería, se alegró de que él ya no la siguiera.

CAPÍTULO SEIS

Varias horas después, Nash seguía profundamente preocupado por la forma en que Laura había hablado tan despectivamente de su matrimonio. No, no había sido perfecto. Él había tenido tantas exigencias en su tiempo en aquel entonces. Pero oírla afirmar que las horas que habían pasado juntos por la noche no significaban prácticamente nada era ridículo. Eso era un insulto a su honor y a la existencia de sus hijos.

Laura le había dicho que quería una docena de hijos, y él se había asegurado de que ella estuviera bien atendida, capaz de llevar a término a sus dos primeros hijos con la mayor facilidad posible. La había cuidado atentamente, y cuando rápidamente se hizo evidente que no podía estar con ella en todo momento del día, había asignado personal para ese papel.

Subió pesadamente las empinadas escaleras hacia la guardería después de esperar el tiempo suficiente para que sus temperamentos se calmaran de nuevo. No iba a dejarse despedir por ella tan fácilmente. No podía evitar a Laura.

Tampoco tenía nada más que hacer. El duque se había llevado todos sus libros favoritos y ya no lo necesitaba.

Cuando Laura había llegado a la puerta de la guardería, había desaparecido en el interior sin mirar atrás, dejándolo hirviendo por dentro. Tenía todo el derecho de seguirla, pero sospechaba que llegaría a la puerta justo cuando se la cerraran en la cara. Difícilmente podía irrumpir dentro y mirar con furia a Laura o continuar su discusión con los niños como audiencia. Madre y Padre hacían eso todo el tiempo. Sus hijos eran lo suficientemente mayores como para entender lo que se decían el uno al otro con enojo, tal como Nash lo había hecho cuando veía a sus padres enfrentados.

Era imposible, su esposa, pero maldita sea... él había hecho lo mejor que pudo.

Tomó una respiración profunda y entró en la guardería, inspeccionando la habitación.

Thomas no estaba en su escritorio, y Liam se encontraba junto a la ventana jugando con un soldadito de juguete. Reprimió su irritación por la falta de atención a sus estudios.

Sin embargo, cuando los niños lo vieron, ambos corrieron a sentarse en sus escritorios y comenzar sus lecciones.

Laura estaba sentada en el suelo, sobre una alfombra cerca de una vieja mecedora de madera, donde había puesto a Isabelle a jugar con una muñeca de trapo.

Miró a Nash, y luego a su hijo mayor.

—Thomas, ¿vendrás a mostrarme tu trabajo de hoy?

—Sí, mamá —dijo obedientemente, poniéndose de pie y caminando lentamente hacia ella.

Ella sonrió al niño, y el corazón de Nash dio un vuelco. La sonrisa de Laura a menudo lo

había dejado sin palabras durante los primeros días de su matrimonio. Cuando sonreía, el mundo siempre parecía un poco más brillante... pero más complicado, porque Padre lo notaría y lo llamaría al orden, apartándolo de ella. Con el tiempo, ver a Laura sonreír a *cualquiera* se había vuelto mucho menos frecuente.

Continuó sonriendo suavemente a su hijo mientras él se movía inquieto frente a ella. Echó un vistazo al libro pero no exigió verlo de inmediato.

—Dime, ¿qué tienes ahí?

—Es mi libro de caligrafía. La señorita Sophie quería que escribiera sobre la finca, así que escribí sobre los establos y los caballos y también hice un dibujo. Todavía no está terminado.

—Me encantaría verlo —prometió, y Thomas le entregó su trabajo de mala gana.

Laura admiró el dibujo infantil y trazó con el dedo las palabras que había garabateado. El brillo de su alianza de oro en la mano izquierda llamó su atención y le cortó la respiración.

—Pero esto es maravilloso, Thomas. Has descrito todo muy bien.

Una sonrisa de alivio apareció en los labios del niño, y miró nerviosamente a Nash antes de apresurarse a volver a su pequeño escritorio y agachar la cabeza sobre sus papeles de nuevo.

Nash solo estudiaba a Laura. Cuando la había visto por primera vez en el césped hace dos días, llevaba guantes. También los llevaba cuando le había pedido el divorcio, y esta mañana también. Pero ahora los guantes habían desaparecido, revelando que no había olvidado del todo que era una mujer casada.

Juntó las manos detrás de la espalda, ocultando su propio dedo desnudo, pero muy desconcertado por ella. Lo primero que había hecho cuando se había dado por vencido con ella y su matrimonio fue hacer que le cortaran el anillo demasiado apretado del dedo.

Fue justo antes de asistir a esa mascarada y hacerle el amor, en lugar de a la desconocida que había supuesto que era.

Liam corrió hacia Laura a continuación.

—¿Quieres ver mi trabajo también?

—Por supuesto que sí. Quiero ver todo lo que quieras mostrarme.

Liam hizo todo lo posible por explicar su dibujo, pero estaba claro por su descripción que apenas tenía sentido. Aun así, Laura lo llenó de elogios también, le revolvió el pelo y le hizo preguntas sobre su vida y sus animales favoritos, que eran todos los animales de la finca.

—Debo llevarte a montar un día de estos —sugirió.

Los ojos de Liam se iluminaron.

—¿Tienes otros caballos?

Thomas levantó la cabeza de su trabajo de repente.

—¿Te vas a ir para cuidarlos?

Nash se tensó cuando la expresión de Laura se congeló por un momento. Pero luego ella rio suavemente.

—Tengo un caballo, pero no es realmente mío.

Liam se quedó boquiabierto.

—¿Quién te lo dio?

Laura le revolvió el pelo de nuevo.

—No es importante.

—¿Tienes que devolverlo?

—Sí, pronto.

Thomas frunció el ceño.

—Entonces, ¿nos vas a dejar?

—No quiero dejarlos, pero...

Thomas le dio la espalda a su madre.

—Pero lo harás.

—Los extrañé muchísimo —prometió, mirando hacia Nash y frunciendo el ceño—. Cuando sean mayores, entenderán que algunas cosas están fuera de nuestro control.

Thomas negó con la cabeza y empezó a escribir de nuevo en su libro. Pero después de un momento, la miró.

—Cuando papá se va, le escribe a nuestra institutriz —espetó.

Nash hizo una mueca.

—A veces mis cartas se han extraviado.

—Estoy segura de que a su papá le duele estar lejos de ustedes —dijo ella—. Pero el duque lo necesita mucho. Debe extrañarlos tanto como yo los extrañé.

—Más —le dijo a Thomas con firmeza—. Y esta vez volví con regalos para ambos.

Liam se giró hacia él, lleno de emoción.

—¿Puedo tener el mío ahora?

Miró a sus hijos, sabiendo que deliberadamente había desviado la atención del abandono de Laura y sus hijos. Los niños eran demasiado pequeños para entender los problemas de su matrimonio. Era mejor que no acosaran a Laura sobre por qué se había ido o si se iría de nuevo.

Laura bajó ligeramente la cabeza.

—Liam, no debes hacer exigencias a tu padre. Tendrá que volver pronto con el duque.

Nash tenía horas de sobra para estar con sus hijos ahora, y con una esposa que no lo quería cerca.

—Se los daré más tarde. Quizás después de la cena —dijo, mientras se sentaba apoyado contra la pared cerca de la puerta, con una rodilla levantada para apoyar el brazo.

Inmediatamente notó que su esposa se sorprendió de que no se llevara a los niños y la dejara sola con Isabelle. Ella había dejado muy claro lo poco que esperaba de él.

Laura se había formado una opinión tan baja de él a lo largo de los años, pero sonrió sabiendo que podía demostrarle que estaba equivocada hoy, y quizás también desconcertarla.

Ella lo miró fijamente durante mucho tiempo, y luego un rubor comenzó a crecer lentamente en sus mejillas. Su esposa desvió la mirada primero, y Nash sonrió mientras el rubor continuaba coloreando sus mejillas.

De alguna manera había provocado ese rubor, pero no sabía exactamente a qué había respondido esta vez. En el pasado, ese rubor aparecía cada mañana después de hacer el amor. ¿Estaba recordando por fin el lado feliz de su matrimonio, un lado que ella afirmaba que ya no quería de él?

Sin embargo, hizo una mueca cuando Isabelle gateó por el suelo cerca de ella, explorando su nuevo mundo y cada juguete que podía agarrar, que al momento siguiente se llevaba directamente a la boca.

Nash no sabía de la existencia de Isabelle, y aún luchaba por aceptarlo. Su llegada lo había dejado completamente sin aliento, pero no iba a perderla de vista. Tenía poca experiencia con sus naturalezas a esta edad, habiendo dejado a los niños al cuidado de Laura y las niñeras.

Permaneció como estaba en el suelo contra la pared, observando a los niños atender sus estudios con una determinación que lo llenaba de orgullo, incluso cuando Isabelle gateó bajo el escritorio y golpeó sus regordetas manos contra sus piernas.

Nash reflexionó sobre qué podía hacer con Laura e Isabelle. Iban a vivir bajo el mismo techo durante el próximo mes, habitando la guardería todo ese tiempo. Y era su última oportunidad de

hablar honestamente con Laura antes de que nunca más pudiera hacerlo.

Isabelle gateó hacia él a continuación, hablando consigo misma en palabras que no podía entender. Su toque en su pierna hizo que bajara la mirada a los ojos notablemente hermosos de su hija pequeña. Ojos que le recordaban tanto a su hermosa madre.

Isabelle intentó ponerse de pie. Sus rechonchos dedos se aferraron a su rodilla y sus pequeñas piernas temblaron, y él extendió un brazo por si acaso se cayera. Pero nunca lo hizo. Sus diminutos dedos se clavaron en su rodilla, hundiendo la tela de sus pantalones mientras se tambaleaba cada vez más cerca. Sus labios brillaban con baba cuando encontró el equilibrio, y luego se metió la mano en la boca y gorjeó.

Sonrió ante el desastre que estaba haciendo de su bata.

—¿Qué estás tramando, mi señora?

La respuesta de Isabelle no tenía ningún sentido para él, pero aun así se acercó más. Levantó un pie y lo puso sobre él, peligrosamente cerca de su entrepierna. Temiendo que pudiera pisotear y causarle dolor, la alcanzó y la levantó alto en el aire.

Isabelle se rió y arrojó todo su peso hacia adelante.

Nash la atrapó contra su pecho.

—Te tengo, ángel.

Ella hizo otro pequeño grito y se retorció en sus brazos hasta que su cabeza chocó con su pómulo. Fuerte. Hizo una mueca de dolor, pero luego su boca se conectó con su mandíbula. Se quedó helado, completamente sorprendido por su beso de bebé. Húmedo, baboso y horrible. Sin embargo, de alguna manera, adorable.

—Qué niña tan audaz eres para besarme así.

Una pequeña mano húmeda aterrizó contra su mandíbula, y ella le pellizcó la cara, gritando de la manera en que los bebés lo hacen cuando están demasiado emocionados.

Laura cruzó la habitación y le arrebató a Isabelle.

—Tiene hambre.

—Está sacando los dientes —observó él.

—Sí, y siempre ansiosa por lo que no debería tener.

Nash siseó de frustración cuando Laura se llevó a Isabelle lo más lejos posible de él y se ocupó de la pequeña de tal manera que no podía ver a la niña. Era evidente que Laura adoraba a su hija, pero parecía que no quería que él hiciera lo mismo. Podría haber atendido a la niña si le hubieran mostrado qué hacer, y ciertamente podría haberle dado ese trozo de pan seco para morder.

Pero Laura siempre había corrido hacia los niños tan pronto como pensaba que harían un escándalo, y mucho antes de que cualquier sirviente intentara adelantársele.

Después de que ella se fuera, había estructurado los días de sus hijos para asegurarse de que nunca estuvieran solos o fueran una ocurrencia tardía. Era su deber como padre cuidar de ellos también.

Pero Laura siempre había sido más espontánea que él. Hacía las cosas por impulso, pero esa no era su manera. Era la principal diferencia entre ellos y el tema de la mayoría de sus últimas discusiones.

Según Laura, él era demasiado estricto, demasiado anticuado y cauteloso.

Si ella hubiera crecido con un padre como el suyo, habría resultado igual. Las reglas habían sido la única constante en su vida.

Pero según Algernon, tenía que cambiar.

Si continuaba imponiendo sus reglas, siempre pelearían y discutirían. Sin embargo, si dejaba

que su control se relajara durante el mes, sobrevendría el caos. Los niños se volverían rebeldes, argumentativos y no atenderían bien sus lecciones. Solo entonces Laura podría ver que un horario era lo mejor para todos. Cuando finalmente admitiera que él tenía razón, estaría allí para intervenir y tomar el control.

Laura nunca había visto el valor de dar a los niños un conjunto de reglas para guiar sus días.

Nash podía ser tan impulsivo e impredecible como cualquiera. Pero ¿cuál era el punto de demostrarle que estaba equivocada ahora? Ella no esperaba que él cambiara. Probablemente no le importaba que él pudiera considerar hacerlo.

Frunció los labios, gustándole la idea de sorprenderla, pero ¿con qué fin? Iban a divorciarse. No habría ningún beneficio para él si ella lo apreciaba más.

La estudió ahora y sacudió la cabeza.

El único aspecto de su matrimonio en el que Laura no lo había confundido era en los placeres que habían compartido en el lecho conyugal. Algunos de sus mejores momentos habían ocurrido en la habitación de ella, sobre su cama, a la luz de la luna.

No.

Ella había dejado muy claro que no lo quería de esa manera nunca más. El tiempo y la distancia parecían haber disminuido la importancia de esos momentos placenteros para ella.

Pero no para él.

Nash había atesorado cada hora que habían pasado juntos por la noche. Nunca se había sentido realmente cómodo expresando afecto donde alguno de sus hermanos —o su padre— pudiera verlo. Su padre lo habría considerado una señal de debilidad.

No había querido que su padre o sus hermanos sospecharan cuán a menudo eran íntimos. Los más jóvenes se habrían burlado de él por Laura, y eso la habría humillado si lo hubiera escuchado. También se había contenido en público por modestia. Laura había sido la única dama en una casa llena de hombres.

No, por el bien de la paz, se abstendría de mencionar nuevamente los placeres que ella extrañaría cuando se divorciaran. Y si alguna vez lo recordaba y cambiaba de opinión, dejaría que ella viniera a él y suplicara. Que viniera a *su* habitación, y allí, le recordaría que él había puesto las necesidades de ella por encima de las suyas propias cada vez.

También lo había hecho la noche en que Isabelle fue concebida.

Incluso si había estado ebrio y demasiado tonto para reconocer la belleza bajo sus manos como su propia esposa, se había asegurado de que ella estuviera satisfecha antes de alcanzar su propio clímax.

Exhaló un pesado suspiro de arrepentimiento y ajustó su posición. Había pasado mucho tiempo desde que se sentara en el suelo así. Seguiría siendo incómodo si solo tuvieran una silla o un asiento de ventana para sentarse aquí.

La habitación de los niños no estaba pensada para niños *y* ambos padres. Tendría que hacer algunos ajustes para garantizar su comodidad también.

Y luego Algernon esperaba que pasaran una hora al día —medida por la caída de la arena de un reloj de arena— juntos en conversación con él, explicando por qué nunca podrían estar felizmente casados el uno con el otro.

Todavía no veía el punto de volver a conocer a su esposa, solo para rendirse al final.

El pensamiento lo entristecía más de lo que la perspectiva del divorcio le había parecido antes de que ella regresara.

Se escuchó un rasguño en la puerta antes de que entrara un sirviente.

—Un mensaje de Su Gracia.

Nash tomó la nota y la leyó rápidamente. Lo estaban convocando.

—Tengo que irme —dijo lentamente, extrañamente decepcionado por ese hecho.

—Entonces ve —dijo Laura con tanta indiferencia que él sintió la puñalada como una estocada en el corazón.

—Volveré tan pronto como esté libre —prometió—. Quizás podríamos almorzar juntos.

—¡Sí, por favor! —exclamaron Thomas y Liam al mismo tiempo. Almorzar juntos a menudo significaba una comida en el comedor formal, que a los niños parecía encantarles.

No lo había hecho lo suficiente con ellos. También sería su primera comida con Laura en varios años.

Se puso de pie y miró a su esposa de nuevo. Ella ni siquiera lo estaba mirando, así que se despidió bastante torpemente.

Pero en el camino por la escalera, no pudo sacudirse la sensación de que estaba cometiendo un error. Se detuvo y miró hacia arriba. Tal vez debería haber rechazado al duque y puesto a su familia primero, como Laura decía que siempre había querido que hiciera. O podrían haber venido con él.

Nash sacudió la cabeza y reanudó su camino hacia la biblioteca, donde el duque lo esperaba. Podría ser importante.

—Agradezco tu pronta llegada —dijo Algernon a Nash cuando entró a zancadas en la biblioteca.

Nash arrojó la nota que había recibido al fuego de la biblioteca y se dejó caer en un sillón de respaldo alto.

—Me convocaste de la misma manera que solía hacerlo Padre. Una nota.

—Bueno, la discusión sobre tu repentino compromiso comenzó de esa manera con una convocatoria de Padre —murmuró Algernon—. Pensé que apreciarías la simetría.

Nash se dejó caer en una silla.

—Mi padre me hizo lo mismo cuando Nash vino el día después de declarar sus intenciones —añadió Laura mientras entraba en la habitación—. ¿Me mandó llamar, Su Gracia?

Nash se levantó inmediatamente, observando a Laura deslizarse hacia el duque, con una nota de convocatoria arrugada en su puño.

—¿Dónde están los niños e Isabelle? —preguntó, bastante asombrado de que dejara a la niña en cualquier lugar.

—Jasper y la señora Radcliffe llegaron para hacerse cargo de todos ellos —respondió sin encontrarse con su mirada, fulminando a Algernon—. El duque les ordenó llevarlos a ver los caballos. Les dije que deberían pedir permiso en su lugar, pero Jasper ignoró mis deseos.

El duque se encogió de hombros.

—Deberían estar en sus lecciones —protestó Nash.

Ella encontró su mirada, desafiante.

—En el minuto en que te fuiste, los dejé jugar.

Nash apretó los labios, momentáneamente desconcertado por su hostilidad pero no realmente sorprendido.

—Hablaremos de esto más tarde.

—Tú puedes hablar, pero yo no tengo que escuchar —dijo ella con ligereza.

—Vamos, vamos —exclamó Algernon—. No empecemos a discutir.

—Demasiado tarde —replicó Laura mientras se acomodaba en una silla y dejaba caer descuidadamente la nota arrugada al suelo bajo ella.

Nash miró fijamente el papel, esperando que ella lo recogiera. Sin embargo, parecía que

Laura había dejado la habitación de los niños con un estado de ánimo beligerante, y dejaría el papel allí para que alguien más lo recogiera.

Ella notó su interés en el papel y lo reconoció con un desafiante alzamiento de ceja, retándolo a decir o hacer algo sobre el desorden que había hecho.

Nash se estiró para recogerlo y lo arrojó al fuego también.

Algernon les sonrió a ambos.

—Bien. Ahora. ¿Empezamos?

Nash asintió, y Laura hizo lo mismo.

CAPÍTULO SIETE

—Ahora, quiero llevarlos a los dos de vuelta en el tiempo, a antes de que estuvieran casados —comenzó Algernon—. A una época en la que no se hablaba de un matrimonio entre nuestras dos familias.

Nash frunció el ceño. —Pensé que estábamos aquí para hablar de nuestro divorcio.

—Llegaremos a eso a su debido tiempo —dijo Algernon y se volvió hacia Laura—. ¿Recuerdas la primera vez que fuiste invitada a Ravenswood?

—Creo que vinimos a cenar —arqueó una ceja y luego señaló el reloj de arena—. ¿Vas a girar esa cosa o tiene que hacerlo Nash por ti?

El duque sonrió y giró el reloj de arena. —La ocasión fue mi decimoctavo cumpleaños. Nash tenía...

—Diecisiete —murmuró Laura.

—Laura tenía dieciséis —respondió Nash, decidido a no quedarse fuera de la conversación.

—Por fin se había afeitado ese ridículo intento de barba —continuó Algernon, sonriendo con suficiencia—. Aunque estaba nervioso por su aspecto.

Nash hizo una mueca, apenas recordándose a sí mismo con bigote. Por lo que decían, *había* parecido ridículo con una cantidad insignificante de pelo brotando por toda su cara, y lo habían molestado hasta la humillación antes de que el ayuda de cámara se lo afeitara. —¿Qué tiene que ver mi miserable excusa de barba con todo esto?

—Nada —Algernon se volvió para mirarlo—. ¿Qué llevaba Laura para cenar esa noche, hermano?

Nash frunció el ceño, pero recordaba fácilmente haber conocido a Laura esa noche. Aunque no era la primera vez. La había visto a distancia y luego la había conocido sin el beneficio de una presentación formal. Sus fincas familiares compartían frontera y habían hablado brevemente en más de una ocasión. Laura aún no había debutado en sociedad en ese momento y él no le había contado nada a Algernon entonces. —Un vestido de muselina rosa con enredaderas bordadas en verde y dorado alrededor del escote. Laura lo bordó ella misma.

—¿Tiene razón, Laura?

A su lado, Laura se encogió de hombros. —Así es.

El duque asintió. —¿Y Laura? ¿Qué es lo que más recuerdas de Nash esa noche?

—Llevaba un traje azul y un chaleco plateado y parecía... —Laura no terminó su frase.

Nash se inclinó un poco hacia ella, ansioso por saber qué había pensado de él entonces. —¿Parecía?

—Diferente —dijo ella, manteniendo la mirada fija en el duque.

—¿Diferente a qué? ¿Se habían conocido antes?

Mientras un rubor crecía en sus mejillas, Nash miró a Algernon y negó con la cabeza, advirtiéndole que no la presionara para obtener una respuesta.

Algernon asintió pero continuó sonriendo a Laura, y el brillo divertido en sus ojos hizo que Nash se sintiera francamente incómodo. Él y Laura habían decidido juntos que no le dirían a nadie que se habían conocido antes de esa noche.

El duque le guiñó un ojo. —Bien, entonces... ¿y qué llevaba yo puesto?

Laura frunció el ceño severamente. —¿Azul?

Nash negó con la cabeza. —Probablemente negro. Usaba ese color, o la falta de él, más a menudo que no para molestar a Padre.

—Ambos se equivocan. No importa —Algernon sonrió rápidamente y lo miró con intención —. Nash, dile a Laura por qué despediste a la vieja niñera ahora.

—Sí, quiero saber la razón de eso —dijo ella, volviéndose hacia él. Era evidente que era un tema delicado para ella.

—Me había dado cuenta de que dormía durante el día, tomaba siestas, cuando debería haber estado cuidando a los niños. Asigné a otra criada a la guardería para que la observara durante un mes y ayudara si era necesario, y me informó que la niñera parecía inusualmente cansada sin razón aparente. Le tomé el pulso y encontré un latido errático. Le ordené reposo en cama, pero se resistió a mi consejo. Se desmayó en la escalera de servicio un día poco después y se golpeó la cabeza bastante fuerte en la caída, asustando a los niños.

Laura contuvo la respiración.

Él continuó: —Me di cuenta entonces de que su salud estaba en declive, y la envié a casa para que estuviera con su familia con una generosa bonificación para asegurar su comodidad durante sus años restantes. También hablé con el médico local sobre mis preocupaciones por ella y le insté a que la visitara con la mayor frecuencia posible.

—Nunca me dijo que había estado enferma —admitió Laura, suavizando su postura.

—No es una enfermedad sino la vejez —añadió Nash para aclarar—. Esperaba que con menos exigencias en su tiempo, viviera muchos años largos y felices con su familia.

Algernon lo miró a los ojos. —¿Por qué la señora Radcliffe?

—Nos conocimos por casualidad. Necesitaba empleo fuera de Londres y algo disponible inmediatamente. Era lo suficientemente joven para mantenerse al ritmo de los niños, y más sabia que cualquier joven criada aquí había demostrado ser. Tenía experiencia con niños huérfanos y podía mantener a los niños bajo control y activos también.

Algernon juntó las manos. —Así que el despido fue una decisión considerada en beneficio de la salud de la anciana. No se hizo por rencor ni por capricho.

—Por supuesto que no —prometió Nash, ofendido—. Hice lo mejor para los niños.

Algernon volvió su mirada hacia Laura otra vez. —¿Ha explicado suficientemente sus acciones con respecto a los cambios en el cuidado de sus hijos mientras usted estaba ausente, señora?

Laura asintió, con la espalda rígida de nuevo y mirando hacia el escritorio ducal en lugar de a Nash. —Sí. Supongo que sí.

—Bien —dijo Algernon, aplaudiendo de nuevo y sacando una hoja de pergamino de un cajón. Mientras tachaba algo de una lista, llegó un par de sirvientes llevando una bandeja de té. La dejaron detrás de ellos y salieron de la habitación.

—Nash, sírvele una taza de té a tu esposa —ordenó Algernon.

Nash balbuceó. —¿Qué hay del divorcio?

El duque lo miró con severidad. —Hazlo, o esto termina aquí y ahora y pueden quedarse casados para siempre. Puedo persuadir fácilmente a quienes tienen autoridad para negar una petición tuya.

Nash se puso de pie, enojado por la amenaza de su hermano, y se dirigió a zancadas hacia la bandeja de té. Vertió algo de té en una taza, echó tres terrones de azúcar y revolvió vigorosamente. Golpeó la cucharilla exactamente tres veces contra el borde de la taza y llevó la taza y el platillo al otro lado de la habitación, colocándolos en la mesa frente a su esposa. —Mi señora.

—No me llames así —siseó Laura—. No soy tu nada.

Él frunció el ceño y reconsideró la mejor manera de dirigirse a ella. Nunca había sido informal con ella frente a su hermano. O cualquiera de la familia, de hecho. Quizás debería usar su nombre de pila, ahora que iban a separarse. —Laura.

—Ahora, querida hermana —dijo el duque, sonriéndoles a ambos—. Nash también necesita una taza. Tráele una y asegúrate de que esté como le gusta.

Laura frunció el ceño pero se dirigió al carrito del té como él lo había hecho. Nash no observó a su esposa, sino que mantuvo la mirada fija en su hermano mayor. ¿Qué estaba tramando Algernon al obligarlos a servirse té mutuamente?

Laura colocó una taza frente a Nash y se sentó con rigidez, con las manos apretadas.

Algernon hizo un gesto hacia ambas tazas humeantes. —Beban y luego describan.

Nash sacudió la cabeza ante la idiotez de la petición de su hermano y dio un sorbo a su té. —Té negro. Sin leche ni azúcar —dejó la taza inmediatamente—. Justo como me gusta.

Laura dio un sorbo y luego dejó su taza más lentamente.

Algernon se inclinó hacia ella. —¿Y bien, hermana?

—Justo como me gusta también —aseguró.

—Qué encantador. Lo recordaste —Algernon sonrió ampliamente—. Ahora, Laura. ¿Serías tan amable de prepararme una taza de té?

—Sí, por supuesto. ¿Cómo lo prefiere?

—¿Que cómo lo prefiero? ¿Oyes eso, Nash? Tu esposa no tiene idea de cómo toma el té el Duque de Ravenswood. Ni siquiera recuerda qué llevaba puesto el futuro duque la primera vez que vino a cenar con nosotros al palacio. Pero recuerda lo que tú, el repuesto, llevabas esa noche y conoce tus gustos en cuanto al té sin que se lo tengan que recordar.

—Bueno, por supuesto que debería saberlo, ya que era *mi* esposa, no la tuya —se quejó Nash sacudiendo la cabeza.

—Exactamente mi punto. Ahora vuelvan a la bandeja y ofrezcan una galleta que le guste al otro —pidió Algernon.

Había dos tipos de galletas en la bandeja del té. Una que le gustaba a Nash, de mantequilla, y otra que no le gustaba. Fue a la bandeja y le ofreció a Laura la galleta que no le gustaba, la que tenía trocitos de fruta. Ella la colocó en el platillo de su taza de té sin comentarios y sin comerla.

Cuando fue el turno de ella para elegir para él, Nash la observó, ahora curioso. La mano de Laura se cernió sobre su favorita, la de mantequilla. Pero luego pareció considerar elegir la que tenía trocitos de fruta por un largo momento. Finalmente, suspiró antes de ofrecerle la de mantequilla. —Tu favorita, creo.

—Gracias —dijo él, y le dio un mordisco.

Laura volvió a su silla y miró al frente con expresión pétrea.

Algernon se reclinó, sonriéndoles. —Ninguno de los dos ha cambiado más allá del reconocimiento. Recuerdan las preferencias del otro, y Laura no guardó nada sobre mí, el futuro

duque, en su memoria.

—El té y una buena memoria difícilmente son importantes —se quejó Nash.

Laura resopló y apartó la cara. —Son las pequeñas cosas las que importan. Siempre te dejaba las de mantequilla.

—Sí, Laura, y ese es exactamente mi punto. La vida está hecha de muchos pequeños momentos que pueden olvidarse fácilmente o perderse por descuido y ajetreo. Cuanto más tiempo pasen juntos, más en paz se sentirán.

—La paz nunca fue posible cuando la familia continuaba entrometiéndose y espiándome —dijo Laura, frunciendo el ceño de nuevo—. Cada movimiento que hacía era informado al duque. Y nada ha cambiado aquí.

El duque frunció los labios. —Laura tiene razón. El duque nos espiaba constantemente. Siempre se quejaba de ella. Los sirvientes le informaban de cada uno de sus movimientos.

Nash sintió los ojos de ella sobre él, pero no se volvió. —Algernon, no espiarás a Laura ni usarás a los sirvientes para recopilar información sobre sus actividades como lo hizo padre. Sigue siendo mi esposa y no lo permitiré.

Algernon asintió. —Más allá de estas reuniones nuestras, prometo no interferir. Me mantendré al margen y les dejaré a ambos el manejo del lugar con una sola regla: no pueden dormir en pisos diferentes del palacio otra vez. Continuarán ocupando habitaciones contiguas. No más dormir en tu estudio, Nash.

Nash asintió a regañadientes. —De acuerdo.

Laura no dijo nada.

—Bueno, se acabó el tiempo. No los veré en la cena ya que estarán con sus hijos. Que tengan una agradable velada. Sus hijos deberían estar de nuevo en la guardería y un par de caballos han sido ensillados a estas alturas. Le pedí a Jasper que bajara a los establos para que los tuvieran listos y esperando para que ambos cabalguen por la propiedad después de nuestra hora.

—Vaya forma de no interferir —exclamó Laura, con evidente irritación mientras se ponía de pie de golpe—. No tengo ningún deseo de ir a cabalgar, así que estaré en la guardería con mis hijos.

Laura salió disparada de la habitación antes de que se pudiera discutir más el asunto de montar a caballo.

Nash inclinó la cabeza. Algernon no podía evitar entrometerse.

—Los caballos necesitan el ejercicio —explicó Algernon con un encogimiento de hombros despreocupado—. Ella solía disfrutar cabalgando por la propiedad contigo. Pero, si ustedes dos no sacan a los caballos, tendré que montar uno y llevar al otro de las riendas, o reclutar a un mozo de cuadra para que me acompañe.

—¿Podría ir yo contigo? —ofreció Nash—. Me vendría bien el aire fresco. El palacio puede volverse asfixiante, especialmente cuando estás atrapado con alguien que no te quiere cerca.

—Entonces te das cuenta de cómo debió sentirse Laura cuando te ausentabas de la propiedad —Algernon negó con la cabeza—. No. Debes quedarte con ella y atender tus responsabilidades. No me convertiré en nuestro padre y exigiré todo tu tiempo.

—No podrías aunque quisieras —le aseguró Nash.

Algernon gruñó. —Estás halagando a la persona equivocada. Ve tras tu esposa e hijos. Te necesitan más.

Nash hizo una mueca pero asintió. La reunión con Laura no había servido de nada más que para probar cuán imposible era la situación. —Laura no confía en nosotros.

—Tiene buenas razones para no hacerlo. Padre los manipuló a ambos para que pensaran lo

peor el uno del otro. No es de extrañar que ella te dejara y tú la dejaras a ella.

—Yo no dejé a mi esposa —prometió Nash.

—¿No lo hiciste? —Algernon inclinó la cabeza hacia un lado, estudiando a Nash—. Casi nunca los vi en la misma habitación después del primer año de matrimonio, excepto en las cenas formales. ¿Cómo pudiste soportar dejarla sola aquí durante tanto tiempo?

—Sabes por qué tuve que hacerlo —lo había hecho por Algernon y sus hermanos. Nash se puso de pie y estudió a su hermano, sentado en el viejo escritorio de su padre—. No aprenderás cómo tener un buen matrimonio con nuestro ejemplo. ¿Qué estás tratando de lograr al remover el pasado?

—Estoy tratando de ayudarlos a encontrar un terreno común para que puedan mantener conversaciones civilizadas frente a los niños. Si puedo hacer que ambos sean lo más felices posible a partir de esas discusiones, entonces eso será para el bien de todos también —explicó Algernon, levantando las manos—. Seguramente no quieren seguir enojados el uno con el otro, ¿verdad?

Nash negó con la cabeza. —No creo que sea posible ser feliz sin un divorcio.

Algernon se levantó, rodeó el escritorio y le puso una mano en el hombro. —Sé que esto es difícil, pero confía en mí, hablar sobre el pasado es esencial. Lo lograrán al final si ambos dejan de luchar entre sí. Discúlpame.

—¿Adónde te diriges?

—Para sacar esos caballos. Quizás Jasper venga conmigo.

Salió de la habitación y Nash lo siguió. Probablemente debería buscar a su otro hermano y hablarle sobre Sophie. Le había tomado por sorpresa su anuncio y no quería estar en desacuerdo con Jasper. Los felicitaría por su próxima boda y les desearía lo mejor.

De repente, el duque se tambaleó hacia atrás, extendiendo un brazo para impedir que Nash continuara por el pasillo con él.

Giró sobre sus talones y empujó a Nash hacia atrás con fuerza. —No podemos ir por aquí.

—¿Por qué no?

Algernon rio suavemente, guiándolo de vuelta por donde habían venido. Se inclinó cerca. —Los matrimonios por amor siempre son los peores. Las parejas hacen el amor a la menor oportunidad cuando creen que no hay nadie alrededor para desaprobar su diversión.

Nash miró hacia el pasillo, asombrado ante la idea de que Jasper y Sophie pudieran estar... —¿Ahora?

—Ahora —insistió Algernon—. Será mejor que casemos a esa pareja con una licencia especial lo antes posible, sospecho.

Nash negó con la cabeza. Sophie siempre le había parecido tan formal, a pesar de las circunstancias en las que la había encontrado cuando se conocieron por primera vez. Había perdido un hijo y no había tenido el beneficio de un matrimonio. La habían traicionado y desechado como basura. A pesar de todo eso, había mantenido su dignidad y nunca le había dado una señal de interés en otros hombres. Por supuesto, ahora que iba a casarse con su hermano, no pensaba menos de ella por dejarse llevar de nuevo. Jasper se casaría con ella. —Sí, podría ser una buena idea agilizar esa boda.

—De acuerdo —dijo Algernon mientras se frotaba las manos—. Sospecho que pronto habrá tantos bebés llenando la guardería que tendremos que ampliarla.

—Los tuyos ya deberían estar allí —le reprochó Nash.

—Nunca dije que no quisiera hijos —prometió Algernon—. O si lo hice, siempre fue cuando Padre podía oírme, lo que, seamos sinceros, era en todas partes. He dicho muchas tonterías a lo

largo de los años solo para molestarle.

—Lo disfrutabas —dijo Nash con una media risa, saliendo al exterior y al sol. Un mozo de cuadra estaba parado no muy lejos, sosteniendo dos caballos—. Podría ir contigo. A caballo, quiero decir.

Algernon pareció considerar su oferta, luego negó con la cabeza. —No. Mejor no retomar malos hábitos. Tienes una esposa y una familia. Te enviaría a casa con ellos si no compartiéramos la misma casa.

—Este *es* mi hogar —protestó Nash.

—Nunca dije que no lo fuera —prometió Algernon—. Pero a medida que envejecemos, habrá a menudo momentos en que estaremos demasiado ocupados el uno para el otro. Cuando me case, espero estar con mi esposa e hijos la mayor parte del tiempo.

—A menos que estés con Lady Barnes —sugirió Nash, mirando a Algernon con curiosidad —. Mantienes una amante. Una esposa no estaría contenta con eso.

Algernon sonrió rápidamente. —No mantendré una amante cuando me case. Ya me había distanciado de mi conexión con Lady Barnes cuando Padre murió.

—Nunca me lo dijiste —dijo Nash, sorprendido de que el romance hubiera terminado—. ¿Qué pasó?

La mandíbula de Algernon se tensó por un momento, y luego negó con la cabeza. —No puedo casarme con Lydia ni tener hijos legítimos con ella. Y ciertamente no deseo la muerte de Lord Barnes. Así que he comenzado mi nuevo comienzo, igual que tú.

—Lo siento. Sé que le tenías mucho cariño —murmuró Nash, reconociendo la tristeza en los ojos y la voz de Algernon.

—Siempre la admiraré —admitió Algernon—. Y lamentaré para siempre lo que nunca pudo ser.

Lydia, Lady Barnes, y Algernon habían sido cercanos durante muchos años, y sin embargo nunca podrían estar juntos. Ahora Algernon tenía que casarse con una mujer a la que quizás nunca aprendería a amar.

Su hermano le dio una palmada en el hombro y lo empujó. —No pienses en mi pérdida, sino en tu ganancia. ¿Cómo quieres vivir aquí en los años venideros? ¿Al menos intentarás hacerte feliz?

—Quiero hacerlo —prometió Nash—. Supongo que estaré contento.

—Eso es menos de lo que deseo para ti y para nuestros hermanos —prometió Algernon—. Debes tener amor y felicidad, cueste lo que cueste.

Algernon se montó en un caballo y se llevó al mozo de cuadra con él. Nash lo dejó ir, pero su corazón estaba apesadumbrado. No sabía qué le deparaba el futuro a nadie, pero parecía probable que hubiera más complicaciones en *su* futuro.

Laura se iría e Isabelle se quedaría. Sophie se casaría con su hermano Jasper y el duque finalmente se casaría algún día. Stratford ya se había ido con su novia y no se esperaba que regresara a la finca por algún tiempo.

Nash era un cabo suelto. El que no encajaba de nuevo. Infeliz estando casado, pero aún incapaz de hacer algo al respecto.

Eso no era lo que había esperado o deseado a su edad. Estaba lleno de la misma incertidumbre ahora que cuando le propuso matrimonio a Laura y se convirtió en esposo.

CAPÍTULO OCHO

Laura respondió a la siguiente llamada del duque a su propio ritmo. Lentamente. Estaba acostando a Isabelle para su siesta cuando llegó una criada con la noticia de que el duque quería verla de nuevo.

Solo que esta vez, la criada le informó que debía escoltar a Laura hasta allí.

Pero aún no podía ir. Llevaba la última hora intentando que Isabelle se durmiera. Le había pedido a Nash que sacara a los niños a jugar porque eran una gran distracción para la pequeña. Nash se había mostrado reacio a dejarlos, pero finalmente había dejado a Laura encargarse. Laura casi lo había logrado hasta que llamó la criada. Ahora necesitaba más tiempo para que Isabelle se durmiera. El duque tendría que esperar.

—Buenos días —susurró Jasper mientras se deslizaba en la habitación, con el pelo alborotado y la ropa desarreglada.

Laura gimió en voz baja pero continuó frotando la espalda de su hija, esperando que Isabelle no percibiera su irritación ante otra interrupción. Su hija claramente había oído a Jasper, pero al menos no se incorporó para mirarlo.

Después de un momento, Laura miró hacia las ventanas donde la lluvia golpeaba los cristales. —¿Qué haces aquí?

—El duque me envió para ver si podía ayudar.

—Tanto para que el duque no interfiriera —murmuró—. No necesito ayuda. Ella necesita silencio.

—Por supuesto que sí. Así que me quedaré con ella mientras estás fuera.

—¿No hay cosas más interesantes que puedas hacer?

—Me gusta ver la lluvia desde estas ventanas —prometió Jasper—. Era el único momento en que Ravenswood se sentía acogedor cuando era niño, aquí arriba con todos mis hermanos.

—Nada puede hacer que Ravenswood se sienta tan acogedor como lo era mi hogar de la infancia —insistió ella, manteniendo constante el movimiento de su mano en la espalda de Isabelle.

Jasper se acercó y se inclinó sobre la cuna de Isabelle. —Bueno, no todos tuvieron la suerte de tener padres que les demostraran que eran amados. Los míos eran figuras distantes. Apenas recuerdo a Mamá. Para ser honesto, le tenía más cariño a la cocinera.

—No me sorprende —respondió ella y contuvo la respiración cuando los ojos de Isabelle finalmente se cerraron—. Pero lamento que no fueras amado de niño.

—Tenía a Algernon y Nash para quererme, y a mi hermano pequeño. Pero podría soportar tener uno de estos propios —susurró Jasper, inclinándose para apartar la mano de Laura de la

espalda de su hija y continuando con el masaje al mismo ritmo—. Ya la tengo. Necesito la práctica —dijo, y luego guiñó un ojo.

Laura se enderezó, reprimiendo un gemido mientras su espalda protestaba. Había estado inclinada sobre esa cuna durante demasiado tiempo, decidida a que no necesitaba ayuda. Observó a Jasper por un momento y se dio cuenta de que no podía hacerlo todo por sus hijos. Jasper era realmente el más afectuoso de los hermanos, y se notaba en cómo cuidaba a su sobrina. —¿Cómo sabías que Nash te quería?

—Siempre estaba ahí, cuidándonos. Incluso desde la distancia, cuando no estaba cerca, encargaba a sirvientes de confianza que nos siguieran. Nos mantenían fuera de problemas y también lejos del camino de Padre. Un jardinero para el exterior y un lacayo para el interior, por ejemplo. Tú también los tenías.

—Espías —murmuró Laura, aún molesta por eso.

—Bueno, si Padre tenía los suyos, Nash tenía los propios —murmuró Jasper, como si no hubiera nada malo en ello—. No es diferente de aquellos con dos padres. Uno siempre es estricto, el otro indulgente. O eso he oído.

—Hay un mundo de diferencia —protestó Laura.

—No si el resultado es el mismo. Nash y Algernon siempre nos cuidaron. Siempre alimentados, vestidos apropiadamente, acostados. Educados. Nash era un excelente maestro, aunque a veces casi tenía que sentarse sobre mí para mantenerme en el escritorio. Prefería mucho más salir que leer todo el día.

—Yo también —le dijo Laura—. Solía montar a caballo todos los días hasta que...

—Padre regaló tu caballo —murmuró Jasper—. Era suyo, no nuestro. Nada podría haberle impedido hacer lo que quisiera con su propiedad.

—También consideraba a mis hijos como su propiedad —se quejó ella.

—Todos lo éramos —asintió Jasper—. Tú fuiste la afortunada. Lograste escapar.

—Tú también podrías haberte ido.

—No podría haber abandonado a mis hermanos para que lidiaran con él solos —dijo Jasper —. Juramos protegernos unos a otros.

Laura le lanzó una mirada de reproche. —Pero no a mí.

—Hicimos lo que pudimos —dijo, luego miró hacia la puerta—. Te está esperando.

Laura se giró. Nash estaba allí, en silencio, escuchando, y los niños estaban con él, contenidos de entrar por sus manos en sus hombros. Se movieron hacia atrás, dejándole espacio para que se uniera a ellos en el pasillo. Salió de la habitación de los niños con la criada siguiéndola y cerró la puerta silenciosamente.

—He sido convocada —le dijo a Nash.

—Todos lo han sido —les informó la criada—. Si pudieran seguirme todos abajo.

Laura intercambió una mirada con Nash, pero él parecía igual de desconcertado de que los niños vinieran con ellos. Realmente no quería preguntarle a Nash sobre eso frente a ellos ahora mismo. Estaba cansada y anhelaba descansar.

En las escaleras, Nash deslizó su mano bajo el codo de ella nuevamente para estabilizarla en el primer tramo de escalones empinados. Para el siguiente, la dejó arreglárselas sola.

La criada los guió en la dirección opuesta al estudio del duque hoy. Los condujo hasta las puertas del salón de baile y las abrió de par en par. Laura no había estado en esta habitación en años, y parecía haber perdido algo de su grandeza y brillo. Pero quizás eso era solo porque aún era de día y ella estaba cansada.

Aparte de asistir a bailes, que habían sido raros, nunca se le había permitido estar aquí con

los niños.

Los niños corrieron hacia el duque, que estaba de pie junto a una ventana mirando sus dominios. La mano de Nash se deslizó bajo su codo nuevamente para impulsarla a cruzar el umbral y acercarse a él.

La criada cerró rápidamente las puertas detrás de ella, dejándolos solos con el duque.

Ravenswood se giró y sonrió, con un reloj de arena apretado contra su pecho. —Gracias por venir —llamó.

—No es como si nos hubiera dado otra opción —murmuró a Nash.

—Escuchémoslo antes de empezar a discutir —sugirió Nash—. Hermano, ¿qué hacemos aquí?

—Es hora de una pequeña lección —dijo, colocando el reloj de arena sobre el pianoforte.

Laura se detuvo, y Nash también. —¿Lección de qué?

—De baile. Los chicos necesitan clases. Pensé que podría ayudarlos a ayudarles.

—No necesitamos ayuda ni un salón de baile para las lecciones —dijo Nash—. Nos enseñamos a nosotros mismos en la guardería y los pasillos.

—Sin embargo, el pianoforte está aquí, así que las lecciones se darán aquí también. ¿Cómo podrán ver la gracia que deben alcanzar si no tienen el ejemplo correcto para seguir y la música para bailar? Compláceme.

Laura suspiró profundamente. No estaba de humor para bailar, pero podía tocar para los chicos. —Está bien.

Se dirigió hacia el pianoforte, pero Ravenswood negó con la cabeza y puso su mano sobre el instrumento. —Yo tocaré, tú y Nash enseñarán.

—Tú no tocas el pianoforte —argumentó Nash—. No tienes talento musical en absoluto.

—¿Ah, no?

Ravenswood se sentó al instrumento y tocó una alegre pieza con mucha destreza. De hecho, la tocó tan bien que Laura quedó impresionada.

Nash balbuceó y soltó una maldición. —¿Cuándo aprendiste?

—Lady Barnes me enseñó —admitió el duque algo avergonzado—. Padre nunca lo supo. Ya sabes lo poco que pensaba de los hombres con habilidades que él creía que solo pertenecían a las mujeres.

—Tuviste suerte de que nunca lo descubriera —respondió Nash, acercándose para observar a su hermano mayor.

El duque tocó una nota equivocada e hizo una mueca. —Desafortunadamente, toco mejor cuando nadie me observa tan de cerca.

Nash inmediatamente se dio la vuelta y miró fijamente a Laura. Después de un momento, asintió y se acercó a ella. —Esa es la canción que bailamos la noche que llegaste aquí por primera vez.

Laura recordaba esa noche demasiado bien. —Creo que se tocaba un poco más rápido.

—Toco a la velocidad que puedo manejar o cometeré muchos más errores —les advirtió Ravenswood—. Chicos, vengan a ponerse a mi lado mientras sus padres bailan juntos. Obsérvenlos atentamente ahora.

Hizo una pausa en su interpretación y volteó el reloj de arena para que la arena comenzara a caer.

—¿Para qué es eso? —le preguntó Liam.

—Es para llevar la cuenta del tiempo que pasan juntos vuestros padres —respondió el duque —. No lo toquéis, o me meteré en problemas.

Laura entrecerró los ojos hacia el duque, pero de repente Nash se interpuso entre ellos y su amplio pecho fue todo lo que vio. Se acercó a ella con las manos extendidas. —¿Me concedería el honor de este baile, Lady Sweet?

—Como si tuviera opción —murmuró sombríamente.

—Los niños están mirando y escuchando —le advirtió en voz baja—. Se supone que debemos prepararlos para cuando se integren a la sociedad educada.

Derrotada por ese argumento, hizo una reverencia, murmuró su aceptación para bailar y puso su mano en la de Nash. El duque tocó y ellos bailaron juntos. Era extraño ser la única pareja girando por el gran salón. Especialmente extraño cuando no esperaba estar en los brazos de Nash nunca más. Decidida a terminar el baile sin tropiezos, mantuvo la mirada fija más allá del hombro de Nash mientras giraban por la habitación.

Sus hijos los observaban, Liam apoyado contra el pianoforte, sin sufrir castigo por su desaliño, pero Thomas los miraba con los brazos cruzados. Le recordaba a Nash en esa pose. Tan reacio a ceder o sonreír.

—Bailas maravillosamente —murmuró Nash—. Tan grácil como recuerdo.

—Tu memoria te falla, milord. Te pisé los pies la primera noche que bailamos. Estoy lamentablemente fuera de práctica —le advirtió.

—Pero yo también lo estoy —le aseguró Nash con una risa—. De hecho, solo he bailado contigo.

Ella lo miró. —¿No hubo nadie en el baile de máscaras que te tentara a bailar?

—Solo tú. Pero mi mente estaba interesada en otra forma de baile. Creo que la tuya también —sugirió.

Laura tragó saliva. —Una aberración temporal provocada por demasiado vino.

—Tú no bebes vino. Solo bebes agua —dijo Nash, y luego se detuvo. Hizo una reverencia—. Eras la única con la cabeza despejada esa noche. —Se dio la vuelta y llamó—: Thomas, ven a bailar con tu madre.

Sin embargo, Liam se apresuró. —¿Y yo qué?

—Tú eres el siguiente, muchacho —le prometió Ravenswood—. Ven a sentarte aquí junto a mí en el taburete. Tocaremos juntos.

Liam corrió hacia su tío. —¿De verdad puedo?

—No veo por qué no puedes aprender. —El duque se deslizó por el asiento y dedicó su atención a Liam, quien golpeaba las teclas sin ninguna habilidad.

El duque se rio y comenzó a tocar cuando Liam finalmente se detuvo.

Laura sonrió a Thomas, animándolo a acercarse, pero Nash tomó el control, convirtiendo lo que debería haber sido divertido en una lección seria. Le ordenó que tomara su mano y ella pudo notar que él no quería hacerlo. Nash se colocó detrás de Thomas. —Yo dirigiré.

—Por supuesto que lo harás —murmuró Laura.

Comenzaron. Mal. Thomas tenía alguna idea, pero su zancada era más corta que la de ella y *mucho* más corta que la de su padre. Seguía estirando demasiado las piernas y tropezando por ello. Su rostro se fue enrojeciendo lentamente de vergüenza mientras Nash lo corregía repetidamente.

Después de un rato, Laura se humedeció los labios y sugirió un cambio. —Quizás Thomas y yo deberíamos intentarlo solos.

Nash consideró su petición e inmediatamente dio un paso atrás. —Muy bien.

—Bien. Ahora... —Miró a su hijo y sonrió—. Thomas, el hombre debe guiar en la pista de baile, así que estoy completamente bajo tu control. Tú decides a dónde vamos y cuándo

cambiamos de dirección. Te seguiré a todas partes.

Thomas asintió, con el rostro muy serio mientras comenzaban a bailar de nuevo. Laura se movía con pasos ligeros y pequeños, y les fue mucho mejor juntos que antes.

Nash merodeaba por los bordes de la habitación, observándolos de cerca con una intensidad felina. Su escrutinio la inquietaba, y pensó que a Thomas también, cuando notó que su padre los observaba.

—Lo estás haciendo bien —le susurró a su hijo.

—Quiero ser tan bueno como papá. Él nunca tropezó.

—Lo serás con práctica. Él no nació bailarín. Nadie es bueno en algo al primer intento.

Eso pareció tranquilizar a Thomas, y sus hombros se relajaron un poco. Casi estaba sonriendo cuando el duque de repente dejó de tocar para gruñir:

—Liam, ¿qué te dije?

—Solo lo estaba mirando —prometió Liam y rápidamente se alejó del duque. Corrió hacia Laura y se escondió detrás de sus faldas.

Nash se apresuró hacia el duque.

—¿Qué pasó?

El duque sostuvo el reloj de arena y lo sacudió.

—¿No lo viste?

—No, estaba observando a los bailarines.

—Liam agarró el reloj de arena mientras yo tocaba y lo volteó varias veces. No tengo idea de cuál era la posición correcta ahora.

Cuando Nash se alejó de su hermano, Laura captó un atisbo de sonrisa en el rostro del duque. Ravenswood rápidamente volvió a componer sus facciones y pareció enojado, pero ella había visto lo suficiente. El duque de alguna manera había manipulado a Liam para que volteara el condenado objeto, probablemente diciéndole que no lo hiciera.

Y eso significaba que ya no había forma de saber cuándo se acabaría su tiempo. Arqueó una ceja hacia Nash para ver si se daba cuenta de que estaban siendo manipulados, pero él solo se encogió de hombros.

—Continuad.

Liam tiró de su vestido.

—¿Aún tendré helado?

Ella frunció el ceño a Ravenswood.

—¿Sobornos ahora?

—A todos les gusta el helado —respondió él con un encogimiento de hombros despreocupado.

—No a todos —intervino Nash—. Mi esposa no, por ejemplo.

Laura se volvió hacia Liam y le acunó el rostro.

—Estoy segura de que el duque te lo entregará personalmente hoy también.

Los ojos de Liam se abrieron con emoción.

—El tío Allan siempre nos da los tazones más grandes.

—¿Tío *Allan*?

El duque sonrió.

—Un poco de informalidad nunca hace daño a su edad —sugirió, sentándose de nuevo frente al instrumento.

—Por supuesto.

Laura cruzó la habitación y agarró el reloj de arena. Lo llevó a la repisa de la chimenea y lo

colocó en lo alto, donde Liam no podría alcanzarlo de nuevo.

Se volvió y sonrió dulcemente al duque.

—Listo. Ahora no puede haber más giros imprudentes para prolongar nuestras reuniones.

—Solo era un poco de diversión inofensiva —se quejó Ravenswood con una risa mientras volvía a tocar.

Liam tiró de sus faldas otra vez.

—¿Es mi turno de bailar contigo ahora?

Ella miró a Thomas, pero él se había retirado para estar con su padre durante su intercambio con el duque.

—Por qué no —dijo y comenzó un baile diferente con él.

Bailar con Liam, que era treinta centímetros más bajo que su hermano, implicaba más giros incómodos y pisotones, pero muchas risas.

Nash se cubría la boca cuando Laura se detuvo tambaleante. Completamente exhausta y habiendo superado su enojo por la manipulación del duque. Alguna vez había disfrutado bailar, pero últimamente lo había hecho poco.

—Mi turno con mamá otra vez —anunció Nash.

Antes de que estuviera preparada para ello, Laura fue arrastrada a los brazos de Nash y girada rápidamente por la habitación. Apenas podía seguirle el ritmo y finalmente le suplicó que redujera la velocidad antes de que se cayera. Él lo hizo lentamente, acercándola más a su pecho mientras el duque tocaba una melodía extraña. Algo hermoso y bastante romántico, de hecho.

Laura levantó la mirada y quedó atrapada en la de Nash. Bailaron, y la habitación, sus hijos e incluso la música se desvanecieron. Solo existían ellos dos, aferrados el uno al otro mientras se movían como uno solo.

Pero de nuevo corría el peligro de quedar cautivada por un marido que solo la lastimaría. No era justo.

Se puso rígida, y Nash los detuvo aunque no la soltó inmediatamente. Sus dedos se deslizaron por su espalda alta, sobre su piel desnuda. Sus otros dedos acariciaron la alianza que aún descansaba en su dedo anular. Presionó, sosteniéndola con fuerza, y su cabeza descendió lentamente hacia la de ella. Inhaló su aroma justo antes de que sus labios rozaran los suyos.

Ella retrocedió tambaleante, asustada por su intento de seducción.

—Laura, espera...

—No. Otra vez no —protestó, mirando alrededor de la habitación. Pero no había nadie más con ellos. Estaban solos—. ¿Adónde se ha llevado el duque a los niños?

Él la siguió.

—A por helado. ¿Qué sucede?

Ella lo miró con fastidio.

—¡Sabes exactamente qué sucede! El duque se ha llevado a mis hijos.

—No. Se fueron con el duque tan pronto como empezamos a bailar, para que les diera el helado que acordaste que podían tomar. De hecho, le ordenaste al duque que no decepcionara a Liam.

—Pero oí música sonando —dijo ella, atónita por no haber notado que todos se habían ido.

—Laura, solo estaba la música de nuestros corazones guiando nuestros pasos cuando bailamos.

Ella miró boquiabierta a Nash. Lo último que esperaba escuchar era que él soltara una frase que podría haber sido romántica si hubiera venido de cualquier otra persona.

Él se removió incómodo.

—Siempre estábamos perfectamente sincronizados cuando bailábamos... y cuando estábamos solos en tu cama.

Ella tragó saliva, recordando desafortunadamente todo sobre esos momentos íntimos con Nash con demasiada claridad para su comodidad.

—Quizás sería mejor esperar hasta que hayas contratado a una nueva institutriz e instructor de baile para los niños antes de continuar con las lecciones. Después de que me haya ido. Discúlpame.

Nash, sin embargo, no se quedaría atrás. La siguió, alegando que también deseaba un helado. Excepto que ella recordaba que a Nash nunca le habían gustado los dulces antes tampoco. Era algo más que tenían en común. De hecho, una vez le había dado una charla a la cocinera sobre lo dañino que podía ser ese tipo de golosina para los dientes de los niños.

En las escaleras que bajaban a la cocina, él volvió a sujetarla por el codo, y en el tramo más estrecho, ella no pudo evitar apreciar su ayuda. Pero lo que *no* apreciaba era el hecho de que su cuerpo aún lo deseaba cerca. Y a veces, también lo hacía su tonto y traicionero corazón.

CAPÍTULO NUEVE

Algernon Sweet era tan transparente como el cristal. Laura sabía lo que intentaba hacer con estas ridículas reuniones cronometradas entre ella y Nash. Había sufrido dos semanas de vergüenza mientras repasaban el pasado, pero las horas siempre terminaban de la misma manera. Ella se marchaba alterada y Nash irritado.

Parecía que Nash veía poco de malo en la forma en que habían vivido juntos como marido y mujer antes de la muerte del viejo duque, o si lo veía, no lo admitía frente a su hermano.

Sin embargo, Algernon claramente creía que tenían demasiado en común, que recordaban demasiado el uno del otro, como para permitir que su matrimonio terminara. Era implacable, sacando a relucir las más pequeñas e insignificantes disputas y momentos como si hubieran sido eventos trascendentales. Lo que eran, en conjunto, era una señal de lo equivocados que habían estado juntos.

Desafortunadamente, discutir esos recuerdos dolía y exponía heridas que ella creía cicatrizadas hace tiempo. Sí, sabía cómo le gustaba el té a Nash, y lo que llevaba puesto la noche que bailaron juntos por primera vez aquí, y lo guapo que se veía esa noche.

Le habían pedido que fuera su pareja, y ella había pasado su primer baile público, lleno de nervios, en sus fuertes brazos.

Más tarde, él había cumplido con su deber nuevamente y le había propuesto matrimonio, en lugar de que Algernon se viera obligado a hacerlo.

Sin embargo, como muchos otros matrimonios arreglados, se hizo para proporcionar a una familia poderosa la dote de otra familia ambiciosa. Su padre había querido la distinción, y cualquier unión con un hermano le serviría después de que Algernon se negara a proponérselo. Laura había cumplido con su deber y aceptado porque, de los dos hermanos, había preferido la compañía de Nash por encima de todo entonces.

Él era inteligente y educado y ella no podía encontrarle ningún defecto entonces. Pero su consideración había sido una ilusión porque había dejado de preocuparse por su opinión tan pronto como su primer hijo nació sano y salvo.

Cuando el matrimonio se disolviera, ella tendría autonomía por primera vez en su vida, pero tendría que renunciar permanentemente al control sobre sus hijos a favor de su padre. Nunca había tenido voz en cómo se habían criado hasta ahora y después del divorcio su influencia sería fugaz en el mejor de los casos.

El futuro sin Nash estaba lleno de incertidumbres. Aun así, era una sensación embriagadora saber que una escapatoria completa estaba casi a su alcance.

Si tan solo pudieran hablar sobre el futuro y no revisitar constantemente el pasado. Le

gustaría hacer arreglos para visitar a sus hijos tras el divorcio. Tener algo concreto escrito y más allá de cualquier disputa o discusión.

Pero el duque estaba decidido a discutir y examinar cada faceta de su fracasada vida matrimonial primero.

El reloj de arena en la esquina de su escritorio parecía tardar una eternidad en vaciarse algunos días. —Ahora, Laura. Quiero hablar de Isabelle. ¿Por qué no le dijiste a tu marido que llevabas a su hijo antes de que naciera Isabelle?

Laura inhaló. —No quería que me la quitaran.

—Yo no habría hecho eso —insistió Nash.

—Pero habrías insistido en traerme de vuelta aquí para el parto.

—Para poder cuidarte —dijo él, sin mirarla.

Ella suspiró. —Por eso no podía soportarlo de nuevo.

Ravenswood frunció el ceño. —¿Hay algo malo en que un marido cuide de su esposa en un momento así?

—Lo único que le importaba era ver nacer sano a otro heredero para el estado —insistió ella.

—Eso no es cierto. También me preocupaba por tu bienestar —replicó Nash.

Ella se volvió para mirarlo fijamente. —¿Y después? Aparte de saber exactamente el día en que podríamos volver a intimar, de alguna manera, apenas te veía una vez que nacieron Thomas y Liam. Después de meses de mimos, de repente nunca estabas por aquí.

—Dejé una niñera y padre tenía a su médico aquí —le recordó Nash.

—Sí, y él me visitaba con demasiada frecuencia —dijo ella, estremeciéndose—. Tu padre creía que la cura para mis momentos de melancolía era hacerme sangrar.

Nash exhaló. —No. Di instrucciones estrictas de que no te sangraran.

Laura entrecerró los ojos. —¿De verdad crees que tu padre estuvo de acuerdo con eso? Intenté decírtelo. Te escribí.

—No recibí ninguna carta tuya.

Se miraron fijamente durante un largo y doloroso momento y Laura vio el instante exacto en que Nash se dio cuenta de que había sido manipulado.

Ella se enfrentó al duque, inquieta por su conmoción.

La expresión del duque, sin embargo, era oscura, furiosa.

Inhaló un suspiro tembloroso. Realmente no lo habían sabido. —Después de que nació Liam, cuando Nash y todos se habían ido de la finca, fui tratada casi hasta el borde de la muerte por orden de tu padre. No podía evitar llorar algunos días y tu padre no tenía compasión por las mujeres. Insistía en que me sangraran para calmar mis nervios antes de ver a los niños. Con el tiempo me volví demasiado débil para subir las escaleras. Apenas podía levantarme de la cama la mayoría de las mañanas y temía entonces que mi marido no volviera. No tuve más remedio que irme y salvarme a mí misma. Era la única forma en que podía haber sobrevivido.

—No lo sabía —susurró Nash horrorizado—. Te juro que no sabía nada de eso.

—Te escribí sobre ello —dijo ella, acariciándose el brazo izquierdo, su peor cicatriz yacía oculta bajo las mangas largas de su vestido. Nunca más podría descubrir sus brazos en público. La gente murmuraría sobre el daño hecho a su piel—. Supongo que tu padre leyó mis cartas y se deshizo de ellas.

—¿Por qué no me lo dijiste a mí o a ninguno de nosotros lo que estaba pasando? —preguntó Algernon suavemente.

—Su excelencia se aseguraba de que nunca me dejaran a solas con ninguno de ustedes por tiempo suficiente una vez que comenzaron sus tratamientos especiales —señaló—. Y siempre

había uno de *sus* sirvientes personales merodeando cerca cuando tenía fuerzas para salir de mi habitación. Os llamaban si nuestras conversaciones continuaban más allá de las cortesías.

Nash se acercó. —No recibí cartas, ni advertencias de lo que estaba pasando aquí, Laura. Pensé que estabas enojada conmigo por estar ausente de nuevo y nunca escribiste.

Ella inhaló bruscamente. —Estaba enojada contigo. Todavía estoy enojada.

Nash inclinó la cabeza. —Y dado lo que he escuchado hoy, merecía ese enojo. No te protegí y debería haberlo hecho.

Un silencio incómodo descendió sobre ellos y Laura dejó escapar un suspiro tembloroso. Ya está. Lo peor había salido a la luz.

Algernon golpeó la mesa con la palma de la mano. —Recuerdo que sangraban a madre, especialmente después de que naciera Stratford. Sin duda, de ahí sacó padre la ridícula idea de que era beneficioso para la salud de las damas.

—Y una buena manera de controlar a una mujer desobediente sin un marido cerca para darse cuenta —susurró Laura.

—Le dije una y otra vez que era una locura sangrar con tanta frecuencia —gruñó Nash—. Podría haberla matado.

—Creo que esa era la intención, hermano —murmuró Algernon moviendo la cabeza.

—Maldito sea, mil veces —maldijo Nash, poniéndose de pie de golpe. Recorrió la habitación como una fiera, pasándose la mano por el pelo.

Laura alisó sus faldas sobre los muslos. Sus cortes habían sanado hacía tiempo, pero el miedo seguía ahí. —Cuando nació Isabelle, me sentí aliviada de que fuera una niña. Los Sweet nunca parecían mostrar interés por sus hijas hasta que se acercaban a la edad casadera. Estaba más segura conmigo y pensé que, de todos modos, tú solo te habrías decepcionado de que diera a luz a una hija.

—Eso no es cierto —juró él, volviendo a su silla y acercándola más a la de ella.

Ella dejó escapar un suspiro tembloroso, luchando por contener sus emociones. —Yo no era nada en esta familia más que ganado reproductor.

—Tiene razón —dijo Algernon, sorprendiéndola con su acuerdo—. Padre trataba mal a madre e intentó obligarte a hacer lo mismo con Laura.

—Yo no traté a Laura como ganado reproductor —insistió—. Era mi esposa.

—Sí —bajó la mirada—. Y no podías esperar para volver a mi cama después de que naciera Liam.

Nash siseó. —¡Porque disfrutaba estando contigo! Me gustaba...

Cuando no continuó, ella lo miró. Él estaba mirando a Algernon, con la cabeza ladeada y una expresión extraña en el rostro.

—Muy bien —dijo el duque y se metió los dedos en los oídos—. No escucharé. Continúa.

Nash se inclinó hacia ella y su mano se posó sobre su brazo. —Me gustaba verte llegar al clímax.

Ella miró fijamente esa mano sobre su brazo, turbada por lo rápido que el calor se filtraba a través de su manga. Su mano cubría algunas de sus peores cicatrices, las que habían sido más profundamente talladas y las más lentas en sanar. Apartó su mano de un tirón. —¿Cómo podías verme? Siempre hacíamos el amor en completa oscuridad.

—A menudo había luz de luna, pero quizás decir que te observaba no es el término correcto —Nash miró a su hermano, luego se inclinó aún más cerca para susurrar—: Siempre podía notar cuando se acercaba tu clímax. Te retorcías y te agitabas. Me agarrabas el pelo, el cuerpo, y luego sollozabas mi nombre. Mi ansia por volver a tu cama era para satisfacer mi necesidad de

satisfacerte a *ti* de nuevo.

Laura encontró su mirada e instantáneamente sintió una oleada de deseo recorrer todo su cuerpo. Se sonrojó, recordando demasiado bien cómo se sentía tener a Nash cerca en su cama por la noche.

Sí, Nash había sido un visitante excitante en su cama. Sin embargo, no había creído que fuera tanto por su beneficio como por el de él.

Pero dada la mirada en sus ojos, las palabras que decía ahora, a regañadientes aceptó que podría estar diciendo la verdad.

Tragó saliva, sin saber qué decirle ahora. Él nunca la había dejado insatisfecha. Ahora la estaba observando, esperando oír que ella había disfrutado de sus atenciones. Pero si admitía cuánto lo había hecho, temía que debilitaría su argumento para el divorcio.

Miró al duque sentado cerca con los dedos en los oídos y los ojos vueltos hacia la ventana para darles algo de privacidad, y luego al odiado reloj de arena entre ellos, justo cuando caían los últimos granos.

—Se acabó el tiempo —susurró.

Laura se levantó y salió calmadamente de la habitación a pesar de los ruegos de su marido para que se quedara. Se deslizó en otra cámara y se apoyó contra la puerta mientras sus piernas flaqueaban. Se dejó caer desordenadamente al suelo, avergonzada y humillada.

El problema con su matrimonio era que la intimidad entre ellos en la cama por la noche había sido inolvidable. Siempre placentera, pero cuando llegaba el amanecer, solo quedaba el vacío y una almohada abollada donde había estado su cabeza.

No podía volver a esa miserable existencia. Esperándolo en vano.

Sonó un golpe en la puerta. —Laura —susurró Nash.

Maldito sea.

¿No podía darle un momento de paz? Cerró los ojos y deseó que se fuera, pero por supuesto, él volvió a llamar. —Quería visitar la finca de tu familia y asegurarme de que todo esté bien allí. Si quieres venir conmigo, puedo hacer que ensillen tu caballo y lo preparen para ti. Te esperaré en los establos durante una hora.

Sus pasos se alejaron, y ella se llevó las manos a la cabeza. Deseaba desesperadamente ir a casa, pero ya no tenía una.

Respiró hondo y se puso de pie, sintiéndose más estable.

El hogar nunca había sido Ravenswood, sino una finca ahora irreparablemente cambiada por el fuego que la había consumido.

Sin embargo, era curioso que Nash de repente deseara ver las ruinas donde ella se había escondido durante unos días después de todo lo que había oído hoy. Esa finca no era de su incumbencia. No podía heredarla a través de su matrimonio y ella tampoco.

Subió a ver a sus hijos, pero le informaron que el duque había reclutado a Jasper y Sophie para cuidarlos unas horas más.

—No tenemos ninguna objeción —prometió Jasper, meciendo a Isabelle en sus brazos y haciéndole cosquillas a Liam—. Me he encariñado bastante con jugar con todos ellos.

Eran la imagen de una familia feliz. Sin ella.

Rechinó los dientes y consideró ordenarles que se fueran, pero *había* dejado algo suyo en las ruinas de la finca y quería recuperarlo ella misma. —Cuidado, Jasper, o podrías terminar con una docena de los tuyos.

—Si son tan adorables como estos tres, entonces sería un hombre muy afortunado —prometió, y luego besó la mejilla de Sophie.

Laura se estremeció, odiando la sensación de celos que surgió ante el obvio afecto entre la pareja recién comprometida. Era un recordatorio de lo que su propio cortejo y matrimonio habían carecido.

Finalmente, asintió. Confiaba en Jasper y no tendría oportunidad de regresar hasta que terminaran sus treinta días aquí.

El tiempo era corto. Quedaban dos semanas de su acuerdo y últimamente parecía que no podía ir a ninguna parte sin que su marido la siguiera a dos pasos de distancia.

Una doncella la esperaba en su habitación para cambiarla por un traje de montar por orden del duque. Era un vestido antiguo suyo. Algo que había dejado atrás cuando huyó de su matrimonio y que había olvidado por completo. —¿De dónde ha salido esto?

—Es de sus otros baúles. Los que lord Nash ordenó guardar y luego hizo traer de los áticos poco después de que usted regresara. Mis disculpas por tardar tanto en airear y planchar todo para que esté listo para usar de nuevo.

—Muéstramelo —dijo ella, dejándose llevar por la curiosidad.

Se dirigió al vestidor contiguo y, en lugar de los pocos vestidos con los que había viajado, encontró una montaña de prendas que casi había olvidado, incluido el vestido de baile que llevaba cuando Nash le propuso matrimonio. Por supuesto, ya no le quedaba.

La colección era todo lo que había dejado atrás... y más de lo que recordaba haber comprado. Revisó todo, desconcertada por el inesperado exceso. —No todos estos son míos.

—Oh, pero lo son —prometió la doncella—. Recuerdo cuando llegó la última entrega. Usted estaba fuera de la finca. Pero todos fueron colgados esperando su regreso, pero... nunca lo hizo. —La doncella hizo una mueca—. Se quedaron intactos hasta el año pasado, cuando lord Nash ordenó que se guardara todo.

Se le cortó la respiración. ¿Nash le había comprado vestidos nuevos mientras estaba lejos de ella? Ella no había estado aquí para recibirlos, por supuesto, pero Nash no lo sabía en ese momento. Y los había mantenido colgados en su armario hasta hace un año.

Hace un año, ella estaba esperando a su hijo y más decidida que nunca a no volver con él.

Justo cuando pensaba que Nash era verdaderamente despiadado y frío, descubre que había hecho algo agradable por ella por una vez. Era demasiado poco y demasiado tarde, por supuesto. Unos cuantos vestidos bonitos y sentimentalismo difícilmente compensaban el vacío que había dejado a su paso.

Se cambió al vestido de montar más antiguo, contenta de que aún le quedara bien, y pidió que guardaran todas las prendas con mangas cortas que revelarían sus cicatrices. Cuando terminó, se dirigió a los establos.

Nash estaba mirando los terrenos, ya cambiado. Un pie con bota apoyado en el bloque de montar para damas mientras contemplaba el dominio familiar. No era el joven con el que se había casado y, sin embargo, era el mismo en muchos aspectos. Apuesto y siempre tan terriblemente serio.

Se giró antes de que ella lo alcanzara, y sus ojos la recorrieron de pies a cabeza. Pero no sonrió ni dijo nada mientras la ayudaba a montar su caballo de lado.

Se subió de un salto a su propio caballo y lideró el camino fuera de Ravenswood sin decir palabra. Una vez que dejaron atrás la finca, puso su caballo al paso del de ella. —Quería hablarte aquí fuera sobre lo que pasó mientras estuve ausente.

—Eso es cosa del pasado —dijo ella, encogiéndose de hombros.

—Pero no lo es, ¿verdad? —Suspiró—. Llevas las cicatrices para recordarte cada día mis fallos. Tenías razón al irte, para protegerte de más daño. Mi único arrepentimiento es que no

puedo retroceder el tiempo y hacer lo que debía hacerse.

—¿Qué era necesario?

—Debería haberlo matado por el dolor que te causó —dijo Nash y luego espoleó su caballo al galope.

Laura no lo siguió, pero lo vio alejarse cabalgando, claramente enfadado y sin querer que ella viera su furia. Laura ya no tenía esa necesidad. Había maldecido al viejo, y a Nash también, hasta quedarse ronca. Ahora todo lo que sentía era un vacío donde debería haber esperanza.

Finalmente Nash regresó, despeinado por el viento pero aparentemente algo más compuesto. Se disculpó por haberse marchado tan repentinamente y ella lo perdonó. Cruzaron la frontera y dejaron las tierras de Ravenswood.

—Me temo que el lugar está muy descuidado —advirtió Nash, agachándose cuando las ramas bajas empezaron a obstaculizar su camino. Finalmente, los edificios exteriores en ruinas aparecieron a la vista—. Quizás sea mejor que continuemos el resto del camino a pie.

—El sendero es perfectamente seguro para cabalgar —le dijo Laura, tomando la delantera. Conocía el camino a casa como la palma de su mano. No era ajena a la finca en ruinas. Había venido aquí varias veces desde que dejó a Nash, aunque él no parecía estar al tanto de sus visitas al distrito. La primera vez fue para poner flores en las tumbas de sus padres.

Su hogar había sido tan hermoso alguna vez. Cálido y acogedor, un lugar lleno de risas y amor. Pero ahora solo era un caparazón vacío y quemado. Lleno de vigas chamuscadas y mampostería caída. Cualquier risa hacía mucho que se había ido.

Laura ya había dejado a Nash cuando se perdió la casa solariega. El fuego parecía haber comenzado en el observatorio. Todo el cristal había desaparecido, derretido en charcos y mezclado con cenizas. Probablemente se había dejado una vela encendida y había causado otra chispa que, sin ser notada, había permitido que el fuego se propagara hasta convertirse en un incendio imparable.

Había perdido a su padre en ese incendio. Su madre ya había fallecido antes de que la sacaran. Su hermano había sufrido quemaduras leves en las manos, o eso había oído.

Pero la magnitud de los daños había sido tan grande que él abandonó la finca casi de inmediato, y comenzó una vida completamente reprochable en su otra propiedad al sur de Londres, donde murió.

Laura dirigió su caballo hacia el huerto y siguió el muro que lo rodeaba antes de desmontar, usando el bloque de montar.

—Bueno, aquí está en todo su esplendor —murmuró—. Hogar.

—Ravenswood es el hogar —contradijo Nash.

—Nunca *mi* hogar —le recordó. Caminando para tener una mejor vista del edificio y alejándose de su marido, podía sentir que la tristeza y el temor que este viejo lugar inspiraba volvían a deprimir su ánimo, tan mal como la primera vez que lo había visto todo.

Su antigua habitación en un piso superior hacía mucho que había desaparecido; todo lo que quedaba en condiciones habitables era una pequeña porción de los aposentos de los sirvientes, la parte medio enterrada en la ladera bajo sus pies.

Se dirigió hacia la única entrada que funcionaba.

—¿Estás segura de que es seguro entrar ahí? —llamó Nash.

—Lo suficientemente seguro para mí —respondió ella—. Quédate fuera si tienes miedo.

—No tengo miedo, pero no quisiera que te hicieras daño.

—Nunca te preocupaste por mí estos años pasados —replicó.

Él se apresuró y la agarró del brazo, deteniéndola. —Me preocupé por ti, pero ¿qué podía

hacer cuando no dejaste ninguna dirección?

—No buscaste muy bien. Me encontraron en un mes —dijo, mirándolo fijamente—. Me ofrecieron un lugar seguro para quedarme lejos del resto de la familia.

—¿Quién te acogió?

—¿Importa acaso?

—Sí, importa porque *no* te mantuviste alejada de mí —siseó—. Volviste a mí una vez. Me sedujiste.

—Seducirte fue un error que no volveré a cometer —prometió ella.

Frunció los labios. —¿Isabelle también es un error para ti?

Ella arrancó su brazo de su agarre, molesta de que usara a su hija como un arma para herirla. —Nunca podría arrepentirme de Isabelle. Es mi hija. Mi sangre. Mi familia. De lo que me arrepiento es de mi propia debilidad. La esposa que conociste ya no existe, Nash. Al igual que la fortuna que aporté a nuestro matrimonio, supongo. Esa es la única razón por la que el duque me mantiene aquí, esperando que cumpla con sus deseos. Los fondos que traje a nuestro matrimonio fueron devorados por las necesidades de otro duque más.

Él la mantuvo en su lugar. —¿Qué has oído sobre eso y de quién?

Ella tenía una sola fuente confiable de chismes sobre su marido, y no la traicionaría por nada del mundo. No después de todo lo que habían hecho por ella. —Al viejo duque le gustaba gastar dinero que simplemente no tenía y vivía del crédito. Y tú tenías *mi* dinero y se lo diste a Algernon, ¿no es así? Estoy segura de que has pagado cualquier deuda que Algernon heredó del viejo para guardar las apariencias hasta que consiga una esposa rica.

—*Todos* hemos ofrecido el dinero que tenemos —admitió Nash, lo que la sorprendió. Una vez que se casaron y él obtuvo su dote, se le informaba constantemente que los asuntos de dinero y finanzas no eran de su incumbencia—. Esperábamos que Algernon se apresurara a hacer conocer su elección.

—La prisa no es el estilo de Algernon. Es muy parecido a tu padre. Esperando y observando el momento adecuado.

—Algernon tiene muchas responsabilidades y problemas que atender primero. Con quien se case nos afecta a todos.

—A mí no. Ya no, aunque supongo que nuestros hijos siempre sufrirán sus caprichos, ya que es casi tan aficionado a ordenar nuestras vidas como siempre lo hizo tu padre. Tú no deseas estar conmigo.

—Deseaba salir a cabalgar contigo hoy —insistió Nash.

—¿Pero fue tu primer pensamiento o su sugerencia? ¿Alguna vez te has plantado y has dicho que no a tu familia?

Nash de repente pisó fuerte con dicho pie.

Laura miró a su marido, sobresaltada.

Él hizo una mueca. —Araña.

Ella miró hacia abajo para ver a la gran criatura aplastada que quedó al descubierto cuando Nash levantó el pie. Laura gritó y se alejó rápidamente de su marido. Nash se agachó para recogerla con un palo y la llevó inmediatamente lejos de ella.

Laura se quitó los guantes y se limpió las manos húmedas en su traje de montar.

Él regresó rápidamente, sacudiéndose las manos. —Ya no te molestará. —Sonrió brevemente —. Todavía recuerdo cuánto las detestas.

Ella exhaló un suspiro. —Jasper siempre pensó que mi miedo era muy divertido.

—Jasper aprendió por las malas que burlarse de ti no era algo que debiera hacer de nuevo —

prometió Nash.

—¿Por las malas?

—Una docena de esas criaturas dejadas en su cama una noche aseguraron que ya no le divirtieran las arañas y desarrollara su propio miedo.

Ella miró a su marido con sorpresa. —¿Hiciste eso a uno de tus hermanos?

Él asintió. —No dejaría que atormentaran a mi esposa como podrían intentar conmigo.

—¿Pero a tu padre no se le podía detener?

Nash continuó por el pasillo abandonado. —Obviamente no. Él era el duque, pero si estuviera aquí ahora, no sé qué le haría.

Ella lo siguió apresuradamente por el oscuro pasadizo, con paso seguro en la penumbra. —¿Lo odiabas?

—Yo... —Nash negó con la cabeza—. Le temía. Era mi padre. Quería complacerlo.

—¿Y lo lograste?

—En algunas cosas, supongo que estuve cerca —admitió Nash mientras entraban en las cocinas. Estaba fría y húmeda, apenas discernible con la débil luz que se filtraba por las altas y sucias ventanas. Miró alrededor, recorrió la habitación, inspeccionando todo lo que quedaba—. La habitación está bastante seca. Creía que la casa estaba dañada más allá de la reparación hasta los cimientos.

—Mi hermano probablemente deseaba que así fuera —sugirió Laura—. Era mucho más feliz en Londres.

—¿Estabas con él allí?

—No. Me estaba quedando con una amiga mía.

Su mirada se estrechó. —El año en que Isabelle fue concebida.

—Obviamente, ese año.

Nash asintió. Inquieta por la forma tranquila en que aceptaba sus palabras ahora, Laura se apartó de Nash y fue hacia un armario. Dentro había una pequeña estatua que había encontrado olvidada entre los escombros. Mientras estaba de espaldas, se quitó rápidamente la alianza del dedo y la apretó en su puño por un momento.

No se llevaría el anillo cuando se fuera, aunque quizás Nash se lo daría a su próxima novia. Sus dedos apretaron el anillo aún más fuerte y se obligó a dejarlo caer en el estante y cerró la puerta.

Laura se puso los guantes rápidamente para ocultar su dedo desnudo al darse cuenta de que su marido estaba parado directamente detrás de ella otra vez.

Él se aclaró la garganta. —¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—Después de todo lo que te hicieron, ¿por qué acercarte a mí en Londres? ¿Por qué arriesgarte a ser descubierta? Padre aún estaba vivo entonces.

—Quería ver si me recordabas.

—Nunca te olvidé. Pero esa mujer me recordaba tanto a ti, que rompí mis votos con ella.

Laura suspiró. —Era yo.

—Quería que fueras tú, también, y me hice creer que no importaba que no lo fuera.

Ella esperó a que dijera más, pero no pronunció palabra. Todo lo que escuchaba era su respiración, rápida y cercana. Se estremeció, recordando todas las veces que se habían encontrado en la oscuridad de su alcoba. —Deberíamos volver a Ravenswood —susurró.

—Aún no.

—Quiero ver a mis hijos.

Sus dedos se posaron en su cintura. —Quiero verte a ti.

Ella se balanceó hacia él.

—Quiero ver las cicatrices.

Sus palabras fueron como un balde de agua fría sobre su cabeza. —Pero yo no quiero que las veas.

Laura se dio la vuelta y salió rápidamente de la vieja cocina, fingiendo que no estaba aterrorizada por el disgusto que sentiría su marido cuando viera sus brazos, y dejó a Nash para que encontrara su propio camino de salida.

Ya estaba montada en su caballo e impaciente por partir cuando Nash finalmente emergió. Estaba frunciendo el ceño y mirando hacia atrás a las ruinas de su antiguo hogar. Evaluando el lugar, supuso ella. —Las cocinas están en buen estado —dijo él—. Es una lástima que el resto quizás nunca pueda ser reconstruido.

Laura se maravilló de la forma en que Nash podía apagar las partes íntimas de su personalidad en un instante.

—Sí, es una gran lástima. El costo de la reparación arruinaría a cualquiera que intentara hacerlo.

—Es lo más probable. Aun así, se está buscando un testamento y un beneficiario.

—Les deseo suerte.

Él montó su caballo y se acercó de nuevo.

—¿No te gustaría ver que volviera a la vida algún día y que una familia viviera aquí de nuevo?

Ella sí quería, pero no podía soportar la idea tampoco. Nunca volvería a este lugar. Era demasiado doloroso.

—No —dijo, alejando su caballo de la mansión en ruinas y de Nash.

Se secó las lágrimas que caían por sus mejillas con el dorso de la mano antes de que él las viera, jurando que sería la última vez que lloraría por el pasado.

CAPÍTULO DIEZ

Nash regresó caminando al palacio desde los establos, siguiendo a Laura a distancia, preocupado por sus últimas palabras cuando lo había dejado junto a las ruinas de la propiedad de su familia. Ella se había alejado al galope a caballo, pero él sabía que había derramado lágrimas.

Laura había sido torturada aquí.

No había posibilidad de que ella lo perdonara por eso, ni debería hacerlo.

Él había esperado que ella pudiera llegar a apreciar la vasta opulencia de la propiedad familiar tal como él aún lo hacía, pero eso fue antes de conocer la verdad sobre lo que había ocurrido mientras él estuvo ausente la última vez. Los recuerdos que ella tenía de su hogar no eran felices.

¿Cómo podrían serlo?

Era demasiado tarde para hacer alguna diferencia ahora. Nada de lo que dijera podría arreglarlo. Gran parte de su matrimonio lo habían pasado separados. Él había visto que su distanciamiento ocurría pero no había sabido cómo mejorar las cosas. Las exigentes formas de su padre habían sido una fuente de tensión entre ellos desde el principio.

También lo había sido su necesidad de ser un hijo obediente y un hermano protector. Había sacrificado mucho para proteger a sus hermanos, y eso había continuado durante los años de su matrimonio. Había buscado la paz en la familia, pero no la había logrado para su propia esposa.

Y tratar de apaciguar a su padre tampoco había impedido que el hombre intentara arruinar la propiedad que Algernon debía heredar. Nash había trabajado duro para moderar lo peor de sus malas decisiones, moviéndose entre bastidores para asegurarse de que las cosas se hicieran sin que su padre lo supiera.

Había pensado que la mayor parte del veneno de su padre había caído sobre Algernon. Pero Nash también había recibido su parte de desdén. Solo la existencia de sus hijos, la próxima generación, le había dado algún respeto a los ojos de su padre.

Pero saber ahora lo que le habían hecho a Laura mientras él estaba ausente, lo que la había llevado a abandonar a sus hijos y a él, hacía que la sangre de Nash aún hirviera aunque trataba de no demostrarlo.

Si tan solo su padre hubiera dejado en paz a Laura, podrían haber tenido la oportunidad de convertirse en lo que Laura había esperado. Lo que él también había esperado.

—Digo, Lord Nash, ¿parece que estás listo para asesinar a alguien?

Giró y vio a un vecino lejano, Lord Guildford, en el césped, con Algernon de pie en silencio a su lado y sonrió. —De ninguna manera, me uniré a ustedes más tarde.

Nash continuó hacia la casa y subió a su habitación, con la intención de cambiarse la ropa de

montar, pero no sabía qué hacer consigo mismo después de eso. No estaba realmente de humor para la compañía de un vecino entrometido, ni del duque tampoco.

Su mente continuaba dando vueltas.

Cada sangría conllevaba el riesgo de muerte. Para que Laura creyera que su vida estaba en peligro significaba que la sangría había sido realmente muy mala. Ella no era dada a fantasías. Si había creído que estaba en peligro, entonces absolutamente lo había estado.

¿Y dónde había estado él? Corriendo por todo el campo mientras su esposa estaba desprotegida.

Era su culpa. La separación, su enojo. Isabelle.

Todo ello.

Nash se derrumbó en una silla y puso la cabeza entre las manos.

Nunca podría compensárselo. Nunca encontrarían la paz juntos.

Su matrimonio había terminado, pero hasta hoy no se había dado cuenta de que aún albergaba una secreta esperanza de que pudiera salvarse.

Levantó la mirada y sus ojos se posaron en el boceto de Laura colgado en la pared junto a la puerta que conectaba su habitación con la de ella. Ella no había cambiado nada desde que él la había dibujado, y sin embargo, la estaba viendo con una visión más clara que nunca.

Ella apenas podía soportar estar aquí dado lo que le habían hecho. Solo los niños la mantenían aquí.

Nash gruñó a la puerta cerrada y fue a abrirla. Laura no estaba dentro de su habitación, pero era obvio que había estado allí. Su vestido de montar estaba extendido sobre una silla.

Entró más en la habitación e inhaló profundamente. La habitación olía a su perfume y a ella. Una docena de sus pertenencias, polvos y cremas, estaban esparcidas sobre la superficie del tocador.

No tocó nada, pero se embebió del aroma del perfume de Laura y dejó escapar un suspiro tembloroso. A pesar de su creencia en lo contrario, Laura siempre había pertenecido a Ravenswood. Debería haber sido su hogar y un lugar seguro. Nunca debería haber sido obligada a abandonarlo.

Nash no permitiría que nadie interfiriera en su vida nunca más.

Solo él y Laura deberían decidir el curso de sus vidas a partir de ahora, y juró que no sufrirían más interferencias de nadie.

Salió por la habitación de Laura y dio un paso al pasillo. Se dirigió a las escaleras y miró hacia arriba. La guardería estaba un empinado tramo de escaleras por encima de sus habitaciones, y no podía oír a sus hijos ni a ella. Nunca había podido. Siempre le había disgustado la distancia, pero su padre nunca hubiera permitido que tuvieran habitaciones más cerca de la suya y de Laura.

Pero había muchas habitaciones vacías en Ravenswood.

Habitaciones que solían estar ocupadas por parientes ancianos, fallecidos hace mucho tiempo y cerradas. Incluso había un apartamento vacío, compuesto por un cuarteto de dormitorios y una gran sala de estar, en un piso inferior. No era directamente accesible desde la parte principal de la casa y por eso ya no se usaba.

Curioso por el estado de esas habitaciones, se dirigió abajo pero encontró las puertas firmemente atascadas. Empujó con el hombro y las puertas se abrieron de golpe. Una nube de polvo se levantó a su alrededor y estornudó.

Sin embargo, cuando el polvo se asentó, miró alrededor y vio lo que esperaba. Telas antipolvo cubrían todo y las cortinas en las ventanas estaban medio podridas en sus lugares.

Sin embargo, el apartamento tenía posibilidades definidas para él y su familia.

Caminó lentamente para evitar levantar más polvo y miró en cada rincón. Sí, posibilidades definidas. Para él, tres niños e incluso... para una *esposa*.

Cerró los ojos. Laura no se quedaría.

Sintiéndose frustrado de nuevo, se acercó a zancadas a la ventana e intentó mirar hacia afuera. El cristal estaba tan sucio que tuvo que frotar un punto con el pulgar para limpiarlo.

El duque y su vecino Guildford caminaban juntos sobre el césped justo debajo de ellos. Pero Laura estaba ahora con ellos, hablando con el recién llegado.

De repente recordó: Guildford había estudiado medicina en su juventud.

Nash casi tropezó con sus propios pies en su prisa por volver abajo y proteger a su esposa. Era irracional, pero el tipo siempre preguntaba por su salud.

Al acercarse, notó una expresión de preocupación en el rostro de Guildford mientras hablaba con Laura.

La inquietud de Nash creció. Se unió a ellos, colocándose cerca de su esposa para que no hubiera duda de a quién pertenecía.

—Ah, aquí estás, hermano. Temía que te hubieras olvidado de nosotros.

—¿Qué haces aquí, Guildford?

El duque tosió.

—Bueno, me enteré por casualidad de que su señora había regresado a Ravenswood. Tenía que venir a ver por mí mismo que era cierto y presentar mis respetos, por supuesto. Es un placer tenerla de vuelta entre nosotros y verla tan bien, ¿no es así? La última vez que la vi estaba terriblemente pálida.

Laura no dijo nada, pero continuó mirando fijamente al hombre.

Nash se acercó más a su esposa, colocando su mano bajo el codo de ella. Listo para apoyarla si fuera necesario.

Guildford se rio y le hizo un gesto con el dedo. —Veo que sigues tan devoto de tu esposa como siempre. Lo entiendo perfectamente, y yo sería igual si estuviera casado con ella. Está más hermosa que nunca. Después de tanto tiempo separados, yo tampoco querría tenerla fuera de mi alcance.

—Ni lo estará nunca más —respondió Nash, molesto por la sugerencia de que pronto lo estaría.

Laura se movió hacia Guildford, escapándose de su agarre en el proceso. —¿Vamos adentro a tomar el té?

—Solo si aceptas mi escolta —respondió Guildford, sonriendo con suficiencia a Nash—. No me gustaría nada más que pasar una hora en tu compañía, querida.

Cuando Laura aceptó su escolta para entrar, Nash solo pudo rechinar los dientes impotentemente. Debería haber sido *él* quien escoltara a su esposa adentro, ahora que finalmente había vuelto a casa.

Algernon lo agarró del brazo cuando iba a seguirlos. —Necesito hablar contigo antes de que entremos.

—Ya hablamos antes —respondió, tratando de seguir a Laura y Guildford.

Algernon, sin embargo, no se detuvo ni le permitió la libertad de ir tras ella. —Acabo de recordar algo que había olvidado. Podría ser útil.

—Muy bien, pero solo por un momento —accedió Nash.

Algernon se dirigió a su estudio y Nash lo siguió. El duque cerró las puertas. —¿Qué recuerdas de la fiesta la noche antes de tu boda?

—Impaciencia por que terminara. ¿Por qué?

—¿Recuerdas si Guildford asistió?

Nash frunció el ceño. —No lo hizo, que yo recuerde.

—Cuando Guildford llegó hoy y sonrió tan cálidamente a Laura, recordé algo que había olvidado por completo. —Nash pudo sentir una mano helada asentarse entre sus omóplatos ante la larga pausa—. Guildford sentía un *tèndre* por tu esposa antes de tu matrimonio, ¿no es así?

—No recuerdo eso —dijo Nash, acercándose a las puertas del estudio. Estaba más preocupado por Laura estando sola con Guildford debido a su formación médica que por cualquier tonta noción romántica que Algernon pudiera albergar.

—Por supuesto que no lo recordarías. Solo viste a Laura una vez que te comprometiste, y no es como si Guildford fuera a decir algo después de que se anunciara el compromiso.

—¿Entonces por qué lo mencionas ahora?

—No es lo que hizo entonces, sino cómo la miró hoy —dijo Ravenswood en voz baja—. Desapareció tan pronto como se anunció el compromiso, nos evitó a todos durante meses después de la boda también... pero después de que naciera cada hijo, viene a visitar a Laura. No está aquí para verme a mí o a ti. Vino por Laura.

La sangre de Nash se heló. —No hay nada entre ellos.

—No hoy, pero quién sabe qué traerá el mañana —dijo Algernon, sonriendo—. Piénsalo. Esta es una solución casi demasiado perfecta. Tú y Laura aún quieren divorciarse. Así que si ella se casa con Guildford, los niños aún podrán tener a su madre visitándolos tan a menudo como quiera. Tal vez incluso puedan quedarse con ella en la finca de Guildford cuando estés fuera o tengas una segunda familia que atender.

—*Jamás* permitiría que mis hijos vivieran en otro lugar que no fuera Ravenswood.

—Bueno, eso es para que tú lo decidas al final, por supuesto. Laura no tendrá voz y deberá acatar tus deseos al respecto. Pero no le impediré que los visite aquí. Y si Guildford no le conviene como segundo marido, hay otros solteros de edad adecuada en el distrito que imagino podrían desearla como esposa.

Nash se erizó. —¡No te corresponde a ti sugerir a nadie para que ella se vuelva a casar!

Algernon extendió las manos. —Pero hermano, ¿qué daño puede hacer empujar las cosas en esa dirección? Sería mejor abordar el tema con ella antes de que decida dónde irá a vivir.

El duque continuó, sin darse cuenta de que Nash deseaba poder estrangular a su propio hermano para hacerlo callar. Guildford podría sangrarla de nuevo y nadie podría detenerlo.

—Mira, puedes discutir el asunto con Laura durante nuestras reuniones, o me ofrezco a mencionarlo yo en su lugar. Sacar la sugerencia a la luz. No es como si pareciera que aún la quieres y ella no quiere estar aquí después de todo lo que le han hecho. Incluso podría ofrecer organizar su desayuno de bodas, si eso ayudara a acelerar las cosas y tranquilizarla sobre nuestro apoyo.

Una fina capa de rabia invadió a Nash mientras imaginaba un desayuno de bodas celebrado aquí, con Laura besando a otro novio. Luchó contra los celos, apretando los puños a los costados en lugar de seguir sus instintos de cerrar la boca del duque con ellos. —¡No le dirás nada sobre esta ridícula idea tuya!

—Pero Nash, ¿dónde imaginaste que iría? No puede quedarse en esas ruinas de su antiguo hogar familiar. Tiene que pertenecer a algún lugar.

—Ella pertenece *aquí*. —Sacudió la cabeza obstinadamente. No podía tolerar que Laura viviera en la miseria. Ya era bastante malo que hubiera pasado siquiera una noche allí sola—. Hablaré con ella sobre sus planes para el futuro más tarde.

El duque sonrió ampliamente. —Muy bien, entonces. Me alegra que mantengas una mente abierta y quieras lo mejor para ella. Sé que estaba en contra del divorcio, pero después de verlos discutir constantemente por cada pequeña cosa estas últimas semanas, admito que podría haberme equivocado al pensar que su matrimonio podría salvarse. Ahora, será mejor que vayamos a reunirnos con tu esposa y su potencial pretendiente y actuemos como carabinas, para que no haya indicios de impropiedad. No querríamos que hubiera ningún escándalo en torno al segundo matrimonio de Laura, ¿verdad?

Algernon salió primero de la habitación, pero cuando Nash intentó seguirlo, sus piernas se negaron a funcionar correctamente. Se tambaleó hacia la estantería para sostenerse mientras su estómago se revolvía. Nunca se había molestado en imaginar la vida de Laura después del divorcio en detalle, más allá de la desgracia que podría perseguirlos durante años. Solo había pensado en lo que *él* quería.

Pero, por supuesto, existía la posibilidad muy real de que ella volviera a casarse. Necesitaría un hogar, protección. Que Laura pudiera casarse con alguien que él conocía le molestaba mucho.

Incluso podría llegar a amarlos.

Su estómago dio un vuelco alarmante.

Laura, su hermosa esposa, pronto podría pertenecer a alguien más. Tomaría su mano, los llevaría a su cama y entregaría su cuerpo, su pasión ilimitada, solo a ellos en la oscuridad.

Un privilegio que él había dado por sentado.

Maldijo entre dientes.

Por *supuesto* que Laura eventualmente se casaría con alguien después de que se divorciaran. Necesitaría la compañía y protección de un hombre que hiciera un mejor trabajo que él.

Nash nunca querría que ella estuviera completamente sola.

Pero ella *estaría* sola a menos que volviera a casarse.

Y en este momento, Laura estaba en el salón tomando el té con un potencial pretendiente que podría matarla a base de sangrías algún día. Y aunque el duque se les unía, Nash no estaba seguro de que se pudiera confiar en él. No cuando estaba tan ansioso por casar a Laura casi inmediatamente después de que el divorcio fuera definitivo.

Nash se apresuró a unirse a ellos, pero se detuvo justo fuera de las puertas del salón, fuera de la vista de los ocupantes, para escuchar. Oyó al duque y a Guildford hablando, pero Laura estaba extrañamente callada. ¿Estaría fascinada por la conversación de Guildford? ¿Estaría sentada allí deseando haberse casado con él en su lugar, ahora también?

Bueno, no lo había hecho. Laura se había casado con él y seguía siendo su señora. *Su* esposa.

Se alisó el cabello, se enderezó el chaleco y, tras un momento de duda, entró con paso seguro como si fuera el dueño del lugar.

Guildford le sonrió, pero apenas le importó la bienvenida del hombre. Nash buscó a Laura por la habitación.

Pero Laura ya no estaba en la sala.

Miró al duque y arqueó una ceja.

Algernon sonrió. —Acaba de ir a buscarte. Como puedes ver, Guildford, mi hermano y su esposa apenas pueden soportar estar separados. Nunca están satisfechos a menos que sepan exactamente dónde está el otro estos días.

—¿Incluso después de tantos años separados? —preguntó Guildford, y su mirada se posó en la mano izquierda de Nash, donde debería estar su anillo—. ¿Dónde estuvo ella todo ese tiempo, me pregunto?

—Siempre he sabido la ubicación de mi esposa —mintió—. Nos escribíamos a menudo —

continuó, ignorando cómo Algernon lo miraba boquiabierto y luego ocultaba rápidamente la expresión.

Guildford pareció considerarlo durante demasiado tiempo y luego se encogió de hombros. —Me sorprende que siquiera la dejaras fuera de tu vista después de lo que escuché sobre su enfermedad. Nunca la habría dejado salir de Ravenswood. Escuché que estaba terriblemente enferma. Pero ahora que he visto por mí mismo que mis temores eran infundados, debo retirarme y difundir la noticia. Confío en que transmitirás mis disculpas a tu esposa y mi profundo pesar por no poder quedarme más tiempo. Pero volveré para hablar con ella otro día.

—Por supuesto —dijo el duque—. Siempre eres bienvenido.

Nash no pudo encontrar palabras que transmitieran su satisfacción por la pronta partida del hombre y simplemente asintió.

Observó en silencio cómo el hombre se iba, vio al duque comenzar a sonreír tan pronto como Guildford salió por la puerta y montó su caballo. —Diría que aún la admira.

—No le dirás nada a mi esposa sobre ese hombre, o nunca volveré a hablarte.

El duque se acercó con paso despreocupado. —¿Te irrita la idea de un rival? Tu esposa es encantadora y lo suficientemente joven como para darle a otro hombre su heredero. Guildford necesita un heredero. Estoy seguro de que no perdería tiempo en llevarla a la cama.

Nash se abalanzó sobre él, golpeando al duque directamente en la mandíbula y enviándolo tambaleándose hacia una silla que se hizo añicos bajo su peso.

El duque permaneció aturdido un largo momento entre los escombros, y luego sonrió de nuevo. —Lucha todo lo que quieras, pero este divorcio es lo último que realmente deseas, ¿no es así?

—Te equivocas —insistió.

—¿Puedes imaginarla acostada en la cama de un extraño, esperando a Guildford, vistiendo solo una sonrisa?

Nash dio un paso hacia el duque, con los puños en alto. Sin embargo, su mayor temor era que Laura estuviera débil después de otra sangría y que él no estuviera allí para impedirlo. —¡Levántate y repite eso!

El duque sabiamente se quedó donde estaba. —Enfádate conmigo si quieres, hermano, pero es contigo mismo con quien deberías estar furioso. Ella era tu pareja ideal y la dejaste escapar entre tus dedos. Qué vergüenza.

Antes de que pudiera reaccionar, oyó un jadeo detrás de él. Supo quién era sin volverse.

Laura se apresuró a agacharse junto a Algernon. —¿Qué está pasando?

Nash miró fijamente a Algernon, quien sabiamente mantuvo la boca cerrada.

—Tropecé y me caí —le dijo Algernon.

—¿Dónde está Guildford?

—Se ha ido, pero espero que vuelva pronto —prometió Algernon, y Nash apretó los dientes ante la certeza de eso.

Dado que Nash no podía golpear a su hermano de nuevo, ni admitir lo que realmente había provocado su ira lo suficiente como para hacer el ridículo frente a su esposa, salió disparado de la habitación tan rápido como sus piernas se lo permitieron.

CAPÍTULO ONCE

Laura retrocedió alejándose del duque y observó a su marido alejarse apresuradamente. —¿Qué ha pasado?

El duque soltó una risita. —Nash perdió los estribos. La silla pagó por mi impertinencia.

Ella frunció el ceño. —Nash no tiene mal genio.

—Oh, sí que lo tiene cuando se trata de ti. Además, era algo que debería haber salido a la luz hace mucho tiempo —dijo el duque mientras se ponía de pie—. Guildford se ha marchado, por si te interesaba saberlo.

—Mejor así —dijo ella, completamente aliviada. Laura había estado remoloneando en su búsqueda de Nash para evitar hablar de nuevo con Guildford.

El hombre se había ofrecido a ser su médico personal después de que se casara con Nash y hoy había renovado su ambición. Le había costado toda su fuerza de voluntad contenerse y no decirle lo que pensaba sobre las posibilidades de que eso ocurriera.

No confiaba en nadie con apenas el conocimiento médico suficiente como para presumir de ello. Eran un peligro para todos. Nash sabía lo suficiente para atender heridas leves sufridas en la finca. Pero siempre recurría a una mano experimentada si podía. Guildford apenas había pasado un año aprendiendo el oficio y creía que era más que suficiente para aconsejar a todo el que se cruzaba en su camino. Deseaba que dejara de visitarla en Ravenswood para interesarse por su salud.

Estudió al duque y notó que se frotaba la mandíbula. —¿Estás herido?

—No exactamente —dijo, y lentamente se enderezó la corbata.

—¿Adónde ha ido Nash?

Le gustaría evitarlo. Seguía sintiéndose indispuesta, y los suspiros de preocupación de Guildford la habían hecho sentirse ansiosa de nuevo.

Laura resopló al notar que Algernon ahora sonreía con suficiencia. Lo añadió a la lista de irritantes del día. —Lo que más me desagradaba de ti era que nunca podía obtener una respuesta directa.

El duque se echó a reír. —Estoy seguro de que Nash ha subido. Después de todo lo que ha oído hoy, estoy seguro de que los niños lo calmarán. Quizás te sientas mejor si te unes a él allí.

Los niños tenían ese efecto en ella, y *sí* iría a verlos pronto, excepto que Algernon no estaba por encima de emplear la manipulación para conseguir lo que quería. Siempre quería que ella y Nash estuvieran juntos en la misma habitación. Aunque por lo general nunca hacía un flaco favor a sus hermanos, para *ella*, se había convertido en un obstáculo en su camino hacia la libertad. Ravenswood no estaba convencido de que el divorcio fuera necesario, pero lo era.

—Daré un paseo por el jardín en su lugar.

El duque asintió. —Te acompañaré. De hecho, insisto en ello.

No podía negarse al duque. Pero probablemente estaba maquinando de nuevo y eventualmente descubriría qué era. Esperaría y no preguntaría. Mientras no la llevara directamente al cuarto de los niños, seguiría el juego por ahora.

El duque la condujo afuera, lejos de los caminos que solía tomar. Caminaron en silencio durante bastante tiempo. Laura se negó a ser la primera en iniciar cualquier conversación con él.

Finalmente, Algernon suspiró profundamente. —Veo que sigues tan reacia a entretenerme como siempre.

—Si Su Gracia requiere entretenimiento, tiene tres hermanos, una finca llena de sirvientes, o podría contratar a un acompañante para que se ría de sus bromas.

El duque soltó una carcajada. —Eso es lo que siempre me gustó de ti. Eres tan directa como Nash, y también sin preocuparte por el resultado. Te diré una verdad cada día.

Eso era demasiado tentador como para resistirse. —¿Tu padre te dejó muy endeudado?

—Sí. Horrible por su parte, ¿no? Pero típico y esperado. ¿Nash te habló de la situación económica y de su préstamo?

—No con tantas palabras —admitió ella.

—Con suerte, su plan de economías funcionará y todos mis hermanos serán reembolsados por completo en dos años. Tres como máximo.

El estómago de Laura se contrajo. No era de extrañar que el duque se opusiera al divorcio. Tendría que pagarle una compensación por un matrimonio fallido. Su padre al menos había hecho eso para protegerla. —¿Así que un Duque de Ravenswood realmente tiene la intención de pagar sus deudas por una vez?

—No soy mi padre —prometió Ravenswood—. Tampoco me gustaba cómo te trataba. Pero...

—¿Pero qué?

Entrecerró los ojos mirando al sol. —Yo no era tu marido, Laura. Si hubiera interferido, mi padre seguramente habría utilizado mi interés por tu bienestar para crear una brecha entre todos nosotros.

—Lo hizo de todos modos.

—Sí y no.

Ella dejó escapar un suspiro y se detuvo. Algernon no tenía la culpa de su matrimonio. Su padre sí la había tenido, pero Nash era el culpable. La única falta de Algernon era mantenerla aquí durante estos treinta días antes de dar su bendición a su hermano. —Podrías casarte con una heredera y pagarles inmediatamente.

—¿Tú, entre todas las personas, realmente querrías que me casara precipitadamente después de todo lo que has pasado?

Consideró al duque durante un largo momento e imaginó el tipo de novia que tendría que elegir para pagar sus deudas. —Quizás no.

—Créeme, no quiero casarme desesperadamente por una gran dote, pero puede que no tenga elección.

¿Estaba diciendo que su hermano había hecho eso con *ella*? Laura paseó la mirada por los terrenos, buscando una escapatoria de la única conclusión plausible a la que podía llegar. Había habido una urgencia obvia por fijar una fecha de boda entre ella y Nash. Había creído que Nash estaba ansioso por su unión.

Algernon le tocó la mano, atrayendo su atención de nuevo hacia él. —Cuando nos dejaste, debo admitir que me sentí molesto.

—¿Por qué? Nadie me quería aquí.

—Sí, eso es cierto en parte, pero no por las razones que imaginas. Como todos los demás, quería alejarte de nuestro padre, o a él de ti. No me gustaba cómo hablaba de ti a mi hermano, y no me gustaba cómo Nash lo ignoraba. Si hubiera sabido lo mal que estaba, te juro que te habría llevado lejos yo mismo.

—Nash siempre fue el títere de tu padre.

—A regañadientes. Durante toda nuestra vida, hemos hecho todo lo posible por protegernos mutuamente. —El duque apretó los labios—. ¿Nash te contó alguna vez que, durante un tiempo, nuestro padre dudó de que Stratford fuera su hijo?

—No —admitió Laura, sorprendida por la sugerencia.

—Amenazó con enviar a Stratford lejos, alegando que era débil y por lo tanto no era hijo suyo. También decía tener pruebas que podrían haber sostenido una acusación de adulterio. Admitidamente, hubo una breve amistad entre nuestra madre y otro hombre alrededor de la época de la concepción de Stratford. Nuestro padre amenazó con humillar a mamá y desheredar a Stratford hasta el día en que ella murió. A menudo nos hablaba de ello a Nash y a mí.

—No sabía eso —respondió ella.

—Pero fue una tontería, por supuesto. Stratford obviamente estaba cortado por el mismo patrón que el resto de nosotros. Para evitar que repudiara a nuestro hermano menor, Nash hizo imprudentemente un trato con nuestro padre. Una promesa que, desafortunadamente, tuvo consecuencias para tu matrimonio. Cuando te fuiste, a Nash se le prohibió seguirte, o arriesgaría el lugar de Stratford en la sucesión y mancharía la reputación de nuestra madre de paso. Él adoraba a mamá.

—Y ama a sus hermanos más que a nadie —dijo ella, y luego se detuvo—. ¿Por qué me estás contando esto ahora?

—¿Cuándo he tenido la oportunidad de hablar honestamente con alguien? —preguntó arqueando una ceja—. Tú sabes de primera mano cuán cruel podía ser mi padre. Retorciendo la verdad hasta que se ajustara a sus propósitos. Cualquier cosa que Stratford y Jasper hicieran mal de niños, Nash y yo aceptábamos la culpa. Nash asumía muchos de los castigos destinados a la supuesta desobediencia de nuestros hermanos menores como si fueran sus propios fracasos, y los míos también, a veces.

Ella contuvo la respiración. —No sabía que le hubieran hecho daño.

—No en su piel. Padre era demasiado astuto para causarnos daño físico. Necesitaba hijos sanos para atormentar y para darle herederos cuando me negué a casarme y engendrar los míos bajo su orden. Nash aprendió temprano a ocultar sus sentimientos, para que no fueran usados en su contra. Creo que lo hizo demasiado bien. Cuando me negué a considerar la idea de un matrimonio contigo, Padre tomó lo que creía que era su venganza, permitiendo que Nash se casara contigo, amenazando así mi lugar en la sucesión cuando llegaran tus hijos.

—Ya veo —respondió ella, consternada de que Nash hubiera sido manipulado para elegirla como esposa.

—No, no creo que realmente lo veas. Nash no estaba en absoluto disgustado por casarse contigo.

Laura negó con la cabeza. —Cumplió con su deber hacia su familia.

—No fue por deber cuando se casó contigo. Nash estaba contento. Contento de que yo permaneciera soltero. Pero contento sobre todo por sí mismo. Es la única cosa verdaderamente egoísta que ha hecho en su vida.

Ella frunció el ceño.

—Nunca ha sido fácil saber cuándo Nash apreciaba a alguien, especialmente a las mujeres —dijo el duque, levantando una ceja—. El peligro de revelar cualquier interés era demasiado arriesgado para él. Padre inevitablemente usaba tales casos para arrancar más obediencia de todos nosotros. Probablemente por eso Nash nunca mencionó sus conversaciones anteriores contigo. Esas veces que sus caminos se cruzaron en la finca antes de que fueran formalmente presentados. Eran su secreto.

—Pero tú lo sabías —acusó ella.

—Estaba demasiado ansioso la noche de ese primer baile al que asististe. Dolorosamente nervioso por su apariencia. Fue el primero en bajar para recibir a todos los invitados, se quejó de que yo llegara tarde, lo cual nunca hace. Y luego estabas allí, y se sonrojó —dijo Algernon, riendo suavemente.

Luego sus cejas se juntaron en un profundo ceño fruncido. —Cuando éramos jóvenes, Nash tenía un perro favorito. Una criatura inteligente. Obediente, lo suficientemente listo para aprender trucos. El animal era excepcional. Nash lo adoraba. Cuando Padre vio el vínculo entre Nash y el perro, dijo que el perro era *su* propiedad. Cuando Nash protestó, Padre le disparó al perro frente a él. Nash fue castigado por llorar. Soledad durante un mes en el cuarto de los niños, aunque todos lo visitábamos cada día en secreto. Luego, no mucho después, mamá murió, y tampoco pudimos llorarla *a ella*. Nash aprendió a no mostrar nunca cómo se sentía por nadie más allá de sus hermanos después de eso, especialmente por ti.

—Siempre supe que el duque era cruel —susurró ella.

—¿Es de extrañar que Nash fingiera no preocuparse por ti?

—Lo hizo tan bien que aún lo creo —dijo amargamente.

—Piensa por un momento. Si Nash era frío contigo, probablemente era para que Padre no se diera cuenta de lo que significabas para él.

—Yo no significaba nada. —Dio un paso atrás, alejándose de Algernon. Algernon conocía a su hermano mejor que nadie. Mejor que ella, ciertamente, o de lo que jamás podría. El duque creía que le estaba diciendo la verdad tal como él la veía—. Tu padre está muerto y nada ha cambiado aquí —comenzó.

—Los hábitos de toda una vida son difíciles de romper. Incluso ahora, cuando entro en el estudio ducal, me tenso, esperando enfrentarme a mi padre de nuevo y recibir una reprimenda. Me llevó meses sentarme detrás de ese enorme escritorio sin saltar de la silla cada vez que alguien llamaba a la puerta. Nuestro padre dejó una impresión, una marca, en cada uno de nosotros. Stratford quizás sea el más afortunado. Nos aseguramos de que se librara de lo peor.

—Harás y dirás cualquier cosa por tus hermanos —dijo ella tristemente.

—Haremos cualquier cosa por nuestra *familia*, que siempre te ha incluido a ti. Danos la oportunidad de demostrar que no somos tu enemigo. El enemigo era Padre, y cada uno de nosotros debe sacudirse las cadenas con las que nos ató, a su manera. Especialmente Nash.

—¿Qué has hecho tú para liberarte de su memoria?

—Estuve íntimamente con una mujer sobre el escritorio de mi padre antes de que lo enterraran.

A pesar de la naturaleza escandalosa de la confesión, Laura no pudo evitar reír. —Se habría indignado.

La sonrisa del duque fue feroz. —Espero que haya muerto una segunda vez.

—¿Y Nash? ¿Qué ha hecho él?

La sonrisa desapareció. —Nash sigue atado al pasado de muchas maneras todavía. Necesita ayuda.

—¿Y tú no lo ayudarás?

—Siempre lo ayudo, pero necesita más que yo. Necesita tu ayuda y comprensión. Necesita tu perdón ahora también. —El duque frunció el ceño—. Eras hermosa, encantadora e inteligente. Tenías una fortuna en dote que cualquier hombre codiciaría. Habrías sido una duquesa extraordinaria. Madre habría aprobado que ocuparas su lugar, si hubiera vivido lo suficiente para ver llegar ese día. ¿Nunca te preguntaste exactamente por qué no te quería como mi novia cuando no podía encontrar ningún defecto en ti?

—Me dijiste que no te interesaba un matrimonio arreglado por nuestros padres —respondió ella. Recordaba haberse sentido aliviada de que él nunca lo pidiera—. Yo también me alegré.

—Sí, noté que no estabas desconsolada por que se te negara el título de duquesa —dijo el duque, y sonrió de nuevo—. Te prefería mucho más como una posible hermana. Eres la única mujer que puede hacer feliz a mi hermano.

Con eso, se dio la vuelta abruptamente, dejándola de pie en el jardín con sus últimas palabras resonando en sus oídos.

¿Alguna vez había hecho feliz a Nash? Ciertamente lo había intentado, pero solo había tenido éxito en la alcoba. Fuera de ella, había fracasado. Él no quería tener nada que ver con ella fuera del dormitorio.

¿Toda su frialdad e indiferencia realmente fueron causadas por su padre?

Había estado constantemente a su alrededor desde que ella había regresado, pero parecía ser el mismo. El duque les había ordenado pasar tiempo juntos, así que Nash no estaba pasando tiempo con ella por elección propia.

Oyó un paso y se dio la vuelta para encontrarse con Nash no muy lejos.

Él parpadeó, como si se sorprendiera de su presencia en el jardín. Luego frunció el ceño.

—Pensé que estarías con los niños.

—El duque dijo que *tú* estabas con ellos —lo miró de arriba abajo, sorprendida por su estado desaliñado. Su corbatín colgaba suelto y su cabello era un desastre. Parecía... infeliz.

—Obviamente no lo estoy —arrastró los pies—. ¿Vas de regreso con ellos ahora?

Normalmente habría respondido que sí, si eso significaba poder alejarse de Nash. Hoy, después de todo lo que el duque había dicho sobre su infancia, sintió curiosidad por todas las cosas que su marido nunca le había contado.

—Iba a pasear sola por los jardines, pero tu hermano insistió en acompañarme.

Nash miró alrededor de los jardines con los ojos entrecerrados.

—¿Dónde está mi hermano ahora? ¿Qué te dijo?

¿Por qué Nash parecía tan preocupado? ¿Acaso no quería que ella supiera sobre sus luchas?

—No habló de nada importante. Aunque no sé adónde ha ido ahora. Simplemente se marchó.

Nash bajó la mirada hacia sus pies, y luego sus ojos se elevaron lentamente hasta encontrarse con los de ella.

Un rubor de calor floreció sobre su piel ante la mirada intensa en sus ojos. Se humedeció los labios y la mirada de él se fijó en su boca. Sus partes íntimas temblaron con el recuerdo anticipado de lo que su boca podía hacerle a su cuerpo. Se alejó rápidamente, perturbada por lo rápido que él la afectaba.

—Acompáñame a caminar si lo deseas, o no.

Empezó a andar, y de repente Nash estaba a su lado.

—¿Disfrutaste la visita de Guildford? —preguntó él.

—Siempre es agradable conocer a los vecinos.

—¿Solo agradable?

Ella hizo una mueca.

—Guildford habla de los viejos tiempos con un gran cariño que yo no comparto. El duque se nos unió y me ordenó que fuera a buscarte.

—Estaba en el estudio, donde el duque me había dejado. Sabía exactamente dónde estaba todo el tiempo.

—Bueno, no se dignó a decírmelo —dijo ella con amargura—. ¿Acaso un Duque de Ravenswood puede alguna vez no maquinar y manipular?

—Probablemente no —admitió Nash. De repente, Nash le agarró la mano desnuda—. ¿Dónde está tu anillo de bodas?

—Me lo quité.

—¿Cuándo?

—Hoy —dijo ella, levantando la barbilla—. No es como si tú llevaras el tuyo últimamente.

Él le deslizó una mano bajo el codo nuevamente y la hizo girar.

—Ven conmigo.

—¿Por qué?

—Porque quiero hablar contigo a solas.

La condujo hacia el naranjal, que parecía desierto a esta hora. Laura intentó sacudírselo de encima sutilmente, pero el agarre de Nash solo se apretó más, aunque no era doloroso.

El borde del huerto era el lugar donde se habían conocido por primera vez, mucho antes de que les presentaran. Laura se había colado en la finca por una apuesta de su hermano para robar una naranja para su cena. Sin embargo, Nash la había encontrado, y en lugar de enojarse y dar la voz de alarma, había tomado una del árbol y la había pelado con una navaja antes de ofrecérsela.

Había sido muy dulce y amable y le había prometido que podía volver cuando quisiera. Se habían encontrado allí varias veces más, hasta que toda la fruta había sido cosechada.

Había sido el lugar perfecto para que hablaran, privado y lejos de su familia y la de ella. Un lugar donde había empezado a preocuparse por él. Sin embargo, no habían venido aquí juntos ni una sola vez después de su matrimonio.

Miró a Nash ahora, y había tal expresión de determinación sombría en su rostro que se preocupó.

—¿Qué pasa?

—Espera —exigió, y luego la guió para que se sentara en un banco que usaban los trabajadores.

Hoy no se sentó a su lado, sino que comenzó a caminar de un lado a otro. Ella esperó, decidiendo que fuera lo que fuera que se estaba preparando para decir debía ser difícil para él.

Se volvió hacia ella abruptamente.

—¿Por qué aceptaste casarte conmigo?

CAPÍTULO DOCE

—Tú preguntaste —respondió ella de inmediato.

Pero Laura estaba claramente sorprendida por su pregunta. Sus pestañas aletearon y luego apartó la mirada de él. Su ceño se frunció, y cuando volvió a mirarlo, su mirada se llenó de tristeza. —Mi familia esperaba que me casara bien, pero yo... no quería convertirme en duquesa.

Él retrocedió un paso. Nunca había sabido exactamente por qué ella lo había elegido y le molestaba no haberse dado cuenta de eso antes. —Podrías haber elegido a cualquier otro soltero del distrito, Guildford, por ejemplo, y no haberte convertido en duquesa. ¿Por qué yo?

—No éramos desconocidos, Nash —suspiró ella—. Desde que tengo memoria, mi padre hablaba de la importancia de una alianza con tu familia. Me dijeron que debía atraer a Algernon, y por un tiempo pensé que podría soportar esa búsqueda tan fría para enorgullecer a mi padre. Pero pronto se hizo evidente que no teníamos nada en común. Ciertamente él no tenía ningún interés en mí. Al menos, no románticamente —se humedeció los labios—. Y me lo dijo, antes de que alguien más descubriera sus verdaderos sentimientos sobre tomar una esposa.

Nash la miró fijamente, observando el rubor que persistía en sus mejillas y la forma en que jugueteaba con su dedo sin anillo. —Algernon te dijo que no te quería.

—Sí, nos encontramos por casualidad aquí, y al principio pensé que eras tú, así que lo llamé por tu nombre de pila como había empezado a hacer.

—Algernon no hace nada por casualidad —reflexionó Nash, frotándose la mandíbula—. Estaba intentando hacer de casamentero incluso entonces.

—Sí, me di cuenta de eso mucho más tarde —suspiró ella—. Después de algunas preguntas directas sobre nuestros encuentros secretos, expuso su plan para frustrar a su padre, y al mío también, además de evitar un matrimonio conmigo. Dijo que sin importar lo que pasara, siempre me admiraría pero nunca me propondría matrimonio. Dijo que debería... bueno... considerar a otro. Aprecié su franqueza, pero estaba preocupada por mis perspectivas futuras. Se había hablado tanto y por tanto tiempo de una unión entre nosotros, y sabes el daño que los chismes maliciosos pueden hacer a la reputación de una joven cuando una propuesta esperada nunca llega.

—Pero ¿por qué yo?

—Siempre fuiste amable conmigo. Me gustabas y yo te gustaba —suspiró—. Admito que también esperaba que casarme contigo acallara cualquier chisme y apaciguara a mi padre. Tener cualquier conexión con tu familia siempre fue su objetivo. Algernon había repetido su amenaza de no casarse con nadie en absoluto para cuando tú me lo pediste.

—Así que recurriste a un plan de contingencia de casarte con el repuesto —la amargura brotó

dentro de él y se dio la vuelta—. Nos casamos y nuestros hijos algún día heredarían. Todavía existía la posibilidad de que te convirtieras en duquesa si algo le sucedía a mi hermano.

Laura rió suavemente. —Nunca hubo ninguna posibilidad de que me convirtiera en duquesa, o de que nuestros hijos heredaran Ravenswood. Algernon *se casará*, pero solo cuando esté listo y dispuesto. Aunque compadezco a la mujer que elija.

Su columna se enderezó. —¿Qué tiene de malo casarse con mi hermano?

—Por favor —le reprendió—. Algernon es tan astuto y manipulador como tu padre lo fue alguna vez, aunque no cruel. Siempre está entrometiéndose y empezó hace tanto tiempo que ahora es su segunda naturaleza. Apenas he obtenido una respuesta directa de él desde el día en que me casé contigo. Su esposa necesitará tener el ingenio y la inteligencia para seguir el ritmo de sus planes, y mucho dinero también. Pero, dada su propensión a hacer de casamentero con sus hermanos, está claro que tu hermano es un firme creyente en los matrimonios por amor, razón por la cual aún no está casado. Todavía la está buscando.

Nash consideró esa evaluación bastante audaz de su hermano mayor. Padre había sido un viejo zorro astuto, y Algernon había adoptado varios de sus malos hábitos para sobrevivir. No siempre era completamente sincero. Padre había estado furioso de que Nash hubiera pedido la mano de Laura sin pedir primero su bendición. Nash sabía que nunca la habría obtenido. Pero le había pedido a ella y luego había sellado su compromiso con un beso público en el baile esa misma noche.

Algernon había actuado tan sorprendido como cualquiera y se demoró en felicitarlos. Pero ¿era una actuación? ¿Había querido que Nash se casara con Laura y había eliminado cualquier impedimento que pudiera haberse interpuesto en el camino de Nash? Ahora parecía que sí. Se giró de nuevo para encontrar a Laura de pie detrás de él. —¿Realmente es tan romántico?

—Oh, sí —prometió Laura con otra suave risa.

—Ha conocido y se ha acostado con muchas mujeres —reflexionó Nash en voz alta, optando por la honestidad, sin importar cuán desagradables Laura pudiera encontrar sus palabras.

—He oído los rumores, pero no ha habido ninguna sin la que no pueda vivir —respondió ella —. Ni siquiera Lady Barnes. No te sorprendas tanto de que sepa que mantiene una amante. Tu padre no bajaba la voz cuando despotricaba sobre los affairs de tu hermano y su fracaso en cumplir con su deber.

Tenía razón en que podría estarlo. —Creo que amaba a Lady Barnes —admitió.

—Tal vez lo hizo, pero no puede casarse con una mujer que ya está casada —dijo Laura sacudiendo la cabeza.

Nash negó con la cabeza. —Creo que tenías otras opciones además de mí para casarte. Las tendrás en el futuro también.

Ella suspiró. —No tengo ninguna ambición de casarme por segunda vez.

—¿Por qué no?

—Esa parte de mi vida ya terminó —Laura se encogió de hombros y puso su mano en el brazo de él—. Nash, me diste tres hijos que adoro y quiero ver tan a menudo como me permitas. Sé que deben vivir aquí contigo, o dondequiera que vayas. Una segunda familia exigiría todo mi tiempo y lealtad.

Él miró la mano de ella en su manga, asombrado de que se negara a sí misma la seguridad que merecía de un marido. —¿Es porque yo fui tan malo en ello?

—No —admitió ella—. Simplemente no deseo más de lo que ya tengo.

Su toque continuaba, ligero y enloquecedoramente suave en su manga. Laura claramente aún tenía el poder de encender todos sus sentidos. No se atrevía a mencionar el toque por temor a que

ella se alejara de él una vez más. Fuera de la alcoba, se habían tocado tan raramente. ¿Tenía ella alguna idea de lo que le hacía ahora?

Sin embargo, la necesidad de tocarla también superó su precaución.

Lentamente movió su mano hacia la de ella, donde descansaba en su manga, y la cubrió con su palma.

Cuando ella se sobresaltó, intentando retirar sus dedos, él los atrapó, y quedaron entrelazados. —Duele pensar en ti sola, esperando la próxima vez que puedas ver a los niños de nuevo.

—Es un pequeño sacrificio por aquellos a quienes amo —le aseguró ella.

Un profundo silencio cayó sobre ellos, interrumpido solo por el sonido de su respiración. Él se movió hacia Laura, y ella volvió a mirarlo a los ojos. Los de ella estaban enormes y vidriosos, brillantes. Él no hizo ningún otro movimiento hacia ella, pero no cedería. Separarse despertaba una tristeza inconfundible en ambos. Sin embargo, cuanto más se miraban, más rápido volvía el deseo, y a juzgar por la mirada en sus ojos, en Laura también.

Él bajó ligeramente la cabeza. —Probablemente no me creas, pero te extrañé —susurró, bajando la mirada a sus labios—. Extrañé saber dónde estabas, oír tu risa y tu amor por esos chicos nuestros, tus labios contra los míos. Pero sobre todo, extrañé hablar contigo.

—Al final solo discutíamos —susurró ella.

—Siempre te extrañaré. Laura, no tenemos que...

Los dedos de ella cubrieron sus labios de repente... y luego sus labios los reemplazaron.

Las rodillas de Nash casi se doblaron cuando su esposa, que quería divorciarse de él, de repente lo besó con una pasión que creía perdida hacía mucho tiempo.

Retrocedió hacia el banco, se sentó, atrayendo apresuradamente a Laura sobre su regazo. La rodeó con sus brazos y la apretó contra él mientras ella lo besaba casi hasta dejarlo sin aliento.

Justo cuando pensaba que no podía soportar más, Laura se apartó bruscamente. Se quedó de pie frente a él un momento, mirándolo con ojos grandes y sorprendidos, antes de gemir, levantar su vestido y huir de él una vez más. Corriendo de vuelta hacia la casa, donde mil errores de su pasado podrían interponerse entre ellos nuevamente.

Él gritó su nombre, pero ella no se detuvo. Nash la vio marcharse, sabiendo que tenía que seguirla pero con miedo de hacerlo. Tenían que hablar sobre lo que ese beso podría significar. Si no habían terminado el uno con el otro, si quedaba pasión, tenían la oportunidad de reconstruir su vida juntos. Necesitaba saberlo ahora antes de que fuera demasiado tarde.

Cuanto más tiempo estaban juntos y hablaban de sus sentimientos y del pasado, más lejano parecía el divorcio.

Nash ya estaba luchando con su decisión de buscar el divorcio. Encontrando cosas sobre Laura que había perdido en su mente y que habían salido a la luz. Cosas que había extrañado. Cosas como el aroma de su cabello, su risa, la suavidad de sus manos sobre su cuerpo y la certeza de que ella lo conocía mejor que cualquier otra mujer. No es que a ella le gustaran las cosas que había descubierto sobre él.

Él no había sido el esposo devoto que ella merecía. La había decepcionado terriblemente.

Pero la naturaleza apasionada de ella solo necesitaba un poco de estímulo para florecer. Laura también estaba luchando contra sus deseos, y saber que ambos luchaban le daba ánimos. Ella podría volver a ser suya si decía las cosas correctas y la ponía en primer lugar, finalmente.

¿Podría cortejar a Laura de nuevo en su vida y esta vez hacer un mejor trabajo como su esposo? ¿Podría reparar su matrimonio y mejorarlo? Porque mientras hubiera pasión como esa entre ellos, seguramente valía la pena salvarlo.

—¿Nash?

Se dio la vuelta para ver a Algernon acercándose lentamente a través de los árboles. —¿Está todo bien? ¿Te encuentras bien?

—Por supuesto que estoy bien. ¿Qué haces aquí? ¿Espiando?

—Estoy contando los naranjos de la finca para compararlos con lo que registró el último administrador de padre. —Se encogió de hombros y le hizo un gesto con la mano—. Será mejor que te peines con los dedos y te arregles la ropa antes de que te vean de nuevo. Cualquiera podría pensar que estabas revolcándote por el suelo.

Nash se miró a sí mismo, descubriéndose en completo desorden. Rápidamente se metió la camisa, se abrochó el chaleco, pero su corbata era un desastre sin esperanza de salvación sin un espejo.

Se pasó los dedos por el pelo, pero lo dio por perdido y miró a su hermano de nuevo, y vio que Algernon luchaba por no sonreír.

Algernon asintió hacia Ravenswood, donde aún se podía ver a Laura corriendo por el jardín. —Supongo que tu paseo fue más productivo sin mi compañía.

—Cállate —espetó Nash.

—No he dicho nada que merezca esa respuesta —se quejó Algernon.

—Siempre puedo oír lo que no dices —gruñó. Algernon sabía que él y Laura habían estado juntos. Casi se estaba regodeando, además.

Algernon se acercó más. —Confío en que no necesito el reloj de arena para decirte qué hacer a continuación.

Nash se alejó de él, pensando exactamente en lo que debería hacer y no era seguir inmediatamente a su esposa. Caminó más profundamente en el naranjal. No podía hacer exigencias. No podía asumir nada cuando se trataba de Laura. Tenía que pisar con cuidado. Si ella aún lo quería, no estaba para nada cómoda con el descubrimiento.

Algernon lo persiguió y lo detuvo en seco. —Este es el camino equivocado —le regañó.

Nash se volvió hacia su hermano, harto de su intromisión. —¿Alguna vez te molesta sonar exactamente como él a veces?

—¿Sonar como él? Sí. Tú también. ¿Pensar como él? Intento muy duro no hacerlo. Por ejemplo, nuestro padre nunca querría que persiguieras a tu esposa como te estoy instando a hacer ahora.

—No me refiero a eso. A presumir que siempre tienes razón. A decirnos qué hacer cuando nunca has estado en la misma situación.

—No necesito estar en tu situación para saber qué es lo mejor para ti, hermano —protestó Algernon—. Te juro que solo tengo tus mejores intereses en el corazón.

—¿Forzándonos a diseccionar nuestro fracaso? ¿Mis fracasos?

—Esa no era en absoluto mi intención. Te pregunto esto ahora: ¿cómo pueden tener tres hijos juntos y no preocuparse el uno por el otro? Estuviste pendiente de Laura durante sus primeros embarazos, y vi tu cara, el dolor que no podías ocultar, cuando te diste cuenta de que te habías perdido por completo la llegada de Isabelle. Tu matrimonio nunca fue sobre tener un heredero y un repuesto, en caso de que yo no me casara. Fue puramente por su bienestar, y el tuyo. La amabas pero eras demasiado joven para saber cómo demostrarlo, y Dios sabe que padre nunca alentó la discusión de sentimientos tiernos hacia las mujeres o las esposas.

—Yo no...

—Una palabra más tonta que salga de tu boca, Nash, y la cerraré con mi puño. Amas a Laura —insistió Algernon—. Siempre lo hiciste, y ella te amaba.

Lo último fue dicho suavemente, con gentileza, y Nash cerró los ojos. —Si alguna vez lo hizo, nunca me lo dijo —susurró.

—Bueno, no eres el hombre más fácil de querer, ¿verdad? —Algernon le dio una palmada en el hombro—. No permites que nadie se preocupe por ti.

—Nunca noté que Laura lo intentara.

—Porque no se le permitía tomar una sola decisión aquí —afirmó Ravenswood, casi saltando sobre la punta de sus pies—. Intentó estar contigo, pero Padre no podía soportar perder su control sobre ti. Oh, no. Las mujeres no tenían cabida en la administración de Ravenswood después de que madre muriera. El único lugar donde Laura te tenía era en la intimidad del dormitorio, y ese era el único lugar donde Padre nunca podría competir. Así que se aseguró de que apenas pudieras estar allí.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, durante los primeros años de vuestro matrimonio, me aseguraba de no holgazanear al pasar por la puerta de su alcoba. No sé qué pasaba entre vosotros ahí dentro, pero ciertamente me hacía sentir inadecuado como hombre.

Nash se quedó boquiabierto.

—¿Tienes idea de lo especiales que erais juntos? ¿Cuán bien compenetrados en pasión? Renunciaría a mi título por encontrar una mujer así para casarme.

Nash frunció el ceño.

—¿Es por eso que dudas con Lady Stephanie?

—Pues claro que sí. Lady Stephanie no es mi pareja ideal, pero probablemente se convertirá en mi duquesa. Finge disfrutar de mis atenciones para ganar mi favor y una propuesta. Nunca podría desearme como Laura te desea a ti. Dudo que Laura alguna vez tuviera que fingir contigo.

—¿Te has acostado con Lady Stephanie?

Algernon se encogió de hombros.

—Se ofreció una vez, pero no fue... bueno.

Nash nunca había tenido una noche insatisfactoria con su esposa. Habían sido buenos en la cama juntos desde el principio, pero eso no significaba necesariamente que aún pudieran serlo.

—Laura dijo que ya no me desea —admitió en voz baja—. Dijo que tampoco quiere más hijos.

—Seguramente es posible que te contengas para darle la vida que ella quiere —exclamó Algernon—. Frena tu lujuria, desempolva tu encanto y ponlo en buen uso por una vez. Corteja a Laura y reconquista a tu esposa de vuelta a tus brazos. Pero no cometas los mismos errores que la última vez.

—¿Cuáles fueron?

—Apresurarte a irte a la mañana siguiente para trabajar en la finca. Quédate con ella. Sé un esposo durante el día también. Cuando estáis en la misma habitación, ella observa cada movimiento que haces, y cuando te vas, se queda callada. ¿Recuerdas lo que dijo Jasper cuando ella regresó? Puedes estar con ella durante el día también.

Luchó contra un sonrojo.

—Eso no fue lo que nuestro hermano dijo que debería hacer.

Algernon agitó la mano.

—Todos sabemos que eres un maestro entre las sábanas, a juzgar por sus gritos de éxtasis en noches pasadas. Si sigues mi consejo, ignora tus dudas —y a nosotros también— y las cosas saldrán bien al final. Y si tu cortejo ocurre más allá del dormitorio, será enteramente nuestra culpa si vemos algo que no deberíamos. Nunca te disculpes por desear a tu esposa.

Nash luchó por contener la sonrisa ante la idea de que sus hermanos se juzgaran a sí mismos según su estándar. Era francamente divertido, de hecho, y se rindió y se rio de lo absurdo que era que Algernon lo envidiara.

—Así está mejor. Has estado luciendo demasiado sombrío últimamente. Sin duda molesto por seguir queriendo hacer el amor a tu esposa. Y ella también te desea, a juzgar por el estado de tu ropa hoy y la velocidad de su huida, que fue bastante notable. —Entonces Algernon se rio entre dientes.

—¿De qué te ríes ahora? —exigió saber Nash.

—Cinco minutos aquí a solas contigo en el huerto donde os conocisteis por primera vez, y ella ya te está arrancando la ropa. Realmente daría todo esto por tener una mujer así en mi vida.

Nash frunció los labios, viendo el beso inesperado con mayor comprensión. Para él, este lugar tenía un significado especial. Era donde debió haberse enamorado de Laura.

—Ahora, me dirijo a los establos y saldré a cabalgar de nuevo —dijo Algernon—. Los sirvientes están con tus hijos. Jasper y Sophie salieron a dar un largo paseo, así que ya puedes imaginar lo que eso significa. Así que eso os deja solo a ti y a Laura en Ravenswood, más o menos solos. Vete ya a buscar a tu esposa. Ella está esperando que por fin la hagas perder la cabeza.

Nash ya casi no necesitaba su insistencia. Quería recuperar a su esposa, y por Dios que de alguna manera se ganaría su favor.

CAPÍTULO TRECE

Laura se mordisqueó el pulgar, horrorizada por su falta de control con Nash. Por el amor de Dios, lo había besado, había empezado a desvestirlo y habría estado encantada de que le hiciera el amor en ese maldito naranjal.

Aún podía sentir la oleada de excitación corriendo por sus venas después de una hora lejos de él. Gracias a Dios que no la había seguido, esperando más. La necesidad de satisfacción y la frustración de negarse a sí misma el placer eran la guinda del pastel de un día terrible.

Ahora Nash sabía que ella aún se sentía atraída por él. Sabía que si él movía un dedo, ella podría correr a sus brazos y a su cama una vez más. Así no es como debería comportarse. ¿No le había dicho que ya no quería más maridos ni hijos?

La discusión sobre su propuesta había sido su perdición, y la mirada devastada en el rostro de Nash cuando ella le explicó por qué había decidido casarse con él. Aunque ese no había sido el único motivo por el que había dicho que sí. Había llegado a quererlo antes de su propuesta y pensaba que lo había conocido en sus encuentros secretos. Era dulce y siempre respetuoso con ella. Le hablaba y nunca intentó tomarse libertades. Ni siquiera la había besado hasta después de que ella aceptara casarse con él. Su primer beso había sido frente a sus padres sorprendidos.

Y luego se casaron y nada fue como ella esperaba. Ya no necesitaban encontrarse en el huerto, y él se volvió reservado, especialmente frente a los demás.

El único momento en que parecía cómodo con ella era a solas en su dormitorio, donde habían aprendido a ser íntimos juntos. Eran buenos haciendo bebés... y practicando cómo hacerlos también.

Miró a Thomas y Liam y suspiró, su corazón llenándose de amor y orgullo.

Los niños se parecían a sus padres. Thomas demasiado serio y Liam destinado a las travesuras, como ella lo había sido. De Isabelle no estaba segura, pero le encantaba reír.

De vez en cuando, cuando Nash miraba a su hija, parecía tan triste. No creía que su tristeza fuera por la existencia de Isabelle, sino por todas las cosas que se había perdido en su vida hasta ahora. Había estado presente en el nacimiento de sus hijos, pero no en el de Isabelle. Había sido considerado y se había preocupado por el bienestar de Laura durante y después de sus primeros embarazos.

Pero tan pronto como ella demostró estar en forma y saludable, las exigencias del duque lo habían alejado de ella repetidamente. Eso no había sido enteramente su culpa. Ahora entendía mejor la presión bajo la que había estado. El tormento que su padre le había infligido aún lo dominaba desde la tumba.

Levantó el rostro al cielo y maldijo en voz baja. Sus decisiones habían sido fáciles de tomar

estando lejos de Nash. Había imaginado que su atracción por él desaparecería. Sin embargo, hoy aún quería que le hiciera el amor, incluso con el riesgo de darle un cuarto hijo. Pero eso iba en contra de toda lógica y sensatez. Si cedía a la pasión, nunca se libraría de su marido o de su matrimonio. Estaría atada para siempre a este lugar.

Nash podría no cambiar nunca, y ella ya no esperaba que lo intentara.

No por ella.

No por ellos.

Ni siquiera por sí mismo. Estaba satisfecho con su forma de ser.

—¿Mamá?

Se volvió para mirar a su hijo mayor. —¿Sí, Thomas?

—¿En qué estás pensando?

En una causa perdida. —Pensaba que ya es hora de que salgamos de aquí.

—¿A dónde podemos ir?

Lejos. A algún lugar donde pudieran jugar sin reglas ni objeciones. —No lo sé. ¿A dónde te gustaría ir?

—A buscar a papá —anunció Thomas—. Quiero mostrarle mi nuevo dibujo.

A Laura le costó mantener la sonrisa. No podía ver a Nash todavía, no estaba completamente en control de sí misma. No tenía la menor idea de qué decirle para asegurarse de que no se aprovechara de su desliz.

—Tu papá está aquí —dijo Nash, entrando con los brazos llenos con una bandeja de té. La dejó en el suelo y los niños chillaron de alegría, corriendo para ver qué les había traído.

—Le pedí a la cocinera que preparara una sorpresa para todos —murmuró, acercándose a su hija y levantándola en alto. Isabelle se rió, y él la bajó para abrazarla, y luego la miró a los ojos con total adoración brillando en los suyos—. Veamos cuál podría ser tu favorito, pequeña.

Nash se sentó en el suelo frente a la bandeja, con las largas piernas cruzadas debajo de él como si lo hiciera todos los días. Se veía tan extraño y grande junto a los niños, pero sentó a Isabelle en su regazo, actuando como si nada hubiera pasado entre ellos antes. —Mamá, ¿te unes a nosotros?

Estaba demasiado aturdida por Nash y su comportamiento despreocupado para responder de inmediato, por supuesto. Pero pronto encontró su voz. —Por supuesto que sí.

—Bien. —Hizo un espacio a su lado para que ella se sentara y le sirvió una taza de té. En la bandeja había un surtido de pequeños pasteles y cinco naranjas.

Habló sólo con sus hijos mientras intentaba tentar a Isabelle a comer el pastel con más delicadeza. Los niños se rieron del desastre que hizo su hermana, y Nash también siguió sonriendo, pero continuó tratando de inculcarle algunos modales a la niña. Pronto se dio por vencido y dejó a Isabelle en el suelo a su lado, permitiéndole gatear para buscar un juguete que había llamado su atención.

Observó a su hija con una expresión cautivada en el rostro y distraídamente alcanzó una naranja. —Crecerá para ser tan rápida como tu madre, y mamá puede correr rápido cuando la ocasión lo requiere.

No la miró mientras pelaba las naranjas, pero ella sabía que estaba hablando de su huida anterior del huerto.

No le hizo gracia su broma. Veía su huida como otra señal de su debilidad por él. Si no le importara, debería haberse alejado caminando, no corriendo. Sin embargo, cuando se trataba de Nash, sus emociones siempre estaban demasiado a flor de piel.

Pero sí le importaba él y lo que pensara de ella. Le molestaba que, a pesar de no querer vivir

con él, estuviera desesperada por demostrar que su poder sobre sus deseos había disminuido en los años que habían estado separados. El tira y afloja entre su atracción y el deseo conflictivo de dejarlo le estaba provocando un buen dolor de cabeza.

Se frotó la frente.

Nash le ofreció la naranja, pelada y lista para que la comiera.

—Recuerdo que solían ser tus favoritas.

—Aún lo son, pero no tengo hambre.

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios, pero Isabelle regresó y él se dedicó a ofrecerle un gajo de naranja. Su hija lo escupió y Nash se rio, dejando ese trozo a un lado. Frunció los labios, examinando las opciones restantes en los platos.

—¿Qué tal si probamos mi favorito? A ver qué te parece el shortbread.

Isabelle lo devoró, tarareando, y alargó la mano para pedir más. Nash se rio entre dientes.

—Una niña tras mi corazón. Siempre buscando el bocado más dulce.

Sus ojos se desviaron hacia Laura, y ella sintió que un rubor le calentaba las mejillas. Afortunadamente, Nash apartó la mirada de nuevo y se dedicó a comer y hablar con sus tres hijos como el padre cariñoso que ella siempre había deseado que fuera.

De repente, su mano se posó en la pierna de ella, justo por encima de la rodilla, y desapareció con la misma rapidez. A Laura se le cortó la respiración ante el contacto entre ellos.

Quería apartarse, pero no parecía capaz de desenredar las piernas de debajo de ella.

Finalmente, el té terminó y los niños volvieron a sus propios intereses. Nash giró a Isabelle para que lo mirara.

—¿Sabes? A pesar de tu atroz falta de modales, eres exactamente como tu madre. Adorable.

—Espera a que te grite o llore toda la noche —le advirtió ella.

—Algo que espero con ansias, dado todo lo que ya me he perdido.

Le entregó a Isabelle y se puso de pie en un suave movimiento. Cuando se inclinó para coger a la niña de nuevo, sus manos se rozaron, pero no ofreció ayuda a Laura para levantarse.

Se llevó a Isabelle para buscarle un nuevo juguete, dejando a Laura sentada sola en el suelo, observándolos a todos.

Isabelle se retorció para que la bajaran de los brazos de Nash, y él accedió, pero se quedó apoyado contra la pared, mirándola con una expresión fascinada en el rostro. Parecía encantado con su hija. También parecía querer conocerla de una manera que no había hecho con sus hijos al principio, y eso agradó a Laura. No esperaba que mostrara tanto afecto por la niña tan rápidamente. Había esperado que la ignorara durante bastante tiempo.

Cuando su expresión se tornó pensativa, Laura sintió culpa. Le había robado a Nash una parte importante de la vida de la niña. Si las cosas hubieran sido diferentes, él habría estado presente en el nacimiento y habría sido el primero en sostener a su nueva hija. Nunca podría compensarle por eso. Después de un momento de reflexión, se puso de pie, se disculpó y salió sigilosamente de la habitación.

En sus aposentos, encontró el diario que había llevado durante su embarazo y hasta el tercer mes de vida de Isabelle. No sabía por qué había escrito todo. No se le había ocurrido llevar un diario cuando estaba embarazada de sus hijos. Pero se había sentido sola y viviendo con casi desconocidos, en un lugar extraño, así que había empezado a escribir sus pensamientos sobre los pequeños acontecimientos de sus días.

Había comenzado enfadada consigo misma y con Nash, y llena de arrepentimiento también, sin saber por qué ni para quién estaba escribiendo. Pero ahora creía saber quién podría querer leer su diario. Se lo daría a Nash ahora. Podría ayudarle a lidiar con su conmoción y responder

algunas de sus preguntas sobre convertirse en padre de nuevo.

Lo abrazó contra su pecho y miró hacia la puerta del pasillo.

No, no podía ponerlo en sus manos frente a los niños, porque tendría que explicarlo. Quizás fuera cobarde, pero lo dejaría en su cama para que lo encontrara más tarde esa noche, después de haberse retirado.

Se armó de valor y se acercó a la puerta que conectaba con su habitación. No había pasado mucho tiempo en los aposentos de Nash. No había sido invitada, y nunca había preguntado por qué. Nash había preferido venir a su habitación, y siempre se levantaba al amanecer, mucho más temprano de lo que a ella le gustaba levantarse.

Puso la mano en el pestillo. La puerta se abrió en silencio.

La habitación de Nash era de proporciones similares a la suya, pero mucho más masculina. Paneles de madera oscura, una cama con cortinas de un rico azul oscuro. Pulcritud por todas partes.

Caminó hacia la cama y colocó su diario sobre una almohada. Abrumada por el aroma de su colonia en el aire, tembló y se giró sobre sus talones para marcharse, pero se detuvo cuando vio su propio rostro. No era un reflejo, sino un pequeño dibujo colgado en la pared entre sus dos habitaciones.

Laura no recordaba haber posado para ningún dibujo durante su matrimonio. Nunca había sabido que Nash hubiera encargado uno tampoco. Hasta donde sabía, nunca se había creado una imagen suya por nadie de su familia, ni siquiera de la suya propia.

Pero era un parecido notable, captándola en un momento desprevenido sentada junto a una ventana. El escenario era indistinto, y ella parecía bastante joven, así que debía haberse hecho hace algún tiempo. Pero, ¿por qué Nash no le había hablado del dibujo? ¿Por qué no se lo había mostrado? ¿Por qué colgarlo allí?

Bueno, suponía que no lo sabía porque había tantas cosas de las que aún no habían hablado.

Sin embargo, no pudo apartar los ojos de él mientras salía de la habitación. Nash había guardado un recuerdo de ella, lo había colgado frente a su cama, donde lo había visto todos los días... y a diferencia de su anillo de bodas, ¿aún no lo había quitado?

Laura se frotó la frente, sintiendo que su dolor de cabeza empeoraba. No podía entender por qué Nash hacía las cosas como las hacía.

Volver a casa y exigir el divorcio no estaba saliendo en absoluto como ella esperaba. Estaba viendo un lado de Nash que nunca había visto antes. Ya no era tan reservado con los niños como lo había sido antes. Sus conversaciones con el duque habían reabierto viejas heridas y revelado que era vulnerable al sentimiento, pero había guardado secretos sobre su vida que una esposa debería haber conocido hace mucho tiempo.

Salió de su habitación, aún pensando por qué Nash guardaría un dibujo de ella en su cuarto cuando afirmaba querer divorciarse. Miró su dedo desnudo y se estremeció ante la ausencia del único regalo que él le había dado que le había importado.

Cerró los dedos en un puño, decidida a no arrepentirse de haberse quitado la alianza. Aunque llevar una en el dedo durante todos estos años había tenido sus ventajas. La gente suponía que su marido nunca estaba lejos, o que estaba de viaje, y ella les había permitido pensar así para su protección.

Pero nunca había estado realmente protegida del verdadero peligro: el del difunto duque de Ravenswood. Sin embargo, él ya no estaba, y ella ya no temía por su vida.

Pero pronto se vería separada de la familia y tendría que depender de sí misma para protegerse en el futuro. Y aunque antes eso podría haberle alegrado el corazón, ahora solo hacía

que le latiera más rápido con una sensación de temor.

Nash volvería a casarse, por supuesto.

No hacía nada sin motivo, y lo más probable es que tomara una segunda esposa con otra fortuna para compartir con su familia. Era demasiado joven para pasar el resto de sus años tan castamente como ella planeaba pasar los suyos.

Sonó un golpe en su puerta, y se apresuró a entrar en su habitación, cerrando silenciosamente la puerta de la alcoba de Nash antes de abrir la suya.

Un sirviente la esperaba.

—El duque desea su compañía de nuevo, mi señora.

Asintió, resignada a otro giro del reloj de arena, mientras luchaba esta vez por ignorar su nerviosismo sobre lo que le deparaba el futuro.

CAPÍTULO CATORCE

Nash nunca supo que Laura llevaba un diario hasta que encontró uno sobre su almohada anoche. No tenía su nombre inscrito ni fecha, pero reconoció su letra de inmediato.

Había leído las primeras páginas varias veces, tratando de entender cuándo había comenzado y por qué lo había dejado para que él lo encontrara. No había mención de quién la había ayudado a escapar de Ravenswood, ni a dónde se había ido a vivir.

Comenzaba con su sorpresa al descubrir que estaba embarazada como único punto de referencia.

Había estado inusualmente enferma. Vomitando día y noche pero aún así ansiando pasteles a horas extrañas como le había pasado con sus dos primeros hijos. Mencionaba que había un panadero no muy lejos, lo que significaba que debía haber vivido en una ciudad de buen tamaño. Había lapsos de tiempo donde aparentemente no había sucedido nada notable. Pero había comenzado cada entrada con el número de semanas desde que su condición se hizo evidente, o quizás el número representaba el tiempo desde que habían hecho el amor.

De cualquier manera, le daba una pista de cómo había pasado sus días. No había sido feliz, pronto descubrió. Su diario no sugería ningún gran placer en sus días. Solo mencionaba el paso del tiempo. Carente de emoción, lo que le decía que estaba preocupada. Laura siempre era emotiva. Ocasionalmente escribía sobre extrañar los consejos de su madre y el confort de los lugares familiares.

Cuando llegó a las entradas más adelante en el diario, había una mención del gasto de una partera, y quedó claro que estaba viviendo bajo la caridad de alguien. Hablaba de una deuda que nunca podría ser pagada. Y entonces...

Mi Isabelle nació el domingo pasado. Sana y preciosa, pero por supuesto, siendo su madre, soy completamente parcial. A pesar de mi felicidad por su llegada, he llorado sin parar todos los días desde su nacimiento como antes pero peor esta vez, sabiendo que no tendré más opción que entregarla.

Había más entradas después de eso, pero no pudo soportar seguir leyéndolas.

Apretó la mandíbula y cerró el libro cuidadosamente. Debería haber estado con Laura antes de ese nacimiento. Ella había estado de mal humor y su ánimo había decaído después del nacimiento de cada uno de sus hijos también. Muchas mujeres sufrían lo mismo, había escuchado desde entonces.

Nash había hecho todo lo posible para tranquilizarla de que todo estaba bien entonces, pero no había estado con ella para la llegada de Isabella, y solo había tenido la compañía de extraños.

Debería haber ido tras Laura. Habría destrozado el mundo para llegar a ella si hubiera sabido

de su embarazo. Nunca debería haberla perdido de vista por tanto tiempo. Nunca debería haber confiado en su padre tampoco. Debería haber hecho muchas cosas de manera diferente. Pero no podía cambiar el pasado más de lo que podía volar.

Se frotó los ojos cansados. Había estado leyendo toda la noche. Incapaz de dejar el diario hasta que hubiera leído cada palabra.

—Hermano, ¿estás llorando? —susurró Jasper, de pie en la puerta de su habitación. Tenía una expresión preocupada—. ¿Tienes malas noticias o es solo una historia triste que has estado leyendo?

Nash se frotó la cara, dándose cuenta de que, en efecto, había estado llorando. Puso el libro bajo su almohada, decidiendo que lo leería de nuevo más tarde, y se secó las lágrimas.

—Sí, era triste.

—¿Qué era?

Se volvió hacia Jasper e ignoró la pregunta.

—¿Querías algo?

Jasper levantó las manos.

—Solo pasé para decir que nos vamos a Londres. Algernon recomienda que nos apresuremos con nuestra boda, y Sophie también está ansiosa por casarse y tener a sus amigos presentes. Queríamos despedirnos antes de...

—¿Antes de qué?

Jasper hizo una mueca.

—Antes de que Laura desaparezca de nuestras vidas de nuevo.

Nash se puso de pie de un salto.

—Ella no desaparecerá esta vez.

—Me alegra oír eso. ¿Bajarás a despedirnos? Sophie nos está esperando abajo.

—Sí, por supuesto.

Siguió a su hermano por la escalera principal, buscando señales de Laura y los niños. No los había oído hoy y eso ahora era inusual.

—Entonces, ¿dejarás que Laura regrese para ver a los niños?

—El duque aún no ha aceptado apoyar el divorcio —dijo lentamente.

—Bueno, no con tantas palabras, pero estoy seguro de que lo hará. Siempre se pone de tu lado al final —murmuró Jasper con un movimiento de cabeza—. Incluso cuando estás equivocado.

—No lo hace —advirtió mientras llegaban al vestíbulo de entrada. Si lo hubiera hecho, Nash no se sentiría tan miserable esta mañana. Había cometido tantos errores que nunca podría corregir—. Ha habido muchas ocasiones en las que simplemente no nos molestamos en discutir el uno con el otro. Tuvimos suficiente de eso con Padre.

—Todos lo tuvimos. Entonces, ¿se va o no? —preguntó Jasper—. Quiero decir, si hay alguna duda o razón para tener esperanza, me alegraría saber que se quedará aquí y que no tenemos necesidad de apresurarnos a volver para secar las lágrimas de esos pobres niños.

Nash palideció y sintió un nudo en el estómago. No quería pensar en esa posibilidad porque podría no ser solo ellos los que lloraran.

—¿A dónde llevarás a Sophie primero en Londres?

—Al teatro, tal vez incluso a un baile si ella desea bailar. Pero definitivamente a los jardines de placer y a Bond Street. A cualquier lugar que ella quiera ir, realmente.

—¿A cualquier lugar?

—Bueno, sí. Ya he tenido suficiente de tomar mis propias decisiones y hacer todo solo. Mi

propia compañía me aburre ahora.

Sonrió rápidamente, pero las palabras de Jasper fueron como un cuchillo en el corazón, abriendo su mente a las posibilidades de llevar a cabo un segundo cortejo de su esposa. Era difícil cortejar a alguien en un lugar con tantos malos recuerdos para uno de ellos y poco que hacer.

Podría llevar a Laura a Londres la próxima temporada, pero no le gustaba la idea de dejar a sus hijos e hija atrás. Se había acostumbrado a saber dónde estaban. Todos ellos. Laura especialmente. Si fueran a Londres, podría llevarla a ella y a los niños a la casa de fieras, o a navegar por el Támesis, o incluso asistir a algunos picnics juntos durante el día si Laura pensaba que era una buena idea.

La casa de la ciudad en Londres podría alojarlos a todos. Pero tendría que comprar algunos juguetes nuevos para entretener a su hija. Después de todo, probablemente no habría juguetes para niñas allí y aquí había muy pocos.

Debería comprarle a su hija una muñeca bonita y nueva.

Y no era como si lo necesitaran aquí ya. Algernon y Jasper trabajaban bien juntos para reconstruir el futuro de la propiedad según su plan, y aunque Jasper pasaría tiempo en Londres con su nueva esposa, eventualmente regresaría a la finca.

Algernon los alcanzó en las escaleras. —Tengo una invitación para cenar con la familia Fairmont el próximo mes, pero planeo estar indispuesto. Tienen una hija soltera que me gustaría evitar. ¿Te gustaría asistir en mi lugar?

—Una lástima que no sea un baile —refunfuñó Jasper, tomando la invitación para leerla—. Los Fairmont prolongan sus cenas hasta que nuestros traseros se entumecen en esas duras sillas de madera. También declinaré, y es un alivio que podamos estar en Londres para entonces.

Nash extendió la mano para tomar la invitación, pensando en asistir con Laura, pero Algernon la retuvo.

—No lo disfrutarás si vas.

—¿Por qué no?

—Guildford seguramente asistirá.

Ese nombre ahora le crispaba los nervios. —No tengo que hablar con él.

—Pero seguramente Laura lo hará. ¿Eso te molestará?

Exhaló con fuerza. —No seas tonto —espetó Nash—. A menos que quieras romper otra mesa auxiliar.

Algernon levantó las manos en señal de rendición fingida.

—Es solo cortesía hablar con nuestros vecinos —afirmó Laura, uniéndose a ellos, sin Isabelle en la cadera pero con los niños siguiéndola—. ¿Dónde está Sophie?

—Vendrá en cualquier momento —prometió Jasper—. Bueno...

Jasper abrazó a cada uno por turno y luego se volvió hacia Laura. —Espero regresar y encontrarte aún aquí cuando vuelva —le dijo.

Ella hizo una mueca y abrazó a Jasper. —Intenta comportarte por una vez.

Jasper se rió. —No temas, ahora tengo a Sophie para mantenerme a raya, querida hermana.

—Pobre Sophie —dijo Laura con una risa—, tendrá las manos llenas contigo.

—Ese es mi plan —dijo guiñando un ojo descaradamente.

Nash retrocedió mientras los niños se abalanzaban para abrazar a su tío y Sophie entraba paseando con Isabelle. —Odio dejarla.

Jasper arrebató a la niña de sus brazos, la hizo cosquillas y se la entregó a Algernon. —Será mejor que vigiles de cerca a esta o podría llevársela con nosotros.

Todos rieron.

Laura se acercó a una ventana y se sentó en el alféizar. Nash se unió a ella, intrigado por algo. —¿Por qué no consideraste a Jasper?

Laura negó con la cabeza. —¿Y ser atormentada sin piedad en cada momento de cada día?

—Tienes razón.

—¿Y Guildford?

—Nunca lo consideré —prometió ella, frunciendo el ceño.

—¿Pero te estaba cortejando?

Laura miró al frente y él suspiró cuando ella no respondió.

Bajó la voz. —Había oído que podría haber sido uno de tus pretendientes.

Ella se frotó el brazo. —¿Quién te dijo eso?

—¿Quién crees?

Laura se quedó quieta, y luego sus ojos se volvieron hacia él. —Nunca, jamás, he permitido que nadie más que tú me besara.

Nash observó a su esposa. Había tantas cosas de las que nunca habían hablado aún. Su padre le había llenado los oídos con tantos rumores e insinuaciones que había tomado pocos en serio. Pero los secretos podían fácilmente convertirse en desconfianza. —Lo besaste.

Laura palideció. Pero no pudo ocultar la expresión de vergüenza que cruzó su rostro. Su corazón se hundió. Había pasado algo.

Tragó saliva. —Eso sucedió antes de nuestro compromiso.

—¿Entonces *sí* lo besaste?

—No. Él me besó a *mí*. —Laura se estremeció—. Nunca quise ese beso, si se le puede llamar así.

Echó un vistazo a la habitación antes de continuar. —Guildford me tomó por sorpresa. Me agarró la cabeza y forzó sus labios sobre los míos. Me cortó el labio en el proceso.

Nash contuvo la respiración, indignado. —¿Dónde estabas cuando ocurrió este beso?

—En el camino entre mi casa y su propiedad. Había dejado caer mi pañuelo en algún lugar y volví sola a buscarlo. Él lo tenía y no quería devolvérmelo.

Nash frunció el ceño. Él y Laura se habían comprometido justo antes del decimoctavo cumpleaños de ella. —¿Qué edad tenías?

—Quince, y aún no había debutado. Sabía que si decía algo, podría terminar casada con él, y no quería eso.

Nash cerró el puño a su lado. —¿Ocurrió algo más que deba saber?

—No. Corrí a casa y no volví a confiar en Guildford después de eso. Lo evité durante un tiempo. Pero antes de que nos comprometiéramos, empezó a venir de nuevo. Pretendía visitar a mi padre por su salud, pero siempre intentaba encontrarme sola en los terrenos. Nunca lo alenté. Por eso empecé a caminar en la otra dirección, hacia el huerto donde te conocí.

—Padre de alguna manera sabía todo sobre el interés de Guildford, pero afirmaba que tú lo habías besado —le dijo Nash, irritado porque se había difamado el carácter de Laura cuando ella era inocente.

—Tu padre mentía mucho.

De repente, Jasper corrió a las ventanas que daban al camino de entrada y maldijo en voz alta. —Maldita sea. Guildford acaba de llegar a caballo y trajo a alguien con él.

—Lo haré esperar en la biblioteca mientras os despedimos —anunció Algernon. Miró a Nash —. Continuad con esto. Sacadlo todo ahora.

Nash estudió a su esposa, y su corazón se compadeció por su evidente vergüenza de que sus

hermanos hubieran escuchado cada palabra sobre Guildford. Sin embargo, debería habérselo contado hace mucho tiempo. Él debería haber estado aquí todos estos años para protegerla de canallas como él y detener el inicio de otros rumores. —Cuéntame el resto.

Ella volvió a tragar saliva. —Después de que naciera Thomas, Guildford vino a visitarme aquí algunas veces cuando tú te habías ido. Había desarrollado un interés por la medicina y se atrevió a instruirme en asuntos de salud femenina y la lactancia de mi hijo. Tu padre nos encontró sentados demasiado cerca un día —Guildford se movió hacia *mí*, no al revés— y pude ver que asumió que yo lo alentaba. Te fuiste de nuevo, y cada vez que intentaba no estar en casa para Guildford, el duque insistía en que me reuniera con él. Creo que quería que te fuera infiel, dándote motivos para una anulación o divorcio.

—La dote de Laura permanecería contigo en esas circunstancias, ¿no es así, Nash? —preguntó Jasper, acercándose mientras Algernon regresaba a la habitación.

—Lo habría sido —Nash lo ahuyentó con una mirada fulminante, recordando cómo su padre había presentado el carácter de Laura bajo la peor luz posible hasta el día de su muerte. Su padre creía que el divorcio era la única opción de Nash, ordenándole que se apresurara a casarse de nuevo después y que eligiera una novia más obediente esta vez—. La infidelidad ciertamente habría sido motivo suficiente.

—Pero el interés de Guildford en mí también era para avanzar en su estudio —susurró Laura.

—Sus conocimientos de curación son, en el mejor de los casos, los de un charlatán. Tenía muchas ideas que yo desaprobaba —murmuró.

—Y muchas más con las que tu padre estaba de acuerdo —Laura se estremeció—. La forma en que Guildford me mira siempre me incomoda. No soy un espécimen para ser estudiado.

—Claramente pensaba que lo eras si viene a visitarte después del nacimiento de cada niño —interrumpió Jasper.

Ella volvió a estremecerse y se acercó más a Nash justo cuando sonó la aldaba en la puerta principal. Tras un momento, el mayordomo entró en la habitación y susurró con urgencia a Algernon. El duque frunció el ceño—. ¿Qué podría querer? ¿Alguien está enfermo?

—No, su gracia —aseguró el mayordomo—. El Sr. Levinson se invitó a sí mismo para preguntar por la salud de Lady Sweet por su propia cuenta.

Laura retrocedió y él la rodeó con su brazo, preocupado por su reacción—. ¿Fue Levinson quien te sangró?

—Sí. Tu padre lo vigilaba de cerca.

—Bueno, nunca más volverá a tocarte, lo juro.

Laura dejó escapar un suspiro tembloroso y se relajó más en su abrazo—. Échalos —susurró.

—Mi hermano lo hará —prometió, mirando a su hermano mayor, quien asintió en señal de acuerdo.

—Sí, me encargaré de la sanguijuela con gran placer —prometió Algernon.

Jasper se frotó las manos—. Ya era hora.

—No te emociones demasiado, Jasper —advirtió Nash.

Jasper frunció el ceño—. ¿Pero la lastimaron? Guildford debe saber todo al respecto también.

—Hay otras formas de ponerlos en su lugar —prometió el duque.

—Aguafiestas —refunfuñó Jasper, besó a su futura novia en la mejilla y siguió al duque fuera de la habitación.

Sophie se quedó atrás, luciendo preocupada.

Laura puso su mano en el pecho de Nash—. Tal vez deberías ir con ellos. No quiero que se cree problemas por mi culpa.

Él tomó su mano y la llevó a sus labios, besando sus dedos desnudos—. Merecen lo que les venga, pero ni soñaría con darles la satisfacción de pensar que son nuestros iguales y pelear con ellos. Algernon los hará sufrir de maneras más sutiles. No valen la pena para que te preocupes más por ellos, así que por favor, sácalos de tu mente.

Ella suspiró y se apoyó un poco más en él. Nash sonrió y no se atrevió a moverse.

—¿Qué harás?

—Lo que tú quieras que haga —dijo y luego llevó a Laura a ponerse de pie y la condujo hacia su antigua institutriz y su hija—. Señora Radcliff, les deseo a usted y a Jasper un viaje seguro y espero con ansias su regreso como miembro de nuestra familia —dijo y luego tomó a Isabelle en sus brazos—. Dile a Jasper que se tome su tiempo para regresar de Londres.

Laura también se despidió y abrazó a la mujer mientras le deseaba un feliz matrimonio y un viaje seguro.

Nash alejó a Laura cuando pareció que no había más que decir y pasearon juntos por el largo pasillo.

Laura se dirigió directamente hacia la escalera más cercana y él la siguió. En las escaleras ella lo esperó, pero parecía nerviosa.

—Lamento no haber estado aquí para protegerte de las prácticas médicas de Levinson.

Ella inclinó la cabeza.

—Quiero ver lo que te hicieron —susurró—. Pero solo cuando estés lista para mostrármelo —Nash se inclinó y presionó un beso en su frente—. No hay ninguna buena razón para ocultármelas.

—Hay todas las razones para ocultar su fealdad de todos —dijo ella, estremeciéndose.

—Nada en ti podría ser feo jamás —prometió—. Eres hermosa, por dentro y por fuera.

Ella se balanceó hacia él por un momento y luego exhaló un suspiro tembloroso—. Mi señor, ¿no crees que ya es hora de la siesta de Isabelle?

Él notó su intento de cambiar de tema y lo permitió—. Sí, creo que debe serlo.

Nash instó a los niños a subir el último tramo y les dijo que se dirigieran hacia la guardería —. Abran su cama y espérennos allí —les gritó.

Luego rodeó a Laura con su brazo libre mientras comenzaban a subir el último tramo empinado. Laura no intentó alejarse hasta que llegaron al rellano cerca de la guardería. Se apartó de repente y suspiró—. Me gustaría estar sola por un rato.

Nash bajó la cabeza para ocultar su decepción. Entendía que estaba molesta por sus visitantes, pero no le gustaba mucho la idea de la separación—. ¿Quieres que acueste a Isabelle por ti?

Ella asintió—. Te agradecería que lo intentaras.

Nash había observado a Laura lo suficiente como para haber aprendido su manera de tratar a la niña—. ¿Te unirás a los niños y a mí para el almuerzo?

—Yo...

—Esperaremos el tiempo que sea necesario.

Ella asintió de nuevo y Nash volvió a acercarse. Puso sus dedos bajo su barbilla y levantó su rostro hacia el suyo—. Te protegeré de ahora en adelante. No tienes nada que temer aquí.

Esperó un momento y luego la besó suavemente en los labios allí mismo en el pasillo.

Laura lo permitió, pero tan pronto como él levantó la cabeza, ella comenzó a bajar las escaleras de nuevo. Nash rápidamente fue hacia la balaustrada y observó su descenso. Había sorprendido a su esposa besándola de nuevo, pero solo había sido para sellar su promesa. Su salud y su seguridad, sus necesidades, eran ahora lo primero para él, como debería haber sido

desde el principio—. Sabes dónde estaré cuando me necesites —le gritó—. No te ausentes por mucho tiempo.

CAPÍTULO QUINCE

Laura detuvo a Liam mientras se retorcía en sus brazos. —¿Estás listo?

—No.

—No tengas miedo. Estoy aquí contigo —le prometió a su hijo menor—. Puedes hacerlo.

Laura estaba de pie sobre un saliente que sobresalía del arroyo de agua corriente, con las piernas descubiertas hasta las rodillas y el vestido recogido para poder sumergir a su hijo menor en la poza más profunda frente a ellos. Lo soltó y él cayó, solo para resurgir inmediatamente.

Laura se apresuró hacia la parte menos profunda mientras él chapoteaba y nadaba de vuelta hacia ella, manteniendo la cabeza fuera del agua como le había indicado varias veces. Liam ya no tenía miedo de que el agua le cubriera la cara, no como la primera vez que lo había lanzado ese día.

Estaba ganando confianza pero cansándose, y también reía de una manera que hacía cantar su corazón. Realmente había extrañado las voces de sus hijos. Sus pequeños logros la hacían sentir completa.

Liam estaba aprendiendo a nadar mucho más rápido de lo que ella esperaba y disfrutando de su tiempo juntos lejos del palacio.

Por una vez, Nash había decidido no acompañarlos, pero se esperaba que llegara eventualmente. Ella se alegraba de eso. Él estaba de acuerdo con ella en que las lecciones de natación eran necesarias mientras el clima fuera bueno. Se uniría a ellos cuando Isabelle despertara de su siesta diaria.

Liam se puso de pie cuando alcanzó el agua menos profunda. —¿Podemos hacerlo otra vez?

—De acuerdo, pero esta es la última vez —Ella volvió a subir al saliente—. A tu mamá se le están cansando los brazos —Liam levantó los suyos una vez más, y ella lo alzó en alto—. Cielos, te has vuelto mucho más pesado desde que empezamos hoy. Juro que el agua te está haciendo crecer.

Echó un vistazo rápido a un lado. Thomas los observaba desde la orilla, pero había declinado participar en sus lecciones con Liam. Le apenaba eso. Él había sido como Liam cuando le enseñó hace tantos años. Siempre queriendo ser lanzado una vez más. Siempre riendo.

Ya no lo hacía con suficiente frecuencia.

Su partida lo había cambiado, volviéndolo casi tan serio como podía ser su padre.

Laura lanzó a Liam al agua, y él desapareció bajo la superficie una última vez. Observó el agua hasta que su cabeza emergió y luego le ordenó nadar hacia Thomas, donde el fondo era arenoso y mucho menos profundo.

Se unió a él allí y se sentó en una roca en la parte poco profunda, disfrutando del agua que le

corría por las pantorrillas. —Vas a ser un excelente nadador, Liam. Tan bueno como tu hermano.

—No, no será tan bueno como yo. Yo siempre soy mejor porque soy el mayor —anunció Thomas y se dirigió hacia el agua más profunda.

Ella se puso de pie de un salto. —Thomas, vuelve aquí.

—No. Puedo saltar yo solo y nadar —insistió, con las manos en las caderas—. No necesito que me lancen como a un bebé.

Ella lo persiguió, pero era demasiado tarde para detenerlo. Él se zambulló.

Cuando salió, estaba tosiendo fuertemente, e inmediatamente se hundió de nuevo.

Antes de que Laura pudiera meterse en el agua para rescatarlo, Nash pasó a su lado y atrapó a su hijo en sus brazos.

Levantó a Thomas por encima de la línea de agua mientras seguía tosiendo y escupiendo. Laura dejó escapar un suspiro de alivio de que ningún daño le hubiera ocurrido a su hijo mayor.

Pero ese alivio desapareció cuando escuchó lo que Nash le estaba diciendo a Thomas, y la fuerza detrás de sus palabras la hizo estremecerse.

Thomas se encogía y se retorcía para escapar del agarre de su padre.

Nash había perdido los estribos, aunque el peligro ya había pasado.

Laura se apresuró al borde del agua y extendió los brazos hacia su hijo. —Dámelo.

—No. Deliberadamente te desobedeció, y eso no será tolerado. Podría haberse ahogado, y tú también, si hubieras entrado más profundo con ese vestido pesado.

Thomas parecía a punto de llorar por la reprimenda, y ella extendió sus manos nuevamente.

—Pero no se ahogó, Nash. No habríamos permitido que eso sucediera —Ella se adentró más y puso su mano en el hombro de Nash—. Esto es entre Thomas y yo ahora. Vuelve a la orilla y sécate con Liam.

—Pero...

Ella apretó su hombro con más fuerza. —*Por favor*, Nash. Ve. Es importante.

Él miró la mano de ella en su hombro, y Laura retiró lentamente su toque.

—Muy bien —murmuró, y se dirigió de vuelta a la orilla con Liam.

Ella estudió a su hijo mayor hasta que se removió inquieto. Ya había sido suficientemente reprendido por su padre, pero ahora ya no corría peligro inmediato de ahogarse. Hizo un gesto para que se acercara. —¿Cuándo fue la última vez que viniste a la poza?

Thomas murmuró: —Contigo.

Años atrás. Ella le apartó el pelo mojado de los ojos y se estremeció. —Hasta que tu padre y yo estemos seguros de que estás listo para nadar solo de nuevo, no me desobedecerás. Alteraste a tu padre y me asustaste. Ahora, hazlo correctamente esta vez.

La mirada de Thomas se desvió hacia la orilla. —Pero papá dijo...

—Estoy observándote, y estaré justo aquí si necesitas ayuda de nuevo —prometió.

Mientras él se apresuraba a obedecer, ella miró hacia la orilla. Nash se había puesto de pie, pero ella extendió la mano hacia él, manteniéndolo a raya. Luego observó a Thomas vacilar en el borde.

Nash inadvertidamente le había hecho temer al agua.

—Salta —ordenó, decidida a ayudarlo a superar su incomodidad antes de que se convirtiera en un miedo arraigado.

Finalmente, saltó y salió rápidamente, con solo un pequeño jadeo por aire esta vez. Ella sonrió aliviada e intentó abrazarlo cuando se unió a ella, pero él evitó su toque. —Bien hecho, mi querido niño. Ahora hazlo diez veces más.

Thomas gimió, pero hizo lo que ella le pidió. Cuando terminó, se dirigieron a la orilla para

ver a Nash y Liam parados allí observando. Nash se había quitado su abrigo empapado, el chaleco y los zapatos. Apenas lo reconocía. Pero claramente seguía disgustado. Ella arqueó una ceja hacia Nash, señalando a Thomas hasta que finalmente entendió.

—Bien hecho, hijo —llamó, asintiendo.

Liam, sintiendo que la tensión había terminado, corrió hacia su hermano, prometiendo que cuando fuera lo suficientemente grande, también se zambulliría tantas veces. Laura los dejó jugar un poco más en las aguas poco profundas y fue al lado de su marido.

—Perdí los estribos —admitió él, pareciendo avergonzado.

—Sí, creo que lo hiciste un poco, pero no se produjo ningún daño.

—Debería saber mejor —Nash hizo una mueca—. Cuando Stratford se enteró de que su amigo casi se ahoga, desarrolló tal miedo al agua que ya no quería venir aquí con nosotros.

—Sí, escuché sobre Winston, y fue por eso que insistí en que Thomas aprendiera a nadar cuando era pequeño.

—No debería haber gritado de esa manera —admitió Nash, frotándose el pelo mojado y ahora rizado.

—Te asustó.

—Eso no es excusa para perder los estribos. Es solo un niño.

—Todos decimos cosas en el calor del momento que a veces deseamos no haber dicho —ofreció ella.

—Eso es cierto —dijo él lentamente, y luego la miró de reojo—. ¿Nadaste hoy?

No lo había hecho y no quería explicar por qué, así que ignoró la pregunta.

—¿Dónde está Isabelle?

—Algernon la tiene. Fui a hablar con él sobre terminar nuestras discusiones.

—¿Cómo te fue?

—Al final, inútil —dijo suspirando—. Le pedí que pusiera fin a las reuniones, pero se niega a entrar en razón.

—Lo hace sentir que tiene el control —decidió ella—. Pero no es así.

—No. En eso podemos estar de acuerdo. —Nash la miró de nuevo y de repente sonrió—. Creo que nadaré.

—Muy bien.

Se quitó la camisa de lino, revelando un físico bastante musculoso. Laura apenas pudo apartar la mirada de él y un rubor le calentó las mejillas.

Nash lo notó.

—¿Quieres acompañarme?

—No. Llevaré a los niños adentro para esas lecciones de las que siempre parloteas y rescataré a Isabelle del duque.

—No te vayas todavía —murmuró—. Espérame.

Nash era un nadador fuerte, a diferencia de muchos hombres de su edad. Siempre había estado en movimiento, corriendo de un lado a otro a instancias del duque. Esa vida de actividad y desafío le había sentado bien. Lo mantenía en forma. Pero nunca parecía capaz de relajarse completamente.

—De acuerdo, esperaré.

Se alejó a zancadas, levantando a los niños bajo sus brazos y saltando al agua profunda con ellos chillando.

Laura siguió al trío por la orilla un poco, pero finalmente se detuvo para verlos juguetear a distancia. Liam pronto nadó de vuelta hacia ella y las aguas poco profundas y salió de nuevo.

Pero Nash y Thomas permanecieron nadando en las profundidades, susurrando juntos. Pronto Nash tenía a Thomas en sus brazos y flotaron río abajo en la lenta corriente con un alegre saludo.

Un suspiro inesperado escapó de sus labios. Claramente, Nash podía ser dulce e incluso impulsivo. Pero las posibilidades de que eso ocurriera a su alrededor siempre habían sido menos frecuentes de lo que le hubiera gustado. Verlo ahora con Thomas en el agua le recordaba todas las cosas que había esperado que fueran como marido y mujer y como familia.

Liam tiró de su manga.

—Tengo frío.

—Oh, por supuesto, cariño. Te envolveremos bien en una manta y te secaremos de nuevo. Los otros dos no tardarán mucho, supongo.

—Sí, mamá.

Él se fue primero, y ella se quedó atrás un momento, viendo a su marido y a su hijo alejarse en la lenta corriente. La creciente distancia le dio una sensación de pánico, hasta que se reprendió a sí misma por ser tonta. Nash no dejaría que le pasara nada a Thomas.

Mantuvo su atención en su hijo menor y se apresuró a quitarle las prendas mojadas, secarlo y vestirlo con las prendas frescas y secas que había traído con ellos.

Cuando terminó, él la abrazó sin decir una palabra. Laura se sentó en una manta y casi se echó a llorar cuando Liam se acurrucó en su regazo como el bebé que era cuando lo dejó atrás.

—¿Podemos venir aquí mañana?

—Mañana no. Espero ver cómo montas a caballo mañana.

—No me gustan los caballos tanto como a Thomas —admitió Liam.

—Bueno, aun así quiero verte montado en uno. —Le arregló el pelo con los dedos y él se inclinó hacia su toque—. No te preocupes, estaré vigilándote.

Él tomó su mano y se la envolvió alrededor.

—Me gustaría eso.

Laura estuvo a punto de echarse a llorar de nuevo por la forma en que Liam la había aceptado de vuelta en su vida. Era el más sensible de sus hijos y el único que la buscaba para recibir afecto. Lamentaba tener que dejarlo pronto.

Cuando levantó la vista, vio a Thomas caminando hacia ella temblando de frío, con Nash detrás.

Apartó suavemente a Liam de su regazo y recogió un paño para que Thomas pudiera secarse. Pero él rechazó su ayuda. Se quedó torpemente a un lado mientras él luchaba por secarse sin ayuda. Le fue pasando un cambio de ropa pieza por pieza, y él se apartaba de ella para vestirse cada vez.

Una pequeña mano se deslizó en la suya y la apretó. Laura se aferró a Liam, luchando por no sentirse menospreciada por su primogénito. Al menos uno de sus hijos aún la quería cerca. Aunque no podía culpar a Thomas por castigarla de la única manera que un niño podía. Había aprendido a vivir sin ella.

Thomas se apresuró hacia la mansión, convenciendo a Liam de que fuera con él. Ella suspiró y sacudió la cabeza. Tal vez nunca recuperaría la confianza de Thomas, y eso era completamente su culpa.

Nash se aclaró la garganta.

—Tus faldas, Laura.

Ella miró hacia abajo. En su preocupación por vestir a Liam y luego a Thomas, se había olvidado completamente de quitarse los alfileres de las faldas. Actualmente estaba mostrando mucha pierna, y su marido definitivamente estaba disfrutando de la vista.

Desafortunadamente, los alfileres se negaban a ceder. Un rubor le calentó las mejillas mientras luchaba y fallaba.

—Iré en un minuto. Adelántate sin mí.

—No. Déjame ver.

—No. ¡No te necesito! —Respiró temblorosa, sabiendo que su enojo no era con Nash sino consigo misma—. Perdóname.

Él suspiró.

—Has dejado abundantemente claro que no me necesitas, pero el vestido sí, a menos que desees hacer un agujero en la prenda.

Ella resopló y levantó las manos en señal de derrota.

—Está bien.

Nash se acercó, aún con el pecho desnudo, y se arrodilló ante ella. Sus músculos del hombro ondularon mientras sus manos se alzaban para tocar sus faldas y suavemente quitó alfiler tras alfiler, girándola lentamente para hacerlo.

Sus manos bajaron, alisando sus faldas hasta el suelo antes de que ella pudiera pensar en hacerlo ella misma. De alguna manera, sus dedos incluso rozaron su tobillo, y ella se estremeció por el frío de su toque.

Él levantó la vista lentamente.

Ella contuvo la respiración mientras Nash se levantaba hasta que su rostro quedó al nivel de su amplio pecho. Tenía la piel de gallina.

—Tienes frío.

—No lo siento. No a tu alrededor.

Ella tuvo que forzar su mirada hacia arriba para encontrarse con la suya.

Sus ojos se mantuvieron fijos durante demasiado tiempo y una oleada de calor recorrió su cuerpo.

Nash no retrocedió, y Laura apenas podía respirar por la creciente tensión que se agitaba entre ellos ahora.

—Desearía que te hubieras unido a mí en el agua —susurró Nash, y sus dedos se posaron suavemente en su cintura—. Los chicos no deberían haber sido los únicos disfrutando de un baño.

—No es importante.

Sus ojos se entrecerraron.

—Para mí sí lo es. Quiero que disfrutes estar aquí con nosotros otra vez —dijo en voz baja —. Conmigo también. Me habría gustado verte sin ese vestido.

Ella jadeó.

—No me disculparé por decir eso. —Apartó la mirada—. Eres mi esposa y tienes una hermosa figura. Me gustaría verla a la luz del día una vez antes de...

Antes de que se divorciaran.

Laura se apartó de Nash, consciente de que aún lo encontraba deseable como hombre y que él claramente aún la deseaba. Era inquietante cómo persistía la lujuria y cuán fácil podría ser ceder a esos sentimientos.

Ella también anhelaba sentir su cuerpo contra el suyo una última vez. Pero, por supuesto, era demasiado tarde para eso.

La mano de Nash se posó en su hombro, más cálida ahora y cautivadora, pero cuando ella se estremeció, él pasó de largo para recoger su ropa mojada sin decir una palabra más.

Exhaló, creyendo que el momento de debilidad había pasado. Él solo se puso la camisa de

lino fino sobre la cabeza, pero aún estaba mojada y se adhería a los músculos abultados de sus brazos y torso. Laura trató de no mirar fijamente.

—Laura. Mientras estés aquí, quiero saber todo lo que haces y piensas. No deseo terminar nuestro matrimonio con secretos y enojo en nuestros corazones.

—Si Algernon se sale con la suya, conocerá todos nuestros secretos también —se quejó ella.

—Podríamos simplemente sentarnos juntos la próxima vez y no responder a sus preguntas. No puede realmente castigarnos por no responderle.

—Pero podría no apoyar nuestro divorcio —argumentó ella.

—Hay cosas que sucedieron entre nosotros que deberían seguir siendo solo nuestros recuerdos —insistió Nash—. También deberíamos hablar pronto sobre lo que harás después de que te vayas.

—¿Por qué?

—Porque me importa lo que será de ti. Eres la madre de mis hijos y has sido parte de mi vida durante casi la mitad de ella. Eso es más tiempo incluso que mi madre.

Su confesión la sorprendió hasta dejarla sin palabras. Nunca había creído que pudieran ser confidentes el uno del otro. Pero ahora, al final, Nash de repente quería serlo.

Él también era la única constante en su vida.

—Muy bien. Le daremos al duque el tratamiento del silencio la próxima vez y veremos cómo lo toma.

—Probablemente no muy bien —dijo Nash con una sonrisa inesperada—. Pero siempre nos decía a los hermanos que la adversidad forja el carácter.

—Me gustaría verlo frustrado por una vez.

—No es bonito. —Se rio y señaló hacia la mansión, y continuaron su caminata tras los niños. Después de unos metros en silencio, Nash se volvió hacia ella—. Quiero hablar contigo de nuevo sobre la noche en que fue concebida Isabelle.

Ella sintió que sus mejillas se calentaban.

—¿Qué estabas pensando al acercarte a mí en un lugar así, de esa manera? ¿Y si no hubiera sido yo en la oscuridad sino un extraño?

—Pero *eras* tú.

—¡Estaba tan oscuro en mi rincón de la habitación que apenas podía verte!

—Pero así es como siempre estábamos juntos. En la oscuridad de mi habitación. Tú siempre me encontrabas, y yo siempre te encontraba a ti.

Había estado sola la noche en que concibieron a Isabelle, y cansada de estar sola durante tanto tiempo también. Escuchar que su marido se lo había pasado en grande asistiendo a bailes y fiestas como el baile de máscaras sin ella durante esa temporada la había vuelto imprudente.

Cuando lo había visto mirando a otras mujeres mientras pasaban junto a él, su temperamento había podido más que ella. Él era *su* marido, no el juguete de otra mujer. Se había acercado a su rincón en sombras, y él la había visto, y con un solo gesto de su dedo, su sensatez había volado.

Nash la miró a los ojos.

—Fue bueno entre nosotros esa noche, ¿verdad?

—Sí —admitió lentamente.

—Sentí una conexión que nunca he experimentado con nadie más que contigo.

—Entonces, ¿*hubo* otras mujeres?

—No. No quise a nadie más que a ti desde el día que nos conocimos. ¿Y tú?

—Me conoces.

La comisura de sus labios se elevó.

—¿Te conozco?

—No me interesan los hombres.

Nash gruñó.

—No mientas.

—No lo hago. Nunca imaginé a otro hombre en mi cama.

Él se detuvo, clavándole una mirada dura.

—¿Me has imaginado a *mí* desde nuestra separación? ¿Soñaste conmigo en tu cama?

Laura apretó los labios. La existencia de su tercer hijo probaba que había deseado a su marido al menos una vez más.

—Sí.

—Bien. Quiero tenerte de nuevo —dijo él.

—¿*Tenerme*? ¿Te refieres a visitar mi alcoba, separarnos cada mañana y no hablar hasta que sea hora de hacer el amor de nuevo?

—Estamos hablando del ahora, no del pasado —dijo Nash y comenzó a caminar de nuevo.

—Si no fuera por tu deseo de divorcio, y Algernon con su maldito reloj de arena, nada habría cambiado entre nosotros. No puedes tener una esposa y mantenerla a distancia. No lo permitiré. Hemos terminado.

La mano de Nash se movió rápidamente y la acercó.

—No hemos terminado, y me queda muy poco tiempo para demostrar que merezco tu confianza. Eres *tú* quien me mantiene a distancia ahora, Laura, pero si alguien va a visitar la alcoba de alguien, debes ser tú viniendo a la mía al fin. Algo que nunca hiciste cuando nos casamos por primera vez. Yo siempre tenía que ir a ti.

Laura se zafó de su agarre.

—Nunca fui bienvenida en tus aposentos. Tu ayuda de cámara cerraba con llave la puerta entre nuestras habitaciones cada mañana y la abría por la noche justo antes de que vinieras a la mía.

Nash la miró fijamente, claramente sorprendido.

—Nunca le dije que hiciera eso.

—Bueno, alguien lo hizo —gruñó ella—. Te dije que todos aquí estaban en mi contra.

—Nunca se pretendió que fuera así —prometió Nash, sacudiendo la cabeza.

Una gota de agua se deslizó por su mejilla, y a ella le picó la mano por limpiársela. Venció el impulso y negó con la cabeza.

—Romperás mi corazón de nuevo cuando la novedad de tener una esposa se desgaste otra vez y te vayas. No puedo vivir así.

—No tendrás que hacerlo —replicó él—. Te lo prometo.

—Ya he oído eso antes, y aun así te fuiste.

—¿Mamá?

Laura se giró rápidamente para ver que su hijo mayor había regresado y los observaba discutir con ojos muy abiertos. Forzó una sonrisa en su rostro al ver su expresión.

—¿Sí, Thomas?

Él señaló hacia la casa.

—Liam se golpeó el dedo del pie y no deja de llorar por ello. Quiere que alguien lo lleve a casa. Te quiere a ti.

Laura se recogió las faldas y corrió hacia su hijo menor, que estaba sentado en el suelo a cierta distancia, abrazando su pie y llorando a gritos.

Por una vez, Nash no intentó tomar el control.

CAPÍTULO DIECISÉIS

—Liam es un bebé —se quejó Thomas.

—Tú también llorabas cuando te lastimabas. No es malo querer el consuelo de los brazos de tu madre —Nash frunció los labios, esforzándose por no seguir a Laura demasiado de cerca en caso de que lo necesitaran. No le gustaba cuando discutían, especialmente cuando no tenía defensa. La había dejado sola aquí demasiado tiempo, y ella lo había necesitado mucho.

Esperó hasta que Laura puso a Liam de pie y juntos, con Liam cojeando, se dirigieron de nuevo a Ravenswood.

Puso su mano en el hombro de Thomas y comenzaron a regresar a la mansión juntos a un ritmo más lento.

—Papá, ¿puedo preguntarte algo?

Nash asintió.

—¿Por qué mamá habla de irse?

Inhaló. Se había preguntado cuánto tiempo tardaría Thomas en preguntar sobre eso. Era el más observador de los niños debido a su edad. —Mamá está enojada conmigo porque hice algo muy malo. Herí sus sentimientos, y aún no ha terminado de darme la reprimenda que merezco.

—Tú nunca te enojas con nosotros por tanto tiempo cuando nos portamos mal.

—Bueno, yo hice algo malo por mucho más tiempo del que tú jamás lo has hecho —le revolvió el cabello a su hijo.

—Ella se fue y nunca la volvimos a ver —se quejó Thomas—. ¿Ya no nos amaba?

—Tenía buenas razones para irse, pero escúchame: no importa cuánto discutamos mamá y yo, eso no tiene nada que ver con lo que ella siente por ti y tu hermano. Los ama mucho a los dos.

—¿Y a Isabelle también?

—Y a Isabelle.

—¿Tú amas a Isabelle?

—Sí, tanto como a ti y a tu hermano.

Thomas se mordió el labio. —Me gusta mucho Belle.

—*¿Belle?*

Thomas asintió y Nash rió suavemente, gustándole el apodo para su hija. —Bueno, me alegra oír que te gusta. Algún día necesitará que su hermano mayor la proteja —dijo Nash y atrajo a su hijo hacia su costado.

Las cosas habían cambiado para todos con el regreso de Laura. Nash nunca había hablado de sus sentimientos con su hijo, por ejemplo. Pero le gustaba cómo eran las cosas ahora. Nunca

había sido amigo de su propio padre, pero esperaba serlo para Thomas, Liam e Isabelle también. Pasar tiempo con los niños y Laura le había dado un sentido de pertenencia y propósito, muy diferente a cómo se sentía con respecto a sus hermanos.

Así es como deberían haber sido las cosas desde el principio, o como podrían ser si Laura pudiera alguna vez pasar por alto sus defectos y pedir quedarse.

Suspiró. Aún había tiempo para pensar en una forma en que ellos también pudieran convertirse en amigos.

Cuando llegaron a Ravenswood, envió a Thomas a buscar a su madre y fue en busca de Algernon. Sin embargo, no estaba seguro de por qué quería ver a su hermano, aparte de recuperar a Isabelle. Algernon simplemente enviaría a Nash de vuelta con Laura inmediatamente.

Pero pensó que un poco de distancia después de su última discusión podría ser necesario.

Algernon estaba en una ventana del frente cuando Nash lo encontró.

—¿Dónde está Isabelle?

—Ya está con su madre.

—Oh —dijo, decepcionado de haber sido vencido en llegar a la niña.

—Dios mío, ahora no —se quejó Algernon.

—¿Qué estás mirando? —Nash también echó un vistazo al camino de entrada y jadeó en voz alta.

Michael Sweet, un primo al que preferían ignorar, estaba de pie en el camino junto a su carruaje y cuatro caballos.

—¿Qué diablos está haciendo aquí?

—Él es la menor de nuestras preocupaciones. Mira quién está con él —ordenó Algernon, señalando de nuevo el carruaje, donde una dama de cabello gris estaba siendo ayudada a bajar por los sirvientes—. ¿Qué vamos a hacer con *ella*?

Lady Violet Eugenia Sweet, la hermana menor de su padre, había vuelto a casa, y su expresión amarga seguía en su lugar.

—Dios mío, la tía Violet no ha estado aquí desde que enterramos a madre. Estamos en problemas —respondió Nash, intentando esconderse para que no lo vieran mirando boquiabierto por la ventana.

—No augura nada bueno tenerlos a los dos juntos —se quejó Algernon, enderezándose el chaleco y alisándose el cabello.

Nash frunció el ceño a su hermano mayor. —Ya no eres un niño. Ahora eres el duque. Ella no puede darte órdenes como antes.

—Siempre seré ese niño rebelde para ella, y ella siempre me dirá lo que debo hacer. No finjas que a ti tampoco te aterroriza.

—Sí, pero yo soy solo el repuesto —respondió Nash, apresurándose a poner en orden su ropa a pesar de seguir mojado por su baño. La tía Violet había aterrorizado a todas las ramas de la familia en un momento u otro. Los había mirado por encima de su larga nariz y los había criticado por lo que ella llamaba una vergonzosa ausencia de carácter moral en la familia en general.

Sin embargo, en los últimos años, se había mantenido más o menos en su pequeña finca, finalmente considerándolos a todos indignos de su compañía y opinión. Pero escribía a todos constantemente, menospreciándolos por cualquier chisme que escuchara. Padre había preferido tenerla lejos de todos ellos, y ella había jurado que prefería estar lejos de él también.

Padre había creído que su hermana era una desgracia por no casarse con una familia adinerada. Ella lo había contrariado al no casarse en absoluto.

La anciana caminaba ahora con dos bastones, en lugar de solo uno como él recordaba cuando era niño, pero aún así subía las escaleras a un ritmo ágil, ignorando el ofrecimiento de ayuda de su primo Michael.

—Lo último que supe es que Michael estaba en Derbyshire —susurró Nash. Manteniendo su voz baja porque aunque la tía Violet aún no había entrado, tenía un oído excelente. Escuchaba cosas que todos los demás parecían perderse.

—Nuestro primo ha estado viajando mucho últimamente. Su hermana mayor se quejó de ello conmigo en el desayuno de la boda de Amity —confió Algernon—. Vamos. Debemos recibir a nuestros inesperados invitados con una sonrisa.

A veces, Nash no siempre apreciaba ser incluido en el recibimiento de los visitantes de su hermano. Esta era una de esas veces. Pero tendría que hablar con su tía eventualmente, supuso, así que no tenía sentido retrasar la inevitable reprimenda. Mejor terminar con el incómodo encuentro de inmediato.

Llegaron al vestíbulo de entrada cuando el mayordomo de Ravenswood daba la bienvenida a la tía Violet de vuelta a la finca con deleite transparente. La mujer, de casi sesenta años ahora, lo miró de arriba abajo y luego asintió. —En casa al fin.

Algernon dio un paso adelante. —Tía Violet. Un placer tenerla de visita.

Ella también lo miró de arriba abajo, con una ceja levantada. Frunció el ceño. —Uno no visita su propia casa, Su Gracia. Uno regresa.

Y entonces hizo algo extraordinario. Hizo una reverencia a su sobrino, el nuevo duque de Ravenswood. Algo que Nash nunca pensó ver en su vida. Ella tenía poco respeto por su padre cuando ostentaba el título.

Algernon también parecía atónito y miró discretamente a Nash antes de hacer una reverencia en respuesta.

Nash miró a Michael, pero este no parecía tener interés en el extraordinario intercambio.

La última vez que tía Violet y Algernon habían estado en la misma habitación, ella lo había golpeado fuertemente con su bastón y le había dicho que se marchara. Habían discutido sobre su negativa a tomar esposa. Algernon se había negado a ceder ante sus exigencias, al igual que lo había hecho con las de su padre.

—¿No quiere pasar al salón, tía? —dijo Algernon.

—Prefiero la sala de estar. Las damas deberían estar allí a esta hora, ¿no es así?

—Yo... Ah —balbuceó Algernon.

Tía Violet golpeó sus bastones contra el suelo de parqué.

—¿No me digas que no sabes todo lo que ocurre en tu propia casa?

—Por supuesto que sí, pero yo, eh... —Algernon lo intentó de nuevo, aparentemente sin palabras, y miró a Nash en busca de ayuda.

Tía Violet comenzó a reír.

—Veo que las cosas finalmente han mejorado por aquí, si no estás metiendo la nariz en los asuntos de todos como solía hacer tu padre —se dio la vuelta—. Confío en que mi habitación esté preparada y que el té ya haya sido enviado a la sala de estar, Seymour. Quiero ver a todos allí en exactamente veinte minutos.

Se marchó sin esperar su respuesta ni a que nadie la guiara por la casa en la que había crecido.

Nash miró a Michael, quien no siguió a su tía.

—¿Qué hace ella aquí?

—¿Cómo voy a saberlo? —protestó Michael—. ¿Crees que yo quería venir a Ravenswood?

Tía Violet envió una carta exigiendo un carruaje y mi escolta. No supe hacia dónde nos dirigíamos hasta la mañana en que partimos. Está tramando algo.

—Claramente se suponía que debías ser testigo —reflexionó Algernon.

—En realidad, dijo que podía irme tan pronto como quisiera —dijo Michael—. Así que me voy. Buena suerte con ella.

—Puedes quedarte la noche —ofreció Algernon, sorprendiendo a Nash. No apreciaban particularmente la compañía de Michael, aunque lo preferían a su horrible primo George—. Si quieres, claro.

Algernon se alejó, dando una orden al mayordomo para que preparara otra habitación de invitados, quien había vuelto corriendo para reunirse con ellos. El mayordomo susurró al oído del duque.

Nash mantuvo un ojo discreto en su primo, quien tampoco parecía nada curioso por los susurros.

Algernon despidió al mayordomo.

—Parece que no ha venido para una visita breve —les informó—. Ha venido a casa para quedarse.

Ambos miraron a Michael, quien solo se encogió de hombros.

—Eso explica la necesidad de mi carruaje, cuando ella tenía uno perfectamente bueno aunque más viejo que podría haber usado. El segundo carruaje resultó ser más lento que el mío y probablemente llegará más tarde esta noche con el resto de su equipaje y sirvientes.

Algernon se pasó una mano por el pelo.

—Será mejor reunir a todos, y me refiero a todos, en la sala de estar. Acabemos con la sorpresa de una vez.

Michael arqueó una ceja, pero Nash ignoró la expresión de su primo.

—Iré a buscar a mi familia ahora.

Nash subió apresuradamente las escaleras, dejando a Algernon para que explicara que Laura había regresado con otro niño en brazos.

Encontró a su familia en la habitación de Laura, ella frente al espejo de su tocador, arreglándose el cabello. Los niños la observaban con evidente fascinación. Isabelle estaba sentada en el suelo entre ellos, ignorando todo excepto el dobladillo de su vestido.

—Supongo que vieron el carruaje en la entrada.

—Sí. Están listos para conocerla —prometió Laura, alisando el cabello de Liam. Los niños habían sido rápidamente vestidos con ropa limpia y fresca, con el cabello cepillado, y parecían emocionados.

Nash cogió a su hija antes de que pudiera meterse en la boca la tela del vestido de Laura. Condujo a su familia escaleras abajo hacia la sala de la mañana y el encuentro con su tía.

Laura se escabulló frente a él en la puerta y corrió a través de la habitación. Se arrojó a los pies de la anciana y, para su asombro, ambas se abrazaron.

—¿Cómo estuvo tu viaje, tía Vi?

—Tedioso, querida. Ese chico no es muy conversador, ¿verdad?

Isabelle gorjeó y se retorció en sus brazos, y Nash luchó por mantenerla quieta.

Laura rio suavemente.

—Es tan inteligente como presume, sin embargo.

Nash entrecerró los ojos con sospecha ante el elogio de Laura hacia un primo con quien había tenido poco trato mientras estuvieron juntos. ¿Cómo podía conocer tan bien al primo Michael?

—Sí, supongo que debe serlo. Todo de lo que se dignó hablar fue de inversiones y qué podría

hacer yo con mi dinero y propiedades, como si yo no supiera ya cómo funciona el mundo. No escuché ni una palabra sobre la búsqueda de una esposa adecuada o posibles parejas para sus pobres hermanas.

—Dale tiempo. Aún es joven —instó Laura, finalmente volviéndose para enfrentar a la habitación. Hizo un gesto a sus hijos para que se acercaran—. Thomas, Liam, esta es vuestra tía, Lady Violet Sweet. ¿La recordáis en absoluto?

Los niños negaron con la cabeza mientras la anciana los examinaba de arriba abajo.

—Un par sano y fuerte, a pesar de haber crecido aquí bajo el yugo de mi hermano —levantó uno de sus bastones y lo apuntó hacia cada uno de ellos. Su mirada se estrechó—. Veo a vuestro padre en vosotros.

Nash se tensó, listo para interponerse entre ellos, anticipando un golpe de ese bastón que no podían merecer de ninguna manera.

En cambio, su bastón se desvió.

—Hay pastel allí, niños. Una porción cada uno. Nada de atiborrarse como solía hacer vuestro padre.

Nash pudo sentir cómo se le calentaba el rostro. Los niños se dirigieron directamente a la mesa, cada uno tomando un plato y sirviéndose una rebanada. Dieron pequeños bocados, y él estaba muy impresionado con sus buenos modales. Mantenían los ojos en la anciana, pero no parecían temerle.

Tía Violet asintió con aprobación y volvió su mirada entrecerrada hacia Nash. Luego sus ojos oscuros se posaron en Isabelle, acurrucada a salvo en sus brazos.

—Tráeme a la niña. Ahora.

Nash no quería entregar a su hija a su tía. Ella se retorció y gorjeó mientras él se mantenía firme.

Laura se puso de pie, frunciendo el ceño hacia él.

—¿Nash? Por favor.

A regañadientes, y solo porque Laura se lo pedía, acercó a su hija a una mujer que probablemente también la criticaría.

Laura tomó a Isabelle de sus brazos y la depositó inmediatamente en el regazo de la anciana. Los bastones cayeron a un lado mientras tía Violet abrazaba fuertemente a su pequeña. Su sonrisa era deslumbrante.

—Ha engordado desde la última vez que la vi.

La mirada de Nash voló hacia Laura con sorpresa, pero ella no lo estaba mirando. Se arrodilló de nuevo junto a la anciana y sonrió.

—Ella también te extrañó terriblemente —aseguró Laura con una risa juguetona.

Su tía sostuvo a Isabelle separada de ella, estudiándola, y sus ojos brillaron con diversión. —Y así debería ser. Ella es mi favorita, y yo simplemente debo ser la suya.

Nash sintió que sus piernas se debilitaban. ¿Laura había vivido con la tía Violet? Claramente se conocían bien, y su tía conocía lo suficiente a Isabelle como para ver los cambios en ella.

Se hundió en la silla más cercana, con la mente dando vueltas.

Laura había estado con un miembro de su familia en algún momento, pero no con uno que él hubiera pensado visitar. Nadie visitaba voluntariamente a la tía Violet... y así era como Laura se había mantenido oculta de él, y probablemente de su padre también. Podría haber encontrado fácilmente a su esposa y a su hija, si hubiera estado en mejores términos con su tía.

Algernon llegó, claramente sorprendido también por la vista de Isabelle en los brazos de la tía Violet. Se recuperó rápidamente y lo miró.

—Llévatela ahora —dijo la tía Violet, dejando primero un beso en la mejilla de la niña antes de entregarla—. Casi es demasiado pesada para que la sostenga por mucho tiempo.

Laura la tomó en sus brazos, besó a Isabelle también, y se la llevó de vuelta a él. Se volvió hacia la tía Violet. —Todo está organizado como usted desearía.

Nash volvió su mirada hacia su esposa de nuevo y la mantuvo allí. Laura parecía encantada con su propio anuncio. Había sabido que su tía vendría a Ravenswood y no había pensado en advertirles. La tía Violet una vez juró que nunca volvería a Ravenswood sin una buena razón. Laura y la tía Violet no habían pasado mucho tiempo juntas, ¿o sí?

La tía Violet no había venido al funeral de su padre y había declinado asistir al desayuno de bodas de la prima Amity. Pero estaba aquí ahora, y claramente complacida de estarlo.

Laura podría ser la razón por la que había regresado, ¿o tal vez era Isabelle quien la atraía de vuelta a casa?

No podrían ocultar nada a la tía Violet si se quedaba para siempre. Ella se enteraría de las deudas que su padre había contraído y lo que habían hecho para salvar la propiedad. Nash también tendría que lidiar con las quejas de su tía cuando Laura finalmente lo dejara.

—Maldición —susurró.

—Maldito, en efecto —le respondió la tía Violet, sonriendo—. Claramente sigues siendo el más inteligente de los hijos de mi hermano si entiendes la situación en la que te encuentras ahora.

—Echábamos tanto de menos tu soleada disposición, tía —Algernon puso los ojos en blanco y se inclinó para recoger los bastones de la anciana—. Su habitación está lista, por si desea retirarse y descansar después de su largo viaje.

—Me iré cuando esté lista y ni un momento antes, muchacho. ¿Dónde están los otros? ¿La nueva esposa, en particular?

—Stratford y Win están visitando al señor Aston. Los espero de vuelta cualquier día de estos.

—Será bueno ver al viejo diablo de nuevo. El único amigo de vuestro padre con algo de sentido —dijo, y luego se rió entre dientes—. Aunque su vista siempre ha dejado mucho que desear. —Miró alrededor de la habitación otra vez, con los labios fruncidos—. ¿Y el otro? El tonto. ¿Cómo se llama?

—¿Jasper? Me temo que acaba de perderlo. Se ha ido a Londres esta misma mañana con la mujer con la que se casará.

—¿Y su nombre?

—Sophie Radcliffe.

Los ojos de la tía parpadearon entre Laura y Nash. —La institutriz.

—Sí, estoy segura de que serán muy buenos juntos —prometió Laura.

—Yo seré quien juzgue eso. —La tía Violet mantuvo su mirada entrecerrada en Laura, y luego sus ojos se abrieron con evidente sorpresa—. No me digas que es otro matrimonio por amor.

—En efecto, lo es —admitió Nash.

La tía Violet se rió, un sonido oxidado, como si no estuviera acostumbrada a tales cosas. —Mi hermano debe estar inquieto en su tumba. Debo salir y echar sal en sus heridas y aumentar el escozor que mi regreso debe estarle causando.

Nash miró hacia afuera y vio que había comenzado a llover. —Quizás cuando el tiempo mejore —sugirió.

—Llovió el día que murió vuestra madre. —La tía Violet resopló—. Si tan solo ella estuviera aquí para veros a todos. Ahora. Dejadme.

Algernon dio un paso adelante. —Tía, ¿me permite ayudarla a levantarse?

—No apruebo el mimo a ninguna edad —insistió mientras le arrebataba los bastones—. Pero envía al mayordomo para que me atienda. Tenemos mucho que discutir, él y yo.

Aunque claramente desconcertado por lo que su tía y el mayordomo tenían que hablar, Algernon inclinó la cabeza y huyó. Laura se despidió lentamente, claramente reacia a dejar a la anciana tan pronto.

—Ven a verme mañana cuando puedas y hablaremos de nuevo —prometió la tía Violet.

Nash fue el último en salir de la habitación. Él e Isabelle. Llevó a la niña hasta su tía.

Isabelle pataleó, claramente reconociendo el rostro de la anciana.

La mujer se rió. —Esa niña es un regalo.

Él abrazó a Isabelle contra sí. —Estoy totalmente de acuerdo.

La anciana frunció el ceño. —Me refería a tu esposa.

Nash no respondió a eso, pero también estaba de acuerdo con ella en eso. Laura había sido un regalo que no había apreciado lo suficiente.

Se despidió de su tía justo cuando llegaba el mayordomo. Seymour pasó apresuradamente junto a él y cerró la puerta en la cara de Nash. Dentro, oyó a su tía empezar a dar órdenes, pero lo que le estuviera diciendo a Seymour que hiciera ya no era asunto suyo.

Nash paseó por la casa con Isabelle, hablándole y dirigiéndose lentamente hacia los pisos superiores, reflexionando sobre por qué no estaba enojado por haber sido engañado por su propia tía. Ella había ocultado deliberadamente a Laura de él, y probablemente también de su padre. Pronto decidió que no tenía ningún derecho a estar enojado por lo último.

Laura había estado a salvo, protegida por un pariente mayor suyo durante estos últimos años. La nueva información y las entradas de su diario lo aclaraban todo. La tía Violet siempre había sido ferozmente devota de las mujeres de la familia. Había sido la única amiga de su madre.

Se detuvo en el pasillo al oír voces alzadas con ira. Giró hacia el sonido para encontrar a Algernon y Michael casi agarrándose del cuello fuera de una habitación de invitados.

Rápidamente se interpuso entre ellos. —Basta.

—Él empezó —se quejó Michael, como si todavía tuvieran doce años y les hubieran negado un asiento en la mesa de la guardería de los niños mayores para cenar.

—No me hagas terminarlo de nuevo —amenazó Algernon—. Él no te debe nada, sin importar lo que padre te haya prometido.

—Esto no tiene nada que ver con tu padre.

Nunca había habido mucho amor entre ellos y sus primos en el pasado. Su padre había enfrentado a George, Michael y Algernon entre sí desde el nacimiento. Michael, sin embargo, había crecido sin hermanos que lo respaldaran y tenía un resentimiento de una milla de ancho.

Isabelle gimoteó, sintiendo la tensión en el aire, y él la abrazó, meciéndola hasta que se calmó. Le dio un beso en la frente y estudió a su primo por encima de la cabeza de la niña. —El tío no quiere lastimar al primo Michael, cariño, pero papá lo hará si tiene que hacerlo. ¿Cuál parece ser el problema?

—Dice que le debes —gruñó Algernon.

Nash frunció el ceño. —¿Por qué?

—Mirarte la cara es suficiente —replicó Michael.

Nash le entregó a Isabelle a su tío. Nash podía librar sus propias batallas. —¿Te has mirado al espejo últimamente, primo? Cuanto más envejeces, más te pareces a nosotros en tu aspecto.

El rostro de Michael se sonrojó. —No me parezco en nada a vosotros.

—En el aspecto, no en el carácter —admitió Nash—. Estoy seguro de que tu padre hizo un mejor trabajo criándote que el nuestro. Lo que significa que sabemos exactamente cómo tratar

con los alborotadores. Nos hemos contenido de enseñarte esa lección muchas veces en el pasado, pero nuestra paciencia tiene límites. Mi hermano te invitó a quedarte sin segundas intenciones. ¿No podemos enterrar los desacuerdos pasados y hablar con civismo por una vez?

Michael se echó hacia atrás sobre sus talones, como si no hubiera esperado ningún intento de reconciliación. Pero se recuperó rápidamente. —Aún se me debe algo.

—¿Exactamente por qué?

—Por esa niña, para empezar. No la tendrías si no fuera por mí.

Los ojos de Nash se entrecerraron mirando a su primo, notando la beligerancia de su mirada y el regreso de una sonrisa burlona. Detrás de él, Algernon jadeó, malinterpretando el comentario, pero Nash no mordería el anzuelo. No había ninguna impropiedad relacionada con Isabelle. —¿Exactamente por cuánto tiempo has sido su cochero?

—La tía Violet es una amenaza —dijo Michael, con la cara poniéndose escarlata—. No tiene derecho a dar órdenes a un hombre adulto.

—Pero aun así seguimos sus órdenes —respondió Nash—. Te llevaste a Laura de Ravenswood.

—No de aquí, pero la encontré después. La llevé con la tía Violet y ella dijo... *exigió* que la ayudara.

Las últimas piezas del rompecabezas de la desaparición de Laura encajaron perfectamente. Pero cómo Laura había dejado la finca tan fácilmente seguía sin respuesta. Seguramente no se había ido caminando de la propiedad. Desaparecer sin dejar rastro y tan bien que Padre nunca la encontró era toda una hazaña.

—¿También debes de haberla traído a mí en Londres? —Hizo una pausa hasta que Michael finalmente asintió. Y entonces las palabras que nunca esperó decirle a este primo en particular brotaron—. Gracias. *Estoy* en deuda contigo para siempre.

Michael asintió. —Y cobraré.

—Cualquier suma que requieras será pagada —prometió Nash.

—No quiero dinero. —Michael miró alrededor—. Lo poco que te queda no es suficiente para la deuda que tienes conmigo. El cobro puede esperar hasta que sea el momento adecuado, y seré creativo cuando haga mis demandas.

—Hmm, muy bien —acordó Nash. La seguridad de su esposa e hija no tenían precio. Le debía todo a Michael por su seguro regreso a su cuidado—. Esperaré con interés escuchar tus demandas en otro momento, entonces.

—También me llevaré el caballo que tu esposa tomó prestado cuando me vaya.

Nash asintió.

Satisfecho de haber obtenido la respuesta que quería, Michael giró sobre sus talones y se dirigió a la habitación de invitados, cerrando la puerta de golpe.

Algernon le dio un fuerte codazo en el hombro. —¿Cómo pudiste hacer eso? Acabas de entregarle todo en bandeja de plata sin oponerte. ¿Quién sabe por cuánto tiempo su demanda penderá sobre tu cabeza?

—Le debo todo por proteger a mi esposa de Padre —murmuró Nash—. A la tía Violet también. Era algo que yo debería haber hecho desde el principio.

—Me alegra oírlo.

Nash miró a Isabelle. Su pequeña ahora dormitaba en los brazos de Algernon. —Sabes, deberías conseguir una de estas antes de que te vuelvas demasiado decrépito para sostenerlas.

Algernon también miró hacia abajo y le devolvió a Isabelle. —Siempre he querido tener hijos.

—Entonces cásate.
—El momento casi ha llegado —dijo—. Lo prometo.

CAPÍTULO DIECISIETE

Después de media hora de búsqueda infructuosa, Laura encontró a Nash en sus aposentos, revolviendo cajones, a juzgar por el sonido. Sin embargo, la puerta entre sus habitaciones seguía cerrada. Tendría que abrirla para ver qué estaba haciendo y tratar de explicarle lo de tía Violet.

Asintió para sí misma.

Ahora que tía Violet había llegado, era hora de desahogarse de sus secretos restantes. Ser sincera sobre dónde había estado viviendo escondida y asegurarse de que no hubiera causado ningún resentimiento persistente hacia su anciana tía.

Tía Violet no era una persona fácil de amar, pero era ferozmente leal a su familia. Laura le había confiado una vez los problemas de su vida en Ravenswood y con el duque, y cuando Michael Sweet la había encontrado y llevado a tía Violet, había recibido una invitación para quedarse con ella.

Michael Sweet había sido su participante involuntario pero un medio rápido de transporte. No sentía ningún aprecio por el difunto Duque de Ravenswood ni por Nash, y cumplía las órdenes de la anciana sin quejarse demasiado porque significaba que los estaba frustrando.

Ya había suficientes conflictos en la familia sin que Laura añadiera más.

Se dirigió a la puerta de Nash y puso la mano en el pestillo. No estaba cerrada con llave de nuevo hoy y se abrió fácilmente.

Nash estaba de pie en su armario, con las mangas de la camisa arremangadas por encima de los codos. Su chaqueta había sido arrojada descuidadamente al suelo.

Dio unos pasos tentativos en su dirección y se detuvo, esperando que la oyera. No lo hizo y continuó buscando. Miró alrededor, vio el retrato de sí misma que aún colgaba en la pared y suspiró.

—Nash.

Él no respondió. Dio unos pasos más hacia él, la curiosidad pudo más que ella sobre lo que estaba buscando.

Debajo de su ropa colgada y alrededor de sus pies había una pila desordenada de diarios. Más contabilidad para la finca, supuso. A menudo tenía la cabeza metida en un libro de cuentas cuando debería haber estado con ella. Decidiendo que había llegado en un mal momento, retrocedió.

Nash maldijo.

—Solo será un momento más. Mis disculpas si te molesté —Se volvió para mirarla. Tenía el pelo despeinado, le faltaba la corbata y, a pesar de todo eso, se veía muy atractivo hoy—. ¿Me necesitabas?

Sí lo necesitaba. Laura se humedeció los labios, quedándose casi muda por un abrumador deseo de cruzar la habitación, atraer a ese hombre desconcertante a sus brazos y besarlo. Bajó la mirada y se controló.

—Podría volver más tarde si estás ocupado —ofreció.

—No. No te vayas —Se enderezó—. Esto podría interesarte.

—Oh —dijo ella, desconcertada. No había venido aquí para mirar libros de cuentas—. Quería explicarte lo de tu tía.

—No hace falta —respondió él—. Su cariño por Isabelle me dice todo lo que necesito saber. Michael te encontró antes que yo. Michael te encontró y mantuvo la boca cerrada al respecto, y te llevó con ella. Luego, más tarde, ella te trajo a Londres, donde esperabas confrontarme pero en su lugar me sedujiste. Él te llevó de vuelta con tía Violet, donde finalmente nació Isabelle.

Laura tragó saliva. Él lo sabía todo.

—Está bien. No estoy enojado. Me había preocupado que estuvieras completamente sola. Ahora, hay algo que quiero mostrarte.

Volvió al armario, se inclinó y recogió una pila de diarios del suelo. Los dejó todos sobre su cama y los extendió.

—Quiero que tengas estos.

—No tengo interés en leer los libros de contabilidad de la finca Ravenswood.

—No son nada de eso. Mira, Laura. Por favor —susurró.

Ella se acercó a la cama, ligeramente distraída por su tamaño porque era más grande que la suya. Nash la siguió y se paró detrás de ella.

—¿Por dónde debo empezar?

Él se inclinó alrededor de ella y abrió un libro tras otro. Al principio solo vio una página en blanco, y volteó la página del libro más cercano.

Jadeó.

—Thomas —El simple dibujo era inconfundible. Alguien había dibujado a su hijo.

—Sí, y este es el primer volumen de Liam.

Laura parpadeó.

—¿Volúmenes?

—Empecé a dibujar a los niños poco después de que nacieran, por las noches y cada vez que estaba lejos de memoria. Continúo hasta el día de hoy. Hay muchos de ellos durmiendo.

—¿Los hiciste todos tú? —Observó los diarios. Al menos una docena estaban esparcidos por la cama—. No sabía que pudieras dibujar.

—Nadie lo sabe. Mi padre no aprobaba a los artistas —respondió—. Tuvimos que ocultar el pasatiempo de Stratford durante mucho tiempo. Ha sido mi alegría secreta dibujar a nuestros hijos estos últimos años, y ahora también puedo dibujar a nuestra hija.

Acercó otro diario, y era fácil ver que era completamente nuevo. Solo había un dibujo de Isabelle, pero estaba tan hábilmente hecho que se le cortó la respiración.

Lo miró fijamente.

—¿Tus hermanos realmente no lo saben?

—Ni siquiera Algernon.

—¿Por qué me lo estás contando?

—Porque eres su madre. Te perdiste gran parte de la vida de los niños porque yo te alejé. Deberías tener estos en lugar del tiempo que te fue robado, y tal vez te ayude a sentirte más conectada con su pasado. Me dejaste un regalo similar en mi almohada el otro día. Gracias por eso.

Sus manos temblaban sobre las páginas, y ansiaba llevárselos corriendo y devorar el contenido de una vez. Sin embargo, estos eran también los recuerdos de Nash. Un producto de su propia mano. Su alegría secreta no era algo que ella pudiera quitarle.

—No puedo quedármelos, pero me gustaría mirarlos por un tiempo.

Hubo una pausa.

—También te dibujé a ti.

Laura se quedó inmóvil, sus ojos desviándose hacia el boceto de ella en la pared.

—¿Cuándo?

—Todo el tiempo. Ellos... —Inhaló—. Me hacían sentir menos solo sin ti.

Laura pudo sentir su cuerpo inclinarse hacia él, buscando instintivamente aliviar su propia soledad y consolarlo. Sin embargo, ¿de qué serviría decirle que ella había sentido lo mismo?

La mano de Nash se posó en su brazo.

—No tienes idea de lo grande que fue el vacío que dejaste.

Ella cerró los ojos. Maldito sea. Le estaba leyendo la mente. Siempre había sentido su ausencia.

Los dedos de Nash se cerraron sobre su otro brazo, y la atrajo ligeramente hacia él.

Laura temblaba. Tenía miedo de él, de sí misma y de lo que pudiera pasar a continuación.

—Éramos completamente incompatibles.

—Sí, quizás lo éramos entonces. Pero nunca por la noche. Por la noche, éramos perfectamente compatibles en todo lo que yo creía importante para nosotros.

Ella exhaló, cerrando los ojos mientras recordaba lo cerca que habían estado en su cama.

—Casi fue suficiente.

—Podríamos volver a ser así —susurró él—. He pensado en ti todos los días y noches. Estar tan cerca de ti, sabiendo que ya no me quieres, es una tortura absoluta. No puedo evitar desear ser lo suficientemente diferente para que quizás vuelvas a quererme.

Pero Nash *era* diferente. El Nash de antes nunca habría expresado sus deseos en voz alta. Jamás le había hablado de sus sentimientos y anhelos. Ella nunca había sido su confidente ni conocido sus secretos.

Y ahora lo hacía, y no podía luchar contra lo bien que se sentía eso.

Oh, siempre había sabido lo que habían sido en su cama cuando estaban juntos. La conexión, una avalancha de gratificación sexual para ambos, había sido exquisita.

Pero este nuevo Nash era casi un extraño para ella. Sus deseos por la noche podrían ser los mismos, pero durante el día, ahora, no se atrevía a asumir nada en absoluto sobre él.

Se volvió para mirarlo, y Nash continuó sosteniéndola suavemente frente a él. Esperando que ella decidiera si rascarían el picor de la lujuria juntos y se convertirían en amantes una vez más.

No debería hacerlo.

Era de día y él vería el daño hecho a su piel. Las cicatrices que nunca podría ocultar eran humillantes.

Sería mejor dejar esa única conexión entre ellos rota para siempre.

Pero su necesidad de él era fuerte. Había tenido a este hombre. Conocía su cuerpo, y él conocía el suyo. Había muchas razones para no ceder y solo una para decirle que sí.

Le había entregado su corazón y confianza el día que le propuso matrimonio. Había temblado cada vez que él le sonreía y aún más cuando lo esperaba en su cama por la noche.

Todavía temblaba cada vez que él estaba cerca. Era débil y temerosa, pero él le resultaba tan familiar. Ya le había pedido ver sus cicatrices.

No había nadie más que Nash a quien se las mostraría jamás.

Su *marido*.

Y estaba allí mismo, suplicando por una segunda oportunidad. Estaba intentando cambiar por ella.

¿No podía ella al menos intentarlo también?

Abrió los ojos y miró a su marido.

—No podemos volver a ser lo que éramos el uno para el otro.

Nash parpadeó y bajó la mirada, pero no antes de que ella captara una expresión de aguda decepción en su rostro.

—Perdóname, yo...

—Las cosas deben seguir cambiando entre nosotros o moriremos... y esta vez será para siempre.

Su mirada se clavó en la de ella.

—No seré usada y descartada cuando salga el sol —le dijo.

—Nunca te descarté. Te aparté —admitió—. Estuve muy equivocado al hacer eso.

—Sí, lo estuviste. Ahora demuestra que me recuerdas esta vez —susurró.

Él sonrió y de repente se abalanzó sobre ella, sus brazos como bandas apretadas alrededor de sus costillas. Ella buscó sus labios y los encontró dispuestos y hambrientos de los besos que ambos habían extrañado.

Su vestido y zapatillas desaparecieron más rápido de lo que jamás había soñado que fuera posible. Con un barrido de su mano, los diarios que contenían sus preciosos dibujos se estrellaron contra el suelo. Nash la colocó suavemente en el centro de su cama, y ella se acostó, solo para ver una imagen especular de sí misma arriba y las cicatrices en sus brazos.

Nash aún no las había notado y se arrastró sobre ella a gatas y sus labios fueron a su cuello, mordisqueando y festejando de la manera en que solía hacerlo.

Ella no podía apartar la vista de ellas en el espejo de arriba. Ver cómo le hacían el amor era extraño, y lánguidamente puso su brazo alrededor de su cuello y lo atrajo hacia abajo para besarlo en los labios.

Nash se volvió de repente, mirando hacia el espejo.

—Tendré que dibujar esto más tarde —rio suavemente y alcanzó la cintura de sus pantalones. Los empujó hacia abajo, dejando al descubierto su trasero.

Ella deslizó sus manos hacia abajo, tocando su trasero de la manera en que solía hacerlo cuando hacían el amor. Nash se estremeció y gimió y flexionó sus caderas contra ella. Su erección empujó contra su vientre, ya dura, pero no hizo ningún movimiento para hacer más que eso. La copulación inmediata nunca había sido su estilo. Ni siquiera la noche en que habían concebido a Isabelle había sido un asunto completamente apresurado.

Rodaron juntos en su cama, gimiendo y tocándose. Redescubriendo la forma del otro.

Pero era diferente. Ella estaba esperando su reacción.

Era de día, y con ese espejo colgando sobre ellos, veía todo lo que odiaba de sí misma.

Nash notó su distracción y frunció el ceño.

—¿Laura?

Su mirada bajó a su brazo derecho donde las cicatrices eran imposibles de pasar por alto.

Nash se quedó inmóvil sobre ella.

—Demonios...

—Tardaron mucho en sanar —dijo frotando su mano sobre ellas para ocultarlas brevemente.

Nash agarró su brazo y apartó suavemente su otra mano.

—Son profundas. Demasiado profundas y demasiadas.

—Sí, lo sé.

—El trabajo de un carnicero —dijo, deslizando su pulgar de un lado a otro sobre cada una. Levantó su brazo más alto para estudiarlas y luego notó la otra cicatriz y agarró su brazo izquierdo—. Esta es diferente.

—Sí. El trabajo de una mano más impaciente, creo —murmuró.

Él la miró.

—Ningún médico habría cortado tan profundo para una sangría normal.

Su aliento salió precipitadamente.

—Sí, lo sé. La última mañana aquí, desperté confundida, con un dolor de cabeza palpitante y el brazo palpitante, y encontré a una sirvienta presionando frenéticamente un paño sobre la nueva herida sangrienta. Había un cuchillo en mi mano que no recordaba haber visto antes. Había cenado en mis aposentos la noche anterior y creo que pusieron algo en mi comida para que durmiera mientras me hacían esto.

Nash se sentó sobre sus talones, su rostro volviéndose blanco.

—Dios mío.

Ella asintió, aliviada por su reacción. —Nunca vi quién me cortó, pero me dijeron que el duque regresó tarde en la tarde del día anterior, solo para irse apresuradamente muy temprano a la mañana siguiente. Habló en voz alta de su preocupación por mi comportamiento reciente y mi mala salud. Mencionó lugares donde se podía enviar a las mujeres con problemas. Una criada vino a verme porque había dormido hasta tarde ese día. Creo que se suponía que debía asumir que había intentado hacerme daño y que, por lo tanto, era un peligro para los niños. Trató mis heridas y se ofreció a ayudarme a escapar del duque sin que él, ni nadie, se enterara. Ni siquiera tú.

—Laura, yo...

—No fuiste tú —dijo ella incorporándose para sentarse. Le tocó el hombro—. No había nada que pudieras haber hecho.

—Si hubiera conocido sus verdaderas intenciones, te habría sacado de aquí. Te lo juro. Lo siento mucho.

Ella puso su dedo sobre los labios de él. —No te disculpes por él otra vez.

—¿Qué puedo hacer entonces para compensarte?

—Ayúdame de la única manera que puedes. Bésame y hazme sentir segura de nuevo.

Nash asintió, se quitó el chaleco y la camisa, y se despojó de sus prendas inferiores, pero ella pudo sentir que su estado de ánimo había cambiado. El de ella también, pero lo necesitaba. Quería sentirse deseable aún.

Nash era una bestia deliciosamente musculosa de hombre, descubrió. Una distracción perfecta de sus pensamientos problemáticos. La ropa que llevaba ocultaba su fuerza, pero la oscuridad no lo había hecho. Ahora, confrontada con la belleza de su cuerpo, su respiración se entrecortó de asombro.

Él se dejó caer sobre ella, manteniendo la mayor parte de su peso sobre sus propias manos. Pero su cuerpo desnudo rozó el de ella y lo vio moverse, reflejado en el espejo de arriba. Los músculos de su espalda flexionándose eran absolutamente fascinantes y ella pasó sus manos por su piel. Arriba y abajo y por todas partes, haciendo que Nash gimiera.

Laura se movió para separar más las piernas, deseando que se apresurara, pero debería haber sabido que no sería tan fácil.

Su palma se posó sobre su sexo, sobresaltándola como siempre lo había hecho. Ahora podía ver que era un movimiento de pura posesividad por su parte. Lo escuchó en la brusca inhalación

de su respiración, lo vio ahora en el oscurecimiento de sus ojos.

Su cuerpo se deleitaba en estar cerca de él otra vez, y ella se retorció mientras su sexo se contraía en anticipación de lo que estaba por venir.

De repente, los dedos separaron sus calzones, buscando su hendidura. Cuando él separó sus labios inferiores y encontró su clítoris, la espalda de Laura se arqueó sobre la cama y un gemido de gratitud escapó de ella.

—Nunca pude tener suficiente de ese sonido —susurró él—. Hazlo de nuevo.

—Nash —le regañó, aunque estaba divertida por su exigencia.

Su peso la abandonó, y ella abrió los ojos para mirarlo. —Eso está mejor. Mira lo que nos hacemos el uno al otro.

Sus dedos se movieron contra su clítoris y cuando ella miró hacia abajo, vio la longitud de él, dura y desatendida.

Se humedeció los labios.

En la oscuridad de su cama, lo había sostenido, acariciado y se había emocionado al hacer gemir a Nash. Pero era tan diferente a la luz del día. Encontró su mirada, insegura de nuevo. A la luz del día, no se trataba solo de aplacar la lujuria. Era más.

Mucho más carnal que cualquier encuentro nocturno que hubiera tenido. Podía ver su excitación, y él podía ver la de ella.

Una gota de semen se cernía en la punta de su pene. Ella había probado a Nash con su propia boca muchas veces, pero nunca había visto su cara mientras lo hacía.

Quería observarlo por una vez.

Con dedos temblorosos, alcanzó su longitud y lo tomó en su mano.

Nash se meció en su toque, sus labios se separaron en un gemido mientras la piel sedosa de su pene se deslizaba por su palma una vez más.

Ella observó su rostro, su cuerpo tenso, su pecho agitado mientras lo acariciaba más fuerte, más rápido, lo vio apretar la mandíbula para contener un gemido, una maldición o una súplica por más. Luchaba por controlar su lujuria, y Laura sonrió ante el descubrimiento. No estaba solo en eso. Laura se sentía bastante salvaje.

Se levantó y tomó la cabeza de su pene en su boca.

Una maldición escapó de los labios de Nash, y de repente estaban acostados uno al lado del otro, con las cabezas en direcciones opuestas. Nash separó sus muslos y puso su cabeza entre sus piernas.

El primer latigazo de su lengua a través de su sexo la hizo gritar. Había pasado tanto tiempo, y Nash era tan bueno con su lengua.

Él se dio un festín con su sexo, vibrando su clítoris, penetrando su sexo con su lengua y a veces con sus dedos. Ella se retorció contra él, incluso mientras chupaba su pene hasta su garganta. Estaba hambrienta de esto. De él. De una oportunidad de sentirse bien de nuevo.

Nash hundió sus dedos profundamente en ella, y ella casi chilló por la alegría olvidada de eso también.

Sí, ella era tan perversa como Nash. Ella se vengó tirando de sus testículos, y cuando él dejó de gemir por ese placer y dolor, ella lo tomó en su boca de nuevo.

Nash se quedó quieto de repente, retiró su cabeza de entre sus piernas. —Laura —susurró—. Laura, mira hacia arriba.

Con un poco de dificultad, lo hizo.

Lo que vio casi la hizo llegar al clímax. Nash acariciándola con los dedos, provocándola hacia un clímax que anhelaba desesperadamente.

Su pene duro estaba enrojecido de sangre y posado contra sus labios entreabiertos. Ella empujó hacia abajo, empalándose en sus dedos. Nash reanudó su festín en su sexo mientras ella jadeaba y gemía. Laura los observó acariciarse mutuamente hasta que no pudo soportarlo más.

Llegó al clímax, empalada en los dedos de Nash, liberando toda la lujuria que habían acumulado en tan poco tiempo con un fuerte gemido.

—No puedo parar —advirtió Nash, justo cuando se sacudió y desbordó su boca con su semilla. Ella tragó rápidamente, pero luego él estaba allí, besándola para tragar algo del exceso que escapó de su boca.

Continuaron besándose por un momento, luego Laura se volteó sobre su espalda, jadeando con fuerza.

Mirarse a sí mismos, acostados saciados uno al lado del otro, también era diferente. Nash buscó su mano y la apretó con fuerza, de la manera en que siempre lo había hecho en la oscuridad.

Era confrontante ver las consecuencias de su intimidad por fin. Sus emociones estaban crudas y claras en su rostro. La oscuridad las había ocultado de él antes, y las de él de ella. Nash parecía feliz.

Ella se humedeció los labios y tragó saliva. —¿Cuándo conseguiste el espejo?

Nash se volteó de lado, acostándose de manera que quedara frente a ella. —Siempre ha estado ahí.

—¿Lo ha sido?

—Pero la vista es mejor contigo aquí conmigo.

—¿Por qué no... dormimos juntos aquí?

—No lo sé. Al principio, supongo que pensé que me considerarías lascivo o algo así. Éramos jóvenes y deseaba que tuvieras una buena opinión de mí. Luego, me di cuenta de que el espejo apenas era necesario para excitarnos cuando estábamos juntos en la cama. Me excitabas con solo respirar.

Tal admisión halagadora requería alguna respuesta. Vio la mano de Nash sobre la suya en el espejo. Fuerte, posesiva, familiar. Apretó sus dedos. —Me gusta verte desnudo en el espejo.

Vio sonreír a Nash. —Disfruto verte en cualquier lugar cerca de mí.

Él se giró sobre su espalda y cerró los ojos.

Laura tragó el nudo que tenía en la garganta. Nash no la vería aquí de nuevo a menos que cambiaran de opinión sobre el divorcio.

Él no había dicho que lo quisiera, y ella tampoco podía ser la primera en sugerirlo. Tenía su orgullo.

La respiración de Nash se volvió uniforme y profunda, y ella liberó su mano. Cuando estuvo segura de que dormía lo suficientemente profundo, Laura se deslizó fuera de la cama y lo dejó allí para que despertara solo. Sin embargo, se llevó algunos de sus diarios para examinarlos.

CAPÍTULO DIECIOCHO

—Así que, como ves, esta es una excelente oportunidad para obtener ganancias con poco riesgo —concluyó Michael, después de detallar un plan de inversión que tenía posibilidades definitivas. Su interés actual estaba en el transporte marítimo y las ganancias que se podían obtener cerca de casa, y por una vez había buscado la opinión de Nash.

Pero francamente, Nash deseaba que su primo hubiera esperado hasta mañana para sacar el tema. No estaba en el estado de ánimo adecuado para hablar de carga y rendimientos con nadie.

Nash había hecho el amor con su esposa otra vez.

Ellos habían hecho el amor.

En medio del día, y había sido glorioso.

Lo último que quería hacer ahora era discutir inversiones con un pariente engreído y previamente hostil.

Nash prefería pensar en cosas que estuvieran bajo su control.

Estaba seguro de que había dado un giro en su matrimonio. No solo un giro, sino que esperaba haber cambiado el rumbo por completo.

Quería más días con Laura. Los necesitaba, y a ella, incluso si peleaban.

Los tendría si tan solo su primo se fuera o molestara a alguien más con sus grandiosas ideas.

Michael le empujó algunos papeles. —Entonces, ¿qué opinas realmente? ¿Invertirías en semejante empresa si tuvieras fondos de sobra?

Nash frunció los labios, sin querer admitir en voz alta que le había costado mantener la mente en la conversación. Causaría una discusión, y Michael parecía estar tratando de limar asperezas al pedirle consejo.

Laura siempre había tenido un efecto distractor en él. Padre lo había notado y lo había reprendido por no escuchar tantas veces que había perdido la cuenta.

Pero Padre ya no estaba, y ahora no le respondía a nadie. Excepto a Laura. —Creo que es algo que definitivamente deberías explorar.

Michael lo miró por un largo momento. —Pensé que, ya que ahora estás familiarizado con esto, tal vez te gustaría pedir la opinión de tu hermano, y quizás...

—Desafortunadamente, me esperan en otro lugar pronto —soltó—. Pero acércate a Algernon y busca su opinión, por supuesto.

—Sí, pero...

—¿Has discutido el asunto con él en absoluto?

—No exactamente. Vine a ti primero porque manejaste muchas inversiones para el antiguo duque y...

—Siempre fue decisión de Padre dónde invertía su dinero, y ahora es decisión de Algernon —le dijo a su primo, y luego se puso de pie, impaciente por escapar—. Podría estar lo suficientemente interesado como para unirse a ti, pero eso es algo que él debe decidir. Discúlpame.

Se despidió de su primo rápidamente. No había visto a Laura lo suficiente hoy. Ella lo había dejado durmiendo en su cama después de hacer el amor y creía saber por qué.

No había querido que viera esas horribles cicatrices de nuevo, o discutir el plan secreto de su padre para su muerte. Había cerrado los ojos solo por un momento, pero no esperaba quedarse dormido. Pero su primera liberación desde la última vez que habían hecho el amor había sido espectacular. Tantas de sus dudas se habían borrado que finalmente pudo relajarse.

Las cicatrices no cambiaban lo que sentía por Laura, excepto aumentar su devoción por su bienestar en el futuro.

Pasó apresuradamente junto a Algernon en el pasillo y le resultó difícil no advertirle que su primo tenía una idea de la que no podía resistirse a hablar.

En otro tiempo, podría haber manejado el asunto por él, aplazado la conversación por completo hasta otro día. Pero como el duque seguía señalando, Nash tenía preocupaciones más importantes que la finca ducal.

Lo único vital para él ahora era resolver el asunto de la continuación de su matrimonio, si no estaba ya salvado.

Hoy había sido un primer paso. Grande, pero el primero de muchos, esperaba. Reconocer su atracción ayudaría mucho a aliviar la tensión entre ellos. La lujuria insatisfecha nublaba los problemas de lo que salió mal en su matrimonio. Su vida sexual era lo único que los había satisfecho a ambos. Eso y los niños.

Y ahora eran tres. Tres pequeños y adorables seres que dependían de él para hacer su mundo más feliz. Les había fallado a todos durante algún tiempo. También había permitido que los dejaran de lado.

No más.

Continuó, subiendo las escaleras hacia la guardería. Laura estaba sentada con Isabelle en su regazo, canturreando una nana. Thomas y Liam estaban acostados en el suelo cerca, escuchando, con las cabezas sobre almohadas y luciendo muy somnolientos.

Era una escena que siempre quería recordar.

Nash se retiró de la habitación silenciosamente, se apresuró a su propia cámara y encontró un nuevo diario. Quería capturar ese momento de su familia estando juntos. Capturarlo y guardarlo como un recordatorio de todo lo que siempre deberían haber sido.

Una familia que se amaba con todo su corazón.

Volvió a entrar sigilosamente en la habitación para encontrar a Laura todavía allí, con Isabelle acunada cerca de su pecho y dormida. Thomas y Liam habían cerrado los ojos mientras él se había ido.

Nash se deslizó hasta el suelo, abrió su cuaderno de bocetos y comenzó a dibujar.

Los labios de Laura se crisparon. —Ahora recuerdo haberte visto garabateando en tu diario antes. Siempre pensé que estabas trabajando en algún plan para tu padre.

—Él también lo pensaba. Siempre le mostraba una página con pequeños cálculos si me preguntaba qué estaba haciendo —susurró.

—¿Por qué nunca quisiste que nadie viera tus dibujos antes de hoy?

Dibujó la curva del brazo de Laura alrededor de su hija dormida. —No los consideraba gran cosa.

—¿Pero ahora sí?

—No realmente —sonrió—. Todavía creo que harían reír a otros. Stratford es un artista mucho mejor. Podría practicar más.

Ella frunció el ceño. —Lo que he visto hasta ahora es muy bueno, muy preciso.

Los elogios habían sido tan raros en su vida. Escuchar a Laura hablar bien de su trabajo hizo que sus mejillas se calentaran. —Gracias.

Continuó dibujando, incluso cuando Laura se levantó para poner a Isabelle en su cama. Añadiría a la imagen en los próximos días hasta que estuviera satisfecho de que estaba dibujada exactamente bien. Laura se alejó hacia una ventana, observándolo trabajar. —Solía verte ahí fuera, sentado con tu diario e ignorándonos aquí arriba.

—Salía allí para alejarme de miradas indiscretas.

—Las de tu padre.

—Y las de mis hermanos. Ocupaban mucho de mi tiempo entonces.

—Y todavía lo hacen. ¿Cómo estaba Michael?

—Tedioso. Quería que intercediera por él, pero he desarrollado intereses más emocionantes.

Laura miró sus dedos. El anillo que él le había puesto en la mano hace tantos años aún estaba ausente. Levantó la mirada y lo estudió a su vez. Nash cerró el libro y le prestó toda su atención. Ahora la pondría a ella en primer lugar tan a menudo como pudiera.

El calor del deseo aún estaba presente entre ellos mientras se miraban fijamente, apenas atenuado por el paso de unas pocas horas desde que habían hecho el amor.

Como recién casado, se había sentido inquieto por lo mucho que deseaba a esta mujer. Ahora, después de envejecer y estar sin ella durante tanto tiempo, finalmente se sentía en paz con su lujuria.

No había nada malo en desear a la propia esposa, no cuando ella te deseaba tanto como tú a ella.

Su padre siempre había afirmado que las esposas tenían poca utilidad más allá de la procreación. Nash compadecía la vida que su madre debió haber soportado con un hombre tan amargamente frío y controlador. Un hombre en el que él mismo casi se había convertido.

Se puso de pie lentamente y fue a pararse frente a Laura. Si la deseaba, tenía que seguir compartiendo sus pensamientos más íntimos. —Esta mañana fue buena.

—Sí.

Frunció los labios. —Me gustó verte en mi habitación.

—¿De veras?

Asintió rápidamente. —Me preguntaba si estarías de acuerdo con un cambio en nuestro arreglo.

—¿Qué tipo de cambio?

—Uno placentero, te lo prometo.

Sus ojos se agrandaron.

—Me gustaría que volviéramos a dormir en la misma cama —susurró.

Ella al menos consideró su petición, pero luego negó con la cabeza. —No. Esta mañana fue todo el riesgo que estoy dispuesta a correr.

Él estaba preparado para su rechazo inmediato.

—Limitaríamos nuestras actividades para evitar la concepción —ofreció. Laura ya había sido muy firme en no querer tener más hijos suyos. Su deseo de restringir ciertos aspectos del acto amoroso era comprensible, pero no suficiente para disuadirlo de pedir lo que *sí* podían compartir —. Puedo encontrar satisfacción sin penetración. Tú también. Mis labios, mi lengua y mis dedos

están siempre a tu disposición.

Ella miró por encima del hombro de él a sus hijos dormidos, pero él podía notar que se estaba excitando con su conversación directa. El rápido subir y bajar de sus pechos también lo excitaba a él. Se acercó un poco más, bajando la voz. —No he pasado suficiente tiempo adorando tu cuerpo, y podría pasar felizmente una eternidad entre tus piernas.

Laura contuvo el aliento y se volvió para mirarlo, con los ojos abiertos de asombro y hambre.

Los niños estaban profundamente dormidos, pero no vendría ninguna criada para relevarlos hasta bien entrada la noche. Él no podía esperar tanto tiempo, y sospechaba que ella tampoco querría hacerlo. Le tendió la mano a Laura. Ella se inclinó hacia él y la condujo fuera de la habitación. Necesitaban un poco de privacidad para aliviar este deseo.

Había un pequeño armario al otro lado del pasillo y, sabiendo que el tiempo era corto, la llevó allí. Era el lugar perfecto para un encuentro rápido y satisfactorio.

La llevó a la habitación, cerró la puerta y bajó la cabeza. La besó dura y rápidamente, luego usó sus pulgares para deslizar el camisón de sus hombros.

Una vez que sus pechos quedaron al descubierto, no perdió tiempo en besarlos. Probó leche cuando succionó con demasiada fuerza y la lamió rápidamente. Sin embargo, sabía que no debía excederse allí. Sus pechos probablemente aún pertenecían a Isabelle, aunque no estaba completamente seguro de ello.

Le pasó a Laura su pañuelo para que atrapara cualquier gota mientras se arrodillaba y levantaba sus faldas. A Laura siempre le había gustado que la besaran entre las piernas, y no llevaba puestas las enaguas blancas que había usado esa mañana.

Se tomó su tiempo para provocarla al principio, dejando besos en sus muslos desnudos e inhalando el aroma de su excitación fresca.

Pero sabía que su tiempo a solas sería muy limitado hasta la noche. Los niños nunca deberían despertar y encontrarse solos en la guardería, ni tampoco podían permitir que una criada los descubriera.

Separó sus muslos e inclinó sus caderas hacia su rostro. Al primer roce de sus labios contra su sexo, sus piernas temblaron.

Sonrió, recordando todas las veces que le había hecho el amor en su cama. El recuerdo de esos intercambios a menudo frenéticos lo hizo levantar la mirada para ver su expresión.

Laura lo observaba, y luego enroscó su mano alrededor de su cráneo. Lo guió para que volviera a poner su boca entre sus muslos abiertos. Se levantó sobre las puntas de los pies al primer toque de su lengua, pero pronto se acomodó sobre su rostro, exigiendo una satisfacción que él estaba más que feliz de proporcionar.

También llevó sus dedos a trabajar dentro de su sexo. Estaba húmeda y ahogando sus gemidos ante todo lo que él hacía. Apresuró sus acciones, decidido a hacerla llegar al clímax.

Y lo hizo, con la mano apretada sobre sus labios y sus caderas sacudiéndose contra su rostro, sus jugos en su lengua. No había mejor sabor en el mundo que Laura.

Dulce, dulce Laura.

No estaba seguro de merecer esta segunda oportunidad, pero por Dios, haría que funcionara. Podía darle exactamente lo que ella necesitaba de él.

Se sentó sobre sus talones, consciente del latido de su miembro, y bajó sus faldas, alisándolas de nuevo.

Observó a Laura mientras se recomponía.

Parecía insegura de qué hacer a continuación, así que se puso de pie y le dio un beso en la mejilla. —Echaré un vistazo a los niños para asegurarme de que sigan dormidos. Únete a mí

cuando puedas.

La dejó allí, sonriendo para sí mismo. Las cosas finalmente iban en la dirección que él quería con su esposa.

Pero cuando cruzó el pasillo, escuchó dos golpes a su derecha.

Se volvió lentamente y descubrió que la tía Violet había subido al ala de la guardería, con el mayordomo siguiéndola de cerca. Dios mío, había sido atrapado portándose mal por la solterona de la familia y su empleado más antiguo también. —¿Puedo ayudarla, tía Violet?

—Deseo hablar con tu esposa y tus hijos.

Miró alrededor, ganando tiempo. —Los niños están dormidos y Laura acaba de bajar a buscar un chal, pero volverá en un momento. Quizás le gustaría esperar en la guardería hasta que regrese. O puedo traerlos con usted...

—Después del esfuerzo de subir hasta aquí, esperaré en la guardería —dijo la tía Violet, acercándose.

Nash se movió para pararse frente a la puerta donde había dejado a Laura para que se recompusiera.

La mirada de la tía Violet se desvió hacia la puerta detrás de su espalda, y luego sonrió con suficiencia. —No te apresures por mi cuenta, querida —llamó, antes de que ella y el mayordomo desaparecieran dentro de la guardería, dejándolo atónito.

Dejó escapar un suspiro tembloroso, y entonces la puerta detrás de él se abrió lentamente. Laura emergió, luciendo completamente ruborizada.

—Sabía que estabas ahí dentro y lo que habíamos estado haciendo —le susurró, y luego hizo una mueca—. Si oyó algo, ocultó bien su sorpresa.

Laura se llevó las manos a las mejillas.

—No es tan mojigata como podrías imaginar en cuanto a estas cosas, pero yo ciertamente aún lo soy.

—Estamos casados, así que no hay nada malo en lo que hacemos juntos. Sin embargo, debería estar más escandalizada, ya que la tía Violet nunca se casó —argumentó él.

—Solo porque tu familia nunca habría aprobado su elección. Una vez me contó que tu padre intentó emparejarla con un amigo suyo. Ella lo evitó, como yo hice, y debió de ser una unión muy desagradable, sin duda.

Nash gruñó por lo bajo.

—¿Sabes quién podría haber sido el hombre que ella realmente quería?

Laura negó con la cabeza.

—Nunca me dijo su nombre. Bueno, será mejor que vea qué quiere ahora.

Nash bajó la mirada a los labios de su esposa hasta que ella se mordió uno. Sonrió y la miró a los ojos.

—¿Quieres que te acompañe?

—Creo que puedo arreglármelas con tu tía sin ti por un rato. De hecho, podría ser mejor si ceno con tu tía esta noche. ¿Te importa?

—No me importa, pero echaré de menos tu compañía. ¿Los niños cenarán contigo o conmigo?

—Conmigo. La tía Violet quiere conocer a los niños y ha echado mucho de menos a Isabelle.

—Bueno, si me necesitas, estaré por aquí... o me encontrarás metido en mi cama a las diez en punto esperándote —le acarició la mejilla con el dorso de los dedos—. Si hay algo más que quieras de mí antes de eso, ¿me mandarás llamar?

Sus labios se crisparon.

—Lo consideraré.

—Hasta luego, entonces —accedió, pero no albergaba muchas esperanzas de no dormir solo otra vez esta noche. Laura se mostraba esquiva con él.

Ella se deslizó en el cuarto de los niños y cerró la puerta.

Nash se dirigió a las escaleras y descendió los tres niveles hasta la planta baja. Realmente era inconveniente subir y bajar tantas escaleras solo para ver a los niños. Y para Laura, e incluso para la tía Violet, era especialmente difícil con sus largas faldas en el tramo más empinado hasta el cuarto de los niños.

Nash se dirigió de nuevo al apartamento abandonado.

Nada había cambiado desde su última visita, y de nuevo le sorprendió cuánto más fácil sería la vida si su familia se mudara aquí abajo. Solo había un tramo de escaleras hasta las cocinas para los sirvientes, y medio tramo hasta los jardines. No se preocuparía por Laura llevando a Isabelle arriba y abajo por escaleras empinadas. Tendrían espacio para estar juntos separados del duque y sus visitantes, y aun así seguirían formando parte de la casa familiar.

Nunca podría devolverle a Laura su antigua finca familiar o la vida que había disfrutado allí. Pero podía darle esto y esperar que contribuyera en algo a aumentar el atractivo de seguir casada con él. Ella tendría su propio espacio, su propio hogar dentro de Ravenswood.

Eso tenía que ser mejor que su arreglo actual, sin duda.

Se oyó un paso detrás de él, y se giró para ver al mayordomo en la puerta.

—¿Puedo serle de alguna ayuda, Lord Nash?

—Seymour, eres justo el hombre que necesito ahora mismo —le aseguró—. ¿Tienes algunos sirvientes disponibles?

—Puedo ponerlos a su disposición, por supuesto.

—Bien, porque quiero que este apartamento reciba una limpieza a fondo, pero necesita hacerse en una noche como sorpresa para mi esposa.

El mayordomo arqueó una ceja pero asintió.

—Estoy seguro de que más de uno estaría dispuesto a perder un par de horas de descanso por una causa tan noble.

Nash se frotó las manos y fue hacia las cortinas podridas y las arrancó él mismo, cubriéndose a sí mismo y al mayordomo, que tosía, en una nube de polvo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

—¿Hola? ¿Hay alguien aquí? —llamó Laura, entrando en una habitación desconocida con sus hijos a su lado. Estaba molesta por esta convocatoria. También estaba molesta con Nash por no haber estado en su habitación anoche cuando había prometido estar allí a las diez. Se había ido a dormir sola y decepcionada.

Miró alrededor, esperando ver al duque.

Pero Algernon no estaba allí.

Nash salió apresuradamente de una cámara distante con un trapo sucio en la mano y corrió hacia ella.

—Pasen, pasen —llamó. Extendió los brazos—. ¿Qué les parece?

Ella volvió a mirar alrededor. La cámara estaba limpia, pero tenía un aire de abandono.

—Es una habitación.

—Una de muchas en este apartamento. ¿Alguna vez mencioné que un tío abuelo mío vivió en Ravenswood? Se mantenía apartado aquí. Ocupaba este conjunto de habitaciones separado de todos.

—Recuerdo vagamente algo sobre alguien. Fue antes de mi tiempo aquí.

—Las habitaciones estuvieron abandonadas desde entonces, pero míralas ahora —Nash dejó a un lado su trapo para el polvo.

Ella caminó alrededor, dándose cuenta de que la habitación abandonada había sido limpiada recientemente, y Nash había participado en la limpieza, a juzgar por el estado de su ropa y su sonrisa satisfecha.

Más allá de esta cámara había varias habitaciones conectadas, todas de buen tamaño y llenas de luz, ya que no había cortinas colgando en las ventanas. Y al final de la cámara, incluso había una puerta separada hacia los jardines del este que ella no sabía que alguien hubiera usado antes.

—¿Por qué me estás mostrando esto?

—Porque me gustaría que nos mudáramos aquí hoy, con tu permiso —dijo Nash en voz baja, pero era obvio que estaba emocionado con la idea mientras señalaba a su alrededor—. Los niños compartirán la habitación del fondo al principio, y cuando Isabelle sea lo suficientemente mayor, tendrá la de al lado. Esta habitación más grande será la sala de estar familiar, con libros y sillas cómodas y una mesa redonda cerca de la ventana que es lo suficientemente grande para que todos nos sentemos juntos para las comidas —caminó pasando junto a ella y empujó dos puertas corredizas para revelar una gran cámara—. Esta sería tu habitación, siempre que estés aquí.

Ella se quedó boquiabierta ante el enorme espacio. Había casi suficiente espacio para dos camas, para un esposo y una esposa y todas sus pertenencias también.

—¿Dónde dormirás tú?

—Me acostaré en una habitación más pequeña más allá en el pasillo —se acercó—. De esta manera, no tendrás que subir esas empinadas escaleras hasta la guardería para ver a los niños, o arriesgarte a caer cuando lleves a Isabelle arriba y abajo. Se retuerce mucho. Y la tía Violet podrá visitarte a ti y a los niños aquí más fácilmente. Pero lo más importante de todo es que los niños siempre nos tendrían cerca.

Ella resopló, abrumada por el cambio que él planeaba hacer para la familia, y que había considerado para sus futuras visitas también.

—Lo sé. Demasiado poco, demasiado tarde probablemente, pero... —susurró Nash.

Ella se retorció las manos, en conflicto sobre cómo pensar en todo lo que él había hecho.

—¿Y tu hermano ha estado de acuerdo con esto?

—No exactamente. No he pedido su permiso para mudarnos porque también es *nuestro* hogar. Quiero hacer esto por ti. Por todos nosotros.

—Me habría encantado vivir aquí antes, tan cerca de los niños —susurró ella.

—Entonces está decidido —se alejó, tiró de la campana cuatro veces y luego se volvió hacia ella de nuevo—. Tengo a todos los sirvientes listos para venir y ayudar con la transición.

Laura asintió, enormemente impresionada con la decisión de Nash de vivir más cerca de los niños en el futuro. La distancia hasta la guardería siempre le había molestado, al igual que las escaleras.

—Vivir en un apartamento dentro de Ravenswood se sentirá como un hogar adecuado para ellos.

—Es un cambio que se ha retrasado mucho tiempo. Admito que lo consideré antes, pero Padre no quería oír hablar de que sus nietos durmieran en ningún otro lugar que no fuera la guardería.

Ella asintió, sin sorprenderse por eso.

Llegó el primer sirviente, y luego más, todos llevando algo. Reconoció muebles de la guardería y posesiones pertenecientes a los niños.

Nash se acercó de nuevo.

—Diles dónde quieres que vaya todo, y se hará exactamente como tú quieras esta vez.

Se apresuró a salir, y ella se quedó para dirigir a los sirvientes por su cuenta. En total, tomó horas mover a los niños a su habitación, y luego traer sus propias posesiones y guardarlas en su nueva alcoba.

Nash no fue de ayuda en absoluto, lo cual en realidad le encantó. Él solo llevó sus objetos personales, papeles y diarios, guardándolos en algún lugar del pasillo.

Cuando la habitación de los niños estuvo lista primero, ellos saltaron alrededor, mirando por la ventana y disfrutando de su nuevo espacio. Tan pronto como la cuna de Isabelle estuvo hecha, puso a su hija dentro para que durmiera.

Pero el trabajo continuó hasta bien entrada la tarde, hasta que finalmente los pasos de los sirvientes se desvanecieron y la puerta permaneció cerrada detrás de ellos.

Nash apareció en la puerta de su nueva habitación y sonrió.

—¿Té?

—Llamaré para pedirlo —prometió él.

Ella lo siguió hasta la sala familiar.

El apartamento ahora mostraba una calidez que antes le faltaba. Le gustaba particularmente la gran área de asientos y la atmósfera acogedora que había creado con una alfombra en el suelo, cojines en las sillas, y poder ver a los niños con solo levantar la vista o girar la cabeza.

Caminó por el pasillo hasta la habitación que Nash planeaba ocupar. Era bastante pequeña para él, casi un armario, y estaba apretada con una cama estrecha y solo una silla al lado para sostener sus diarios.

Ella lo miró de reojo.

—¿Estás seguro de esto?

—Solo necesita ser lo suficientemente grande para que yo duerma —inclinó la cabeza—. Pasaré la mayor parte del tiempo en la habitación más grande con todos.

Isabelle la llamó, pero Nash fue rápido y llegó a su hija antes de que pudiera llamar de nuevo. Ella volvió a mirar en su habitación una vez más y se dio cuenta de que Nash estaba haciendo sacrificios por *ella*. Por derecho, como actual heredero del título de Ravenswood, debería haber tomado la habitación más grande.

Pero le había dado ese honor a Laura y no había asumido que compartiría su cama. Y se había asegurado de que siempre estaría cerca de sus hijos, y de ella, hasta que se fuera.

Se retiró, con el corazón oprimido por el arrepentimiento y deseando que Nash hubiera podido ser este hombre todo el tiempo. Regresó a la sala de estar y lo encontró caminando por el gran espacio con Isabelle en alto y riendo.

—Creo que le gusta más aquí.

—Cuidado. Jasper hizo eso con Isabelle y ella le vomitó encima —advirtió rápidamente.

Nash la bajó sobre su cadera, sonriendo. —Pero yo sé mejor que él el truco para evitar eso. Sé cuándo comió Isabelle por última vez, y estoy a salvo.

Laura asintió. Nash conocía mejor a sus hijos ahora. Al menos había habido un beneficio en que Algernon los obligara a estar juntos. Ahora sabía que Nash los amaba a todos. Él los cuidaría en su ausencia. Nunca más serían olvidados ni dejados de lado.

Permitió que Nash le sirviera el té cuando llegó y bebió una taza perfectamente preparada. Había sus galletas favoritas y algo de fruta en un plato, pero no tenía hambre. Se recostó y observó a su familia instalarse en sus nuevos aposentos esa noche con un profundo suspiro. Su nuevo hogar. Un lugar donde por fin podrían estar juntos con poca interferencia externa.

Un sirviente llamó a la puerta, y Nash se apresuró a abrir.

Laura cerró los ojos, esperando que fuera otra convocatoria de Algernon. Ya era hora de su última conversación. Mañana era el día treinta, y su tiempo aquí había terminado.

Nash regresó, le dedicó una sonrisa y se sentó de nuevo en su silla como si planeara quedarse allí un rato.

—¿Estamos ignorando a Su Gracia hoy?

—Absolutamente. Si nos quiere, tendrá que encontrarnos. Eventualmente lo hará.

Ella rio suavemente y se removió en la silla poco familiar, reposicionándose en un ángulo más cómodo.

Su familia estaba esparcida a su alrededor. Thomas y Liam parecían listos para quedarse dormidos en una gruesa alfombra. Isabelle yacía en el diván frente a ella, con los ojos cerrándose.

Nash extendió una mano hacia ella.

Ella la tomó y la apretó. —Deberíamos mandar a los niños a la cama, pero honestamente estoy demasiado cansada para moverme.

—Entonces no te muevas —susurró él—. Solo disfruta.

Sin embargo, le costaba mantener los ojos abiertos. —Ha sido un día muy largo y lleno de acontecimientos —coincidió.

—Ciertamente lo ha sido. —Nash le apretó los dedos—. ¿Eres feliz?

Ella cerró los ojos. —Sí, de hecho, lo soy.

Laura se sobresaltó al momento siguiente y abrió los ojos, pero la habitación estaba sumida en sombras profundas donde antes había estado llena de luz, y Nash ya no le sostenía la mano.

Su mirada se dirigió a su marido, aún sentado a su lado. Nash también se había quedado dormido, sin duda arrullado por el calor de la habitación y sus recientes esfuerzos, como debía haberle sucedido a ella.

Exhaló y se recostó de nuevo, decidida a despertarse completamente antes de molestar a alguien más, y consideró su futuro.

Los últimos días, ella y Nash habían establecido una rutina que no era en absoluto desagradable. Pasar tiempo juntos a solas, solo los cinco al final del día, lejos de sus hermanos. Ni siquiera la llegada de invitados inesperados lo había alejado por mucho tiempo.

Y ahora tenían este apartamento para compartir en su último día en Ravenswood.

Esto era todo lo que había esperado de su matrimonio al principio: un lugar propio, la sensación de pertenencia y la seguridad que debería haber venido con ello.

Le había dado a Nash treinta días más de su vida y solo tenía un arrepentimiento.

Ahora había terminado... o terminaría mañana.

Su unión había sanado en gran medida su dolor, pero no todos sus temores por el futuro. Dejar a Nash, dejar atrás a su joven familia, causaría una nueva herida en su corazón de la que quizás nunca se recuperaría.

Nash aún hablaba del divorcio como si fuera a suceder. Pero entonces... había intentado varias veces discutir sus planes para el futuro, y ella no había querido. A medida que pasaba el tiempo, esos planes nebulosos suyos habían perdido por completo su atractivo. Al igual que alejarse de nuevo de un hombre que lo significaba todo para ella.

No había esperado que eso sucediera. Laura había imaginado que pelearían hasta el último momento. Pero mientras lo miraba ahora, dormido y desaliñado de nuevo, finalmente entendió que su comportamiento nunca había sido deliberadamente cruel. Se habían casado jóvenes, quizás demasiado jóvenes para entender cómo afectaban la felicidad del otro.

Liam bostezó ruidosamente y Nash se sobresaltó, despertándose, pero los otros niños siguieron durmiendo. Se estiró, su gran marido bestial, y se incorporó. La miró y sonrió cálidamente. —Mis disculpas.

—No son necesarias.

Su sonrisa era vacilante. —Fue un buen día.

Esa sonrisa suya le retorció el corazón. Su incertidumbre se había vuelto de alguna manera entrañable y la hacía sentir contenta. Él no siempre sabía lo que estaba haciendo, pero trataba de fingir que sí.

Laura había hecho lo mismo, y su incertidumbre coincidente la calmaba de una manera que nunca antes había sentido. —Ciertamente fue un buen día.

Él pareció encantado de escucharlo y miró su reloj de bolsillo. —Será mejor que mande traer nuestra cena, ¿no?

—Sí. Tendrán hambre cuando todos despierten.

Nash fue a tirar de la campanilla, regresó y revolvió el cabello de Thomas para despertarlo, y luego levantó a Isabelle en sus brazos.

Isabelle se resistió a despertar. Nash acercó a la niña a ella y sus dedos rozaron suavemente la mejilla sonrosada de su hija. —Es hora de jugar de nuevo, ángel —murmuró.

Ella se retorció para que la bajara y gateó hacia Thomas, que aún no se había incorporado. Se acurrucó a su lado, y Thomas sonrió a su hermanita y le habló.

Laura pudo sentir que la tristeza amenazaba con abrumarla y se apresuró a ponerse de pie. Por hacer algo, fue a cada una de las camas de sus hijos y preparó la ropa de cama para más tarde esa noche, escuchando todo el tiempo lo que sucedía a sus espaldas. Estarían bien sin ella. Se tendrían el uno al otro.

—¿Nos leerás esta noche, mamá?

Se volvió. Thomas estaba en la puerta, con un libro en la mano. Era la primera vez que le pedía que hiciera algo por él. Se limpió una lágrima al ver que por fin se había acercado a ella... justo antes de que se fuera. —Sí, Thomas, me encantaría leerte.

Thomas se apresuró a irse de nuevo, yendo hacia su hermano y susurrándole. Nash observaba, sonriendo para sí mismo.

Esperaba que Nash nunca volviera a ser el hombre frío que había tenido que abandonar, pero ahora entendía por qué había sido así. Era más consciente de los niños de lo que ella le había dado crédito, interesado en ambos. Tan gentil con Isabelle, también, casi como si temiera que se rompiera. Le rompía el corazón una vez más que al principio, nunca hubiera mostrado este lado más suave a su alrededor debido a su padre.

Amaba a cada uno de sus hijos, y ella se sentía aliviada de que no tendrían la misma crianza fría que él había sufrido.

Laura se acercó a él, y su sonrisa se ensanchó.

—Nunca imaginé que tendríamos otra hija, pero estoy feliz por nuestra pequeña —susurró Nash—. No hay nada que no haría para protegerla y asegurarme de que siempre sea feliz.

Laura asintió. Isabelle había reclamado un lugar en el corazón de su padre muy rápidamente. Él la amaba y no temía decirlo. Laura nunca había sido tan afortunada. —Intenta no mimarla demasiado.

Su expresión cambió un poco mientras suspiraba. —Haré lo mejor que pueda, pero no puedo hacer promesas al respecto.

Ella se alegró de que ahora le hablara abiertamente sobre sus dudas. Pero sus ojos se llenaron de lágrimas al mirar a su familia. ¿Cómo había encontrado la fuerza para dejarlos atrás la primera vez? No estaba segura de que sobreviviría a una segunda separación de ellos sin desmoronarse por completo.

Sus ojos ardían con lágrimas contenidas, pero no podían ser detenidas. Temiendo que pudiera sollozar en voz alta y alarmar a los niños, huyó del apartamento en busca de privacidad en el oscuro jardín.

Nash la alcanzó y, para su sorpresa, la atrajo inmediatamente a sus brazos.

La abrazó con fuerza y no dijo nada sobre su huida. Pero esta vez, ella agradeció su silencio. No habría podido responderle en ese momento. Sus emociones estaban demasiado crudas y agitadas para un discurso coherente. Más tarde, mañana, encontraría las palabras que esperaba decirle antes de que discutieran su partida definitiva.

Cuando se calmó, él mantuvo sus brazos alrededor de ella. —Los extrañaré —susurró ella.

—Siempre lo hago cuando estoy lejos. Son jóvenes, pero siempre se tendrán el uno al otro para apoyarse.

Ella asintió rápidamente, secándose otra lágrima. Los chicos eran cercanos, como todos los hermanos Sweet parecían serlo aún. —Y ahora Isabelle tiene a sus hermanos para cuidarla.

—Y a mí —prometió Nash—. Me imagino que nos mantendrá en vilo cuando sea mayor.

—Sí, lo hará —le dijo Laura—. Eres tan bueno con ella, Nash.

—No tan bueno como tú.

Él extendió su mano libre, y ella la tomó, apretando sus dedos con fuerza. Extrañaría a Nash

también. Más de lo que imaginaba posible.

Él llevó la mano de ella a su pecho y la sostuvo firmemente contra él. —Me alegro de que hayas vuelto cuando lo hiciste. Me alegro de que hayamos resuelto nuestras diferencias.

Ella encontró su mirada en el jardín crepuscular y nuevas lágrimas picaron sus ojos. —Yo también —prometió en un susurro.

Nash se humedeció los labios. —Laura, ¿darías un paseo conmigo por los jardines? Si no estás demasiado cansada, claro.

El tiempo a solas con Nash ahora era precioso. —Me encantaría, pero ¿qué hay de los niños?

—Thomas y yo hemos tenido una pequeña charla sobre las responsabilidades de ser un hermano mayor. Sabe que cuando no estamos, él está a cargo de sus hermanos. Especialmente con Isabelle siendo tan pequeña. Si tiene algún problema, llamará a un sirviente de inmediato, pero estoy seguro de que estará bien sin nosotros por un rato. Después de todo, su cena está en camino.

—Sí, estoy segura de que estarán bien por un rato.

Nash entrelazó el brazo de ella con el suyo.

Nash suspiró profundamente y miró hacia la mansión. Saludó con la mano, y ella se dio cuenta de que los niños los observaban desde las ventanas del nuevo apartamento. Laura también saludó, y sus pequeños rostros desaparecieron.

—Algernon ha dejado muy claro durante este mes que ya no me necesita. Mis hermanos tienen a sus esposas y sus propias vidas que vivir.

—Tus hermanos siempre te necesitarán —dijo ella, deteniéndose para poder ver aún la nueva morada de su familia en la luz menguante. Era solo cuestión de tiempo antes de que su familia volviera a acercarse. Ella esperaba que no se interpusieran entre Nash y los niños, sin embargo.

—Pero *nuestra* familia me necesita más que mis hermanos, y haré todo lo posible para no decepcionarte de nuevo. Te prometo que nuestra familia es ahora mi primera y única preocupación.

Laura miró la luna ascendente y creyó que lo decía en serio. Nash había cambiado estas últimas semanas. Solo deseaba que su recién descubierta dedicación a su familia hubiera ocurrido mucho antes y la hubiera incluido a ella desde el principio. Hacía que dejar Ravenswood fuera más fácil, pero también mucho más difícil. —Me alegro por ti. Eres un buen padre para ellos. El mejor —susurró, antes de romper en llanto nuevamente.

Desafortunadamente, esta vez no parecía poder detenerlas. De repente, estaba en los brazos de Nash otra vez, y se aferró a él en busca de consuelo, temiendo que podría ser el último abrazo que recibiera de él.

CAPÍTULO VEINTE

Nash sostenía a Laura mientras ella sollozaba sin control, con el rostro hundido en su corbatín y las manos aferrándose a su pecho.

Él se sentía tan conmocionado como ella. La idea de separarse mañana le parecía incorrecta. Por la mañana, hablarían juntos con el duque y le darían su respuesta final sobre el problema de su matrimonio y divorcio.

Sabía lo que le gustaría decir. Lo sabía desde hacía tiempo.

El último mes había sido difícil. Difícil, pero extrañamente, los mejores días de su vida. Había pasado cada día examinando sus sentimientos por Laura y los niños. Sí, habían discutido al principio, luchando por entenderse y asignar culpas. También habían intentado ignorar el atractivo del otro, pero sin éxito.

Pero esas luchas e incluso las vergonzosas discusiones sentados frente al escritorio ducal con ese ridículo reloj de arena manteniéndolos en sus asientos finalmente habían aclarado el aire entre ellos.

Ahora sabía lo que faltaba en su vida. La verdad.

Amaba a su esposa. La había amado desde el principio. Simplemente nunca se lo había dicho con palabras.

Tontamente había imaginado que su necesidad de ella por las noches, la pasión que compartían, había hecho innecesaria tal conversación.

La última semana en particular había sido la más satisfactoria, tanto dentro como fuera de la cama, y nunca quería que terminara. Pero pronto terminaría, y de forma permanente, porque Laura ni siquiera había insinuado que hubiera cambiado de opinión.

Nash había decidido previamente divorciarse de Laura antes de saber realmente cuán vital era ella para su felicidad. Laura había decidido aún antes que sería más feliz sin él.

Sin embargo, ¿cómo podía aferrarse a él ahora si aún era alguien a quien despreciaba?

Ya no quería que su matrimonio terminara. Quería más días como hoy, y pasar sus noches sabiendo que Laura estaba cerca. Ser despertado por sus hijos y comenzar cada nuevo día juntos.

Estaba seguro de que nunca encontraría tal felicidad con nadie más. Su decisión de volver a casarse sin entender su necesidad de amor había sido tonta.

Ahora, no podía dejar que Laura lo abandonara sin conocer la verdad de su corazón. Debía hacer un último intento para salvarse del dolor, y quizás también podría salvarla a ella.

—Hay algo que quiero discutir contigo, Laura. Pero he dudado en mencionarlo por miedo a lo que pudieras decir.

—¿Qué es?

Se humedeció los labios. Si no expresaba sus deseos ahora, nunca tendría otra oportunidad. Laura no había compartido sus planes para el futuro, y temía que nunca los conocería. Tomó un profundo respiro y se inclinó un poco hacia ella. —Me preguntaba si... si te gustaría seguir casada conmigo.

Laura inhaló bruscamente, tensándose en sus brazos, pero no respondió de inmediato.

—Sé que no es lo que acordamos, y tu respuesta no afectará tu capacidad para visitar a los niños, pero mis sentimientos sobre divorciarme de ti han cambiado. Me preguntaba si tú habrías llegado a una conclusión similar.

Tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta mientras esperaba una respuesta que una vez más alteraría el curso de su vida.

Pero Laura se apartó de él y se alejó caminando. La oscuridad descendió sobre ellos cuando las nubes apagaron el brillo de la luna creciente y la figura de su esposa también. Se apresuró a alcanzarla para que no se escapara.

Sin embargo, ella solo llegó hasta el final del sendero. Sus hombros se encorvaron mientras miraba la propiedad. —No esperaba... es decir... —comenzó.

Laura no dijo más. En el silencio, no podía descifrar su estado de ánimo. ¿Estaba sorprendida de que se hubiera atrevido a hacer la sugerencia? ¿Le repugnaba la idea de seguir siendo su esposa?

Se apresuró a explicarse. —Si nos quedamos juntos, te prometo que no tendremos el mismo matrimonio que antes. Es posible que el duque aún me necesite a veces, y puede que tenga que dejarte a ti y a los niños en alguna ocasión. Y puede que sigamos discutiendo e incluso peleando una y otra vez. Pero debes saber que cada vez que estuve lejos de ti en el pasado, siempre deseé volver lo más rápido posible.

Esperó su respuesta, y pensó que esperaría toda la noche e incluso años hasta escuchar que aún tenía una oportunidad de recuperarla.

Pero ella no dijo nada, y su esperanza se marchitó.

—Perdóname. Había esperado que ambos hubiéramos cambiado de opinión. Debes pensar que soy un tonto.

Ella se giró. Las lágrimas corrían libremente por las mejillas de Laura. Las ignoró y se puso las manos en las caderas. —¿Estás diciendo que quieres que me quede contigo ahora?

—Así es —Su pulso se aceleró—. Porque esta felicidad, la satisfacción que siento, desaparecerá cuando tú te vayas.

Sus manos cayeron a los costados, y ella se acercó, mirándolo fijamente. —Una vez me preguntaste por qué me casé contigo.

—Me lo dijiste —susurró, temiendo lo que más podría decir sobre su decisión.

—Te acepté porque te admiraba desde nuestro primer encuentro —respondió ella—. Desde nuestro primer baile, no quería los brazos de ningún otro hombre a mi alrededor. Me hiciste creer que te importaba, y luego, después de la boda, desapareciste de mi vida un poco más cada día que seguía. ¿Por qué otra razón estaría tan enojada de que permitieras que tu padre se interpusiera entre nosotros? Te esperé cada vez que te ibas, hasta que no pude soportar esperar más.

—Es mi eterna vergüenza no haber sido lo suficientemente fuerte para enfrentarme a mi padre, y que tú hayas sufrido por ello. Me *alegro* de que esté muerto y de que estés libre de él.

—Ambos estamos libres de él, Nash —susurró ella. Sus dedos se posaron ligeramente sobre su chaleco—. Ya no hay nada más que nuestras propias malas decisiones para mantenernos separados. No estoy exenta de culpa en este matrimonio. Debería haber intentado con más ahínco

decirte lo que sentía. No eres el único culpable del desastre que hicimos.

Él tomó sus manos. —Sí, ambos cometimos errores, pero aún hay tiempo para aprender de ellos, ¿no es así?

—Sí, ahora tenemos todo el tiempo del mundo. Pero probablemente cometeremos más errores, como señalaste —advirtió ella—. Aunque la reconciliación ha sido la mejor parte de nuestro reencuentro.

Él exhaló aliviado, porque esa era la respuesta que necesitaba escuchar. Su paciencia y perdón, incluso su enojo, lo habían convertido en un mejor esposo. —En efecto, lo ha sido, pero ya no quiero pelear contigo. Quiero ser tu amigo, y tenerte como mi amiga.

Ella dio otro paso en su dirección y retiró las manos de las suyas, deslizándolas hasta sus hombros mientras suspiraba. —He oído que algunos amigos pelean solo por diversión para poder perseguirse y reconciliarse después.

—Me encantaría tener un futuro así —convino él, teniendo dificultades para contener la sonrisa que sus palabras le inspiraban.

Los ojos de Laura brillaron con diversión y luego se suavizaron. —Te amo, Nash. Siempre lo hice. Pero estabas tan distante tan a menudo, que dudé de ti *y* de mí misma.

Él apoyó su frente contra la de ella. —Y yo me preocupaba demasiado por lo que otros pudieran decir si descubrían cuánto te adoraba, te anhelaba, incluso antes de que nos casáramos. Por eso insistí en una boda rápida. Temía perderte con alguien más.

—No había posibilidad de eso —Laura hizo una mueca—. ¿Te dolió pensar que podría haber aceptado a Algernon como mi esposo?

Así había sido. —Fue la única vez que sentí celos de su gran futuro. Nuestros padres hablaban abiertamente sobre qué espléndida unión sería si te casabas con él, y me enfurecía que nadie imaginara que dirías que no a un futuro duque.

—Lo habría hecho muy fácilmente —sus dedos juguetearon con su cabello—. Nunca encontré a Algernon atractivo en absoluto. No de la manera en que te encuentro a ti.

—Siempre quise tenerte de mi brazo en lugar del suyo —continuó, sonriendo ahora ante el lejano recuerdo del miedo y la preocupación por perderte—. No hablando con él sobre cosas que luego nunca me contarías.

—Algernon solo hablaba de tus hermanos, sorprendiéndome con historias de los escándalos familiares y de tus reacciones. No quería avergonzarte repitiendo nada que él pudiera haberme dicho en confianza. Tienes tanto orgullo de tu familia. Algernon nunca buscó impresionarme. Pensé que estaba tratando de asustarme, pero ahora creo que todo era parte de su plan para sugerir quién podría convenirme mejor. Hablaba de ti en términos elogiosos.

—Él sabía, sin que yo dijera una palabra, que estaba enamorado de ti —susurró Nash, colocando sus labios contra su sien y exhalando toda la tensión que le quedaba.

—Siempre fuiste tú, Nash. Te convertiste en el hombre de mis sueños y mis noches. Pero necesito a ese hombre como mi esposo todo el tiempo.

Nash deslizó sus manos bajo los brazos de Laura y la levantó en el aire. —Aquí estoy.

Ella gritó sorprendida, y él la bajó de nuevo.

Laura apoyó su cabeza en su pecho. —Esto era todo lo que quería, ¿sabes? Que me mostraras que me querías por algo más que por tus herederos y mi dote.

—Fui un tonto.

—Sí, lo fuiste.

Él levantó su rostro hacia el suyo. —Un tonto tan enamorado de ti como siempre. Quizás más.

Se besaron, pero luego Laura gimió. —Será mejor que le digamos al duque que no hay necesidad de una entrevista mañana, o nos convocará —susurró.

—Puede intentarlo, pero ya me dijo cuál sería nuestra decisión. Puede esperar hasta mañana para saber que tenía razón desde el principio —acunó su rostro—. Confío en que me advertirás si dejo de prestarte suficiente atención.

—Lo haré, pero espero ser recompensada si tengo que hacerlo.

—Seré generoso mientras imploro tu perdón —Nash sonrió y la besó de nuevo.

—Disculpa, papá.

Nash miró más allá de Laura para ver a Thomas afuera, sosteniendo a Isabelle, con Liam de pie justo detrás, observando a sus padres besarse en la oscuridad.

Laura enterró su rostro en su pecho y se rio. —Atrapados de nuevo.

—Esto parece estar convirtiéndose en un hábito —mantuvo a Laura cerca—. ¿Sí, hijo?

—La cena ha llegado.

—Ah, sí. Estaré allí en un momento.

Thomas dudó. —Mamá se unirá a nosotros, ¿verdad?

Nash sonrió y miró a Laura, que seguía acurrucada contra él.

—Iré en un momento, Thomas —prometió ella—. Solo tengo algunas cosas más que decirle a tu padre.

—Bien. No tarden demasiado —dijo Thomas mientras se alejaba, hablando con Liam mientras regresaban. Nash escuchó cada palabra—. No, es demasiado pesada para que la cargues, Liam. Y papá dijo que es mi trabajo cuidarla hasta que sea más grande.

—Soy lo suficientemente grande para ayudar —argumentó Liam mientras el trío llegaba a la puerta, donde una criada estaba esperando.

Nash suspiró y miró a Laura. —Así que volvemos.

—No, Nash. Avanzamos. Juntos.

Laura deslizó un brazo alrededor de su espalda y juntos se dirigieron lentamente hacia sus hijos, donde continuarían aprendiendo a ser una familia feliz.

Laura se detuvo y lo miró. —Tengo una confesión que hacer.

—Puedes decirme cualquier cosa —dijo él, volviéndola para que lo mirara.

Ella se retorció las manos. —Te mentí cuando regresé. Cuando hablábamos de Isabelle.

Él la miró fijamente. —¿Qué hay sobre Isabelle?

—En realidad no se trata de ella —suspiró—. No había cambiado realmente de opinión sobre tener más hijos. Simplemente tenía miedo de que si lo sabías, terminarías en mi cama otra vez. Todavía quiero una docena.

Nash estalló en carcajadas. Se limpió los ojos, sobrepasado por una emoción inesperada. —¿Una docena? ¿Todavía? ¿Después de todo lo que hemos pasado?

Ella se encogió de hombros. —Solo estamos a un cuarto del camino en mi plan para nuestra familia, querido.

—Me gusta cómo suena eso.

—¿Más hijos?

—No. *Querido*. Nunca me habías llamado así antes —dijo, y la besó intensamente.

Sus manos revolotearon contra su mejilla y luego acunaron su rostro con firmeza, terminando el beso. —Querido —dijo más fuerte, y luego lo besó de nuevo. Cuando se apartó, miró su dedo anular desnudo—. Mañana iremos a caballo a buscar mi anillo de bodas.

Nash hurgó en su bolsillo y le mostró los restos del suyo. —Necesito una reparación, y uno más grande.

Ella sonrió. —¿Cuando vayas a Londres para ayudar a casar a tu hermano, quizás?

—Iremos juntos. Todos nosotros —anunció, inclinándose para susurrar contra sus labios—. No voy a ir a ninguna parte sin ti nunca más.

—¡Papá! La cena se está enfriando —gritó Liam, sobresaltándolos, y al levantar la vista lo encontraron colgando de la ventana abierta de la sala de estar de su apartamento—. ¡Tengo tanta hambre! Mamá también debe tenerla.

Ambos se rieron.

—¡Ya vamos! —gritó Nash a su segundo hijo, sorprendido al darse cuenta de que nunca antes había gritado a sus hijos por diversión—. Son tan impacientes.

—Sí, y yo también lo seré para más tarde esta noche —confesó Laura—. Y nunca necesitarás esa pequeña habitación en la que planeabas dormir. Estarás conmigo esta noche y todas las noches por venir.

Y entonces se levantó las faldas y corrió hacia la casa, riendo.

Nash no perdió tiempo en perseguirla.

EPÍLOGO

Laura abrió los ojos y encontró a Nash junto a la ventana abierta, contemplando los exuberantes jardines de la finca Ravenswood que despertaban a un nuevo día. Dio un sorbo a su té matutino, cerró los ojos, y Laura escuchó un profundo suspiro.

También era un día perfecto para ella. Un nuevo comienzo.

Y como ningún otro día que hubiera experimentado...o al menos no en mucho tiempo.

Laura se incorporó, colocó algunas almohadas detrás de su espalda y se acomodó en su nueva cama.

Nash la escuchó y se apresuró a servirle una taza de té para llevársela. Ella la dejó a un lado de inmediato y lo atrajo de vuelta a la cama, decidida a dejar claras sus expectativas sobre él. Lo besó firmemente en los labios.

Cuando lo liberó, él se acomodó a su lado y sonrió. —Buenos días, mi amor.—

—Buenos días— dijo ella, depositando otro beso en su mejilla. —¿Qué haces levantado tan temprano?—

Él le devolvió el beso. —No podía dormir. He pasado la mitad de la noche observándote.—

—Y la otra mitad haciéndome el amor— susurró ella, sonrojándose al recordar todo lo que habían hecho en la oscuridad.

—Bueno, mencionaste que no te importaría tener otro hijo. Es mi deber darte placer para que eso suceda.—

—En realidad, todo lo que se requiere es que tú tomes tu placer conmigo— le recordó ella.

—¿Dónde está la diversión en eso?— dijo él, y luego le besó el cuello, el hombro, y su mano se elevó para acunar su pecho. Lentamente, le bajó el camisón del hombro y continuó dejando besos a lo largo de su piel desnuda. —Nunca quise que nuestras noches terminaran.—

—Siempre ha sido tan injusto lo fácil que puedes excitarme— susurró ella.

—El sentimiento siempre ha sido mutuo. Me molestaba tener que dejarte.—

—¿Mamá?— llamó Liam de repente, sorprendiéndola con su silenciosa llegada a la puerta.

—Continuaremos más tarde, mi dulce esposa— prometió Nash mientras le subía el camisón de vuelta sobre el hombro antes de alejarse. —Buenos días, Liam.—

—Thomas también está despierto, e Isabelle también —confesó Liam con los ojos muy abiertos—. Ella se despertó antes que todos nosotros. ¿Siempre hará eso?

—Probablemente. Laura se deslizó fuera de la cama y se puso una bata sobre el camisón. —Será mejor que vayamos por ella.

Laura fue por su hija y la cambió, luego inmediatamente la puso en el suelo para que jugara. La niña se dirigió directamente hacia Thomas y gritó de felicidad cuando lo alcanzó. Laura

retrocedió hacia la puerta, observando a sus hijos con orgullo.

De repente, Nash la atrajo hacia sí, envolviéndola en un cálido abrazo. —Vuelve a la cama. Dejaremos la puerta abierta.

—¿Estás seguro de que podrás contenerte? —bromeó ella.

—Por supuesto que puedo —susurró él, besándole la frente, la mejilla, la garganta—. Sé que nunca lo dije lo suficiente antes, pero te amo. Más que a nada ni a nadie.

Laura lo miró, llena de felicidad por su confesión. —Yo también te amo —susurró, acunando su rostro—. Estoy tan agradecida de que hayamos encontrado el camino de vuelta el uno al otro.

—Nunca más estarás sin mí —prometió Nash mientras tomaba su mano, llevándola de vuelta a la cama, donde arregló las mantas y le trajo una taza de té fresco. Fue a avivar el fuego y tostó pan para ambos. Ella se enamoró aún más de él cuando intentó darle un bocado de tostada en la cama, y terminaron riéndose de ello.

La vida juntos era una aventura completamente nueva y Laura no podía esperar para ver qué sucedería después.

ALGERNON SWEET, Duque de Ravenswood, se frotó las manos con alegría después de escabullirse a la parte principal de la casa, donde no podía oír a la familia de su hermano comportándose finalmente como una.

Había nacido para ser un casamentero para sus hermanos. No había nada más satisfactorio que saber que aquellos a quienes amaba habían encontrado su pareja. Había ayudado a su prima Amity a reunirse con su primer amor, se había mantenido fuera del camino de Stratford mientras este perseguía a su elegida, y había separado a Nash de sus hijos a propósito para que Jasper tuviera la oportunidad de demostrarse a sí mismo ante Sophie.

Pero de lo que más se enorgullecía era de su interferencia en el matrimonio de Nash. Obligarlos a él y a Laura a vivir bajo el mismo techo, haciendo que hablaran honestamente entre ellos, le había dado una gran satisfacción. Solo deseaba que no les hubiera tomado casi todos los treinta días llegar a ese punto.

Las mujeres de su familia hacían tan felices a sus hombres.

Ahora por fin era libre de perseguir su propia agenda. Tomar una esposa que le diera un hijo y heredero pronto, esperaba.

Sin embargo, su buen humor se desvaneció.

Su esposa, su duquesa, no le traería la misma alegría que los felices matrimonios de sus hermanos les brindaban a ellos. No se casaría por amor, sino por deber. Aun así, su camino estaba despejado al fin.

Arreglaría su propio matrimonio cuando regresara a Londres en el nuevo año y eso sería todo. La familia estaría establecida y en paz. Tal cosa no había sido posible hasta ahora.

Se sobresaltó al oír dos golpes a su derecha y se volvió rápidamente. Un par de ojos oscuros lo miraban solemnemente desde un rostro arrugado. Forzó una sonrisa. —Tía Violet, estás despierta inesperadamente temprano hoy. Confío en que nada va mal.

—Todo va mal —se quejó ella, frunciendo el ceño—. Necesitamos hablar.

ACERCA DEL AUTOR

La autora de best sellers de USA Today, Heather Boyd, cree que cada personaje que crea merece su propio final feliz, sin importar los problemas que les haga pasar. Con ese objetivo en mente, escribe romances apasionantes que bordean los límites del decoro para mantener cautivados a los lectores hasta altas horas de la madrugada. Heather ha publicado más de cincuenta novelas románticas de regencia y obras más breves llenas de atrevidas seducciones y distinguidos pícaros. Vive al norte de Sydney, Australia, con su marido, sus hijos y un señor supremo de cuatro patas.

Obtenga más información sobre Heather en:

www.Heather-Boyd.com

